



Marc Bloch

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA

se

Este libro es fruto de una mentalidad consagrada al estudio de la historia que fue malograda por la guerra. Su autor, Marc Bloch, prisionero de guerra, fue fusilado por la barbarie nazi en 1944 y no pudo ver impresa su obra, escrita en un campo de concentración.

A partir de la interrogante ¿qué es la historia y para qué sirve?, Bloch escribe una verdadera introducción a la filosofía de la historia, esencial para la comprensión de esta ciencia que «estudia a los hombres en el tiempo». El autor aprovechó su

reclusión para reflexionar con lucidez y agudeza sobre su oficio de historiador y plasmó sus meditaciones en un estilo bello y sencillo, mas de gran profundidad psicológica. Su amigo Lucien Febvre rescató su manuscrito para la posteridad. He aquí, pues, un sugestivo estímulo para el pensamiento y una lección de rigor científico.



Marc Bloch

Introducción a la historia

ePub r1.0

Titivillus 23.02.15

Título original: *Apologie pour l'Histoire
ou Métier d'historien*

Marc Bloch, 1949

Traducción: Pablo González Casanova &
Max Aub

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



In memoriam
Matris Amicae

A Lucien Febvre,

A manera de dedicatoria

Si este libro ha de publicarse un día; si, de simple antídoto al que pido hoy un cierto equilibrio del alma — entre los peores dolores y las peores ansiedades personales y colectivas— viene a ser un verdadero libro, ofrecido para ser leído, otro nombre distinto del de usted, querido amigo, será entonces inscrito en la cubierta. Usted lo sabe, se necesitaba ese nombre, en ese lugar:

único recuerdo permitido a una ternura demasiado profunda y demasiado sagrada para poder expresarla. ¿Y cómo me resignaría yo a no verle a usted aparecer también sino al azar de algunas referencias? Juntos hemos combatido largamente por una historia más amplia y más humana. Sobre la tarea común, ahora cuando escribo, se ciernen muchas amenazas. No por nuestra culpa. Somos los vencidos provisionales de un injusto destino. Ya vendrá el tiempo, estoy seguro, en que nuestra colaboración podrá volver a ser verdaderamente pública, como en el pasado, y, como en el pasado, libre. Mientras tanto continuará por mi parte

en estas páginas, llenas de la presencia de usted. Aquí conservará el ritmo, que fue siempre el suyo, de un acuerdo fundamental, vivificado, en la superficie, por el provechoso juego de nuestras afectuosas discusiones. Entre las ideas que me propongo sostener, más de una me llega, sin duda alguna, directamente de usted. Respecto de muchas otras yo no podría decidir, en buena conciencia, si son de usted, mías o de ambos. Me enorgullece pensar que muchas veces me aprobará usted. En ocasiones me criticará. Y todo ello será entre nosotros un vínculo más.

Fougères (Creuse),
10 de mayo de 1941

Introducción

«Papá, explícame para qué sirve la historia», pedía hace algunos años a su padre, que era historiador, un muchachito allegado mío. Quisiera poder decir que este libro es mi respuesta. Porque no alcanzo a imaginar mayor halago para un escritor que saber hablar por igual a los doctos y a los escolares. Pero reconozco que tal sencillez solo es privilegio de unos cuantos elegidos. Por lo menos conservaré aquí con mucho gusto, como epígrafe, esta pregunta de un niño cuya

sed de saber acaso no haya logrado apagar de momento. Algunos pensarán, sin duda, que es una fórmula ingenua; a mí, por el contrario, me parece del todo pertinente^[1]. El problema que plantea, con la embarazosa desenvoltura de esta edad implacable, es nada menos que el de la legitimidad de la historia.

Ya tenemos, pues, al historiador obligado a rendir cuentas. Pero no se aventurará a hacerlo sin sentir un ligero temblor interior: ¿qué artesano, envejecido en su oficio, no se ha preguntado alguna vez, con un ligero estremecimiento, si ha empleado juiciosamente su vida? Mas el debate sobrepasa en mucho los pequeños

escrúpulos de una moral corporativa, e interesa a toda nuestra civilización occidental.

Porque contra lo que ocurre con otros tipos de cultura, ha esperado siempre demasiado de su memoria. Todo lo conducía a ello: la herencia cristiana como la herencia clásica. Los griegos y los latinos —nuestros primeros maestros— eran pueblos historiógrafos. El cristianismo es una religión de historiadores. Otros sistemas religiosos han podido fundar sus creencias y sus ritos en una mitología más o menos exterior al tiempo humano. Por libros sagrados, tienen los cristianos libros de historia, y sus liturgias conmemoran, con

los episodios de la vida terrestre de un Dios, los fastos de la Iglesia y de los santos. El cristianismo es además histórico en otro sentido, quizá más profundo: colocado entre la Caída y el Juicio Final, el destino de la humanidad representa, a sus ojos, una larga aventura, de la cual cada destino, cada «peregrinación» individual, ofrece, a su vez, el reflejo; en la duración y, por lo tanto, en la historia, eje central de toda meditación cristiana, se desarrolla el gran drama del Pecado y de la Redención. Nuestro arte, nuestros monumentos literarios, están llenos de los ecos del pasado; nuestros hombres de acción tienen constantemente en los

labios sus lecciones, reales o imaginarias.

Convendría, sin duda, señalar más de un matiz en la psicología de los grupos. Hace mucho tiempo que lo observó Cournot; eternamente inclinados a reconstruir el mundo sobre las líneas de la razón, los franceses en conjunto viven sus recuerdos colectivos con mucha menor intensidad que los alemanes, por ejemplo^[2]. Es también indudable que las civilizaciones pueden cambiar; no se concibe, como hecho en sí, que la nuestra no se aparte un día de la historia. Los historiadores deberán reflexionar sobre ello. Porque es posible que si no nos ponemos en

guardia, la llamada historia mal entendida acabe por desacreditar a la historia mejor comprendida. Pero si llegáramos a eso alguna vez, sería a costa de una profunda ruptura con nuestras más constantes tradiciones intelectuales.

De momento en esta cuestión no hemos pasado todavía de la etapa del examen de conciencia. Cada vez que nuestras estrictas sociedades, que se hallan en perpetua crisis de crecimiento, se ponen a dudar de sí mismas, se las ve preguntarse si han tenido razón al interrogar a su pasado o si lo han interrogado bien. Leed lo que se escribía antes de la guerra, lo que

todavía puede escribirse hoy: entre las inquietudes difusas del tiempo presente oiréis, casi infaliblemente, la voz de esta inquietud mezclada con las otras. En pleno drama me ha sido dado recoger el eco espontáneo de ello. Era en junio de 1940, el mismo día, si mal no me acuerdo, de la entrada de los alemanes a París. En el jardín normando en que nuestro Estado Mayor, privado de fuerzas, arrastraba su ocio, remachábamos sobre las causas del desastre: «¿Habrá que pensar que nos ha engañado la historia?», murmuró uno de nosotros. Así la angustia del hombre hecho y derecho se unía, con su acento más amargo, a la sencilla curiosidad del

jovenzuelo. Hay que responder a una y a otra.

Sin embargo, conviene saber qué quiere decir esa palabra «servir». Pero antes de examinarla quiero agregar unas palabras de excusa. Las circunstancias de mi vida presente, la imposibilidad en que me encuentro de usar una gran biblioteca, la pérdida de mis propios libros, me obligan a fiarme demasiado de mis notas y de mis experiencias. Con demasiada frecuencia me están prohibidas las lecturas complementarias, las verificaciones a que me obligan las leyes mismas del oficio del que me propongo describir las prácticas. ¿Podré, algún día, llenar estas

lagunas? Temo que nunca del todo. A este respecto, no puedo menos de solicitar indulgencia del lector y, diría, «declararme culpable», si ello no implicara echar sobre mí más de lo que es justo, las faltas del destino.

Es verdad que, incluso si hubiera que considerar a la historia incapaz de otros servicios, por lo menos podría decirse en su favor que distrae. O, para ser más exacto —puesto que cada quien busca sus distracciones donde quiere—, que así se lo parece a gran número de personas. Personalmente, hasta donde pueden llegar mis recuerdos, siempre me ha divertido mucho. En ello no creo

diferenciarme de los demás historiadores que, si no es por esta, ¿por qué razón se han dedicado a la historia? Para quien no sea un tonto de marca mayor, todas las ciencias son interesantes. Pero cada sabio solo encuentra una cuyo cultivo le divierte. Descubrirla para consagrarse a ella es propiamente lo que se llama vocación.

Por sí mismo, por lo demás, este indiscutible atractivo de la historia merece ya que nos detengamos a reflexionar.

Ante todo, como germen y como aguijón, su papel ha sido y sigue siendo capital. Antes que el deseo de conocimiento, el simple gusto; antes que

la obra científica plenamente consciente de sus fines, el instinto que conduce a ella: la evolución de nuestro comportamiento intelectual abunda en filiaciones de esta clase. Hasta en terrenos como el de la física, los primeros pasos deben mucho a las «colecciones de curiosidades». Hemos visto, incluso, figurar a los pequeños goces de las antiguallas en la cuna de más de una orientación de estudios, que poco a poco se ha cargado de seriedad. Esa es la génesis de la arqueología y, más recientemente, del *folklore*. Los lectores de Alejandro Dumas no son, quizás, sino historiadores en potencia, a los que solo falta la educación necesaria

para darse un placer más puro, y, a mi juicio, más agudo: el del color verdadero.

Si, por otra parte, este encanto está muy lejos de acabarse, en cuanto da principio la investigación metódica, con sus necesarias austeridades; si, entonces, por el contrario —como pueden testimoniar todos los verdaderos historiadores—, gana todavía en vivacidad y en plenitud, nada hay en ello que, en cierto sentido, no valga para cualquier trabajo del espíritu. La historia, sin embargo, tiene indudablemente sus propios placeres estéticos, que no se parecen a los de ninguna otra disciplina. Ello se debe a

que el espectáculo de las actividades humanas, que forma su objeto particular, está hecho, más que otro cualquiera, para seducir la imaginación de los hombres. Sobre todo cuando, gracias a su alejamiento en el tiempo o en el espacio, su despliegue se atavía con las sutiles seducciones de lo extraño. El gran Leibniz nos lo ha confesado: cuando pasaba de las abstractas especulaciones de las matemáticas, o de la teodicea, a descifrar viejas cartas o viejas crónicas de la Alemania imperial, sentía, como nosotros, esa «voluptuosidad de aprender cosas singulares». Cuidémonos de quitar a nuestra ciencia su parte de poesía.

Cuidémonos, sobre todo, como he descubierto en el sentimiento de algunos, de sonrojarnos por ello. Sería una formidable tontería pensar que por tan poderoso atractivo sobre la sensibilidad, tiene que ser menos capaz también de satisfacer a nuestra inteligencia.

Pero si esa historia a la que nos conduce un atractivo que siente todo el universo no tuviera más que tal atractivo para justificarse; si no fuera, en suma, más que un amable pasatiempo como el *bridge* o la pesca con anzuelo, ¿merecería que hiciéramos tantos esfuerzos por escribirla? Por escribirla,

según lo entiendo yo, honradamente, verídicamente, y yendo en la medida de lo posible hasta los resortes más ocultos, es decir, difícilmente. El juego —escribió André Gide— no nos está ya permitido hoy; ni siquiera el de la inteligencia, añadía. Esto se escribía en 1938. En 1942, año en que me ha tocado escribir, ¡el propósito adquiere un sentido todavía más grave! A buen seguro, en un mundo que acaba de abordar la química del átomo, que comienza a sondear apenas el secreto de los espacios estelares, en nuestro pobre mundo que, justamente orgulloso de su ciencia, no logra, sin embargo, crearse un poco de felicidad, las largas minucias

de la erudición histórica, harto capaces de devorar toda una vida, merecerían ser condenadas como un absurdo derroche de energías casi criminal si no condujeran más que a revestir con un poco de verdad uno de nuestros sentimientos. O será preciso desaconsejar el cultivo de la historia a todos los espíritus susceptibles de emplear mejor su tiempo en otros terrenos, o la historia tendrá que probar su legitimidad como conocimiento.

Pero aquí se plantea una nueva cuestión: ¿Qué es justamente lo que legitima un esfuerzo intelectual?

Me imaginé que nadie se atrevería hoy a decir, con los positivistas de

estricta observancia, que el valor de una investigación se mide, en todo y por todo, según su aptitud para servir a la acción. La experiencia no nos ha enseñado solamente que es imposible decidir por adelantado si las especulaciones aparentemente más desinteresadas no se revelarán un día asombrosamente útiles a la práctica. Rehusar a la humanidad el derecho a investigar, a calmar su sed intelectual sin preocuparse para nada del bienestar, equivaldría a mutilarla en forma extraña. Aunque la historia fuera eternamente indiferente al *homo faber* o al *homo politicus*, bastaría para su defensa que se reconociera su necesidad para el

pleno desarrollo del *homo sapiens*. Sin embargo, aun limitada de ese modo, la cuestión dista mucho de quedar fácilmente resuelta.

Porque la naturaleza de nuestro entendimiento lo inclina mucho menos a querer saber que a querer comprender. De donde resulta que las únicas ciencias auténticas son, según su voluntad, las que logran establecer relaciones explicativas entre los fenómenos. Lo demás no es, según la expresión de Malebranche, más que «polimatía». Ahora bien, la polimatía puede muy bien pasar por distracción o por manía. Pero hoy menos que en tiempo de Malebranche podría pasar por una de

las buenas obras de la inteligencia. Independientemente incluso de toda eventual aplicación a la conducta, la historia no tendrá, pues, el derecho de reivindicar su lugar entre los conocimientos verdaderamente dignos de esfuerzo, sino en el caso de que, en vez de una simple enumeración, sin lazos y casi sin límites, nos prometa una clasificación racional y una inteligibilidad progresiva.

Es innegable, sin embargo, que siempre nos parecerá que una ciencia tiene algo de incompleto si no nos ayuda, tarde o temprano, a vivir mejor. ¿Y cómo no pensar esto aún más vivamente cuando nos referimos a la

historia que, según se cree, está destinada a trabajar en provecho del hombre, ya que tiene como tema de estudio al hombre y sus actos? De hecho, una vieja tendencia a la que se supondrá por lo menos un valor instintivo, nos inclina a pedir a la historia que guíe nuestra acción; por lo tanto, a indignarnos contra ella, como el soldado vencido a que me he referido, si por casualidad parece manifestar su impotencia para hacerlo así. El problema de la utilidad de la historia, en sentido estricto, en el sentido «pragmático» de la palabra útil, no se confunde con el de su legitimidad, propiamente intelectual. Es un problema,

además, que no puede plantearse sino en segundo término. Para obrar razonablemente, ¿no es necesario ante todo comprender? Pero, so pena de no responder más que a medias a las sugerencias más imperiosas del sentido común, aquel problema no puede eludirse.

Algunos de nuestros consejeros, o quienes quisieran serlo, han respondido ya a estas cuestiones. Pero solo lo han hecho para amargar nuestras esperanzas. Los más indulgentes han dicho: la historia carece de provecho y de solidez. Otros, con una severidad nada amiga de medias tintas, han dicho: es perniciosa. «El producto más peligroso

elaborado por la química del intelecto», ha dicho uno de ellos, y no de los menos notorios. Estas invectivas tienen peligroso atractivo: justifican por adelantado la ignorancia. Por fortuna, para lo que subsiste aún en nosotros de curiosidad espiritual, esas censuras no carecen quizás de interés.

Pero si el debate debe ser considerado de nuevo, es necesario que lo planteemos con datos más seguros.

Porque hay una precaución que los detractores corrientes de la historia no han tenido en cuenta. Su palabra no carece ni de elocuencia ni de *esprit*. Pero, por lo general, han olvidado informarse con exactitud de lo que

hablan. La imagen que tienen de nuestros estudios no parece haber surgido del taller. Huele más a oratoria académica que a gabinete de trabajo. Sobre todo, ha prescrito. De suerte que incluso pudiera ocurrir que toda esa palabrería se haya gastado en exorcizar a un fantasma. Nuestro esfuerzo en este dominio debe ser harto distinto. Trataremos de buscar el grado de certidumbre de los métodos que usa realmente la investigación, hasta en el humilde y delicado detalle de sus técnicas. Nuestros problemas serán los mismos que impone cotidianamente al historiador su materia. En una palabra, ante todo quisiéramos explicar cómo y por qué practica su oficio de historiador.

Dejamos que el lector decida a continuación si vale la pena ejercer este oficio.

Pongamos atención, sin embargo. Así limitada y comprendida, la tarea puede pasar por sencilla solo en apariencia. Lo sería, quizás, si estuviéramos frente a una de esas artes aplicadas de las que se ha dicho todo cuando se han enumerado, una tras otra, las manipulaciones consagradas. Pero la historia no es lo mismo que la relojería o la ebanistería. Es un esfuerzo para conocer mejor; por lo tanto, una cosa en movimiento. Limitarse a describir una ciencia tal como se hace será siempre traicionarla un poco. Es mucho más

importante decir cómo espera lograr hacerse progresivamente. Ahora bien, esfuerzo semejante exige de parte del analista, forzosamente, una dosis bastante amplia de selección personal. En efecto, toda ciencia se halla, en cada una de sus etapas, atravesada constantemente por tendencias divergentes, que no es posible separar sin una especie de anticipación del porvenir. No nos proponemos retroceder aquí ante esta necesidad. En materia intelectual, más que en ninguna otra, el horror de las responsabilidades no es un sentimiento muy recomendable. Sin embargo, la honradez nos imponía advertir al lector.

Asimismo, las dificultades que se presentan inevitablemente cuando se hace un estudio de los métodos, varían mucho según el punto que haya alcanzado momentáneamente una disciplina en la curva, siempre un poco irregular, de su desarrollo. Me imagino que hace cincuenta años, cuando todavía reinaba Newton como maestro, era mucho más fácil que hoy construir con el rigor de un plano arquitectónico una exposición de la mecánica. Pero la historia es todavía una fase mucho más favorable a las certidumbres.

Porque la historia no es solamente una ciencia en marcha. Es también una ciencia que se halla en la infancia: como

todas las que tienen por objeto el espíritu humano, este recién llegado al campo del conocimiento racional. O, por mejor decir, vieja bajo la forma embrionaria del relato, mucho tiempo envuelta en ficciones, mucho más tiempo todavía unida a los sucesos más inmediatamente captables, es muy joven como empresa razonada de análisis. Se esfuerza por penetrar en fin por debajo de los hechos de la superficie; por rechazar, después de las seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común. No ha superado aún, en algunos problemas esenciales de su método, los

primeros tanteos. Razón por la cual Fustel de Coulanges y, antes que él, Bayle no estaban, sin duda, totalmente equivocados cuando la llamaban «la más difícil de todas las ciencias».

¿Pero es esto una ilusión? Por incierta que siga siendo en tantos puntos nuestra ruta, me parece que estamos actualmente mejor situados que nuestros predecesores inmediatos para ver con mayor claridad.

Las generaciones que han precedido inmediatamente a la nuestra, en las últimas décadas del siglo XIX y hasta en los primeros años del XX, han vivido como alucinadas por una imagen

demasiado rígida, una imagen verdaderamente comtiana de las ciencias del mundo físico. Extendiendo al conjunto de las adquisiciones del espíritu este sistema prestigioso, consideraban que no puede haber conocimiento auténtico que no pueda desembocar en certidumbres formuladas bajo el aspecto de leyes imperiosamente universales por medio de demostraciones irrefutables. Esta era una opinión casi unánime. Pero, aplicada a los estudios históricos, dio lugar a dos tendencias opuestas, en razón de los distintos temperamentos.

Unos creyeron posible, en efecto, instituir una ciencia de la evolución

humana conforme con este ideal en cierto modo pan-científico, y trabajaron con afán para crearla, sin perjuicio, por lo demás, de optar finalmente por dejar fuera de los efectos de este conocimiento de los hombres muchas realidades muy humanas, pero que les parecían desesperadamente rebeldes a un saber racional. Este residuo era lo que llamaban desdeñosamente el acontecimiento; era también una parte de la vida más íntimamente individual. Tal fue, en suma, la posición de la escuela sociológica fundada por Durkheim. Por lo menos si no se consideran las sutilezas que con la primera rigidez de los principios trajeron poco a poco

hombres demasiado inteligentes para no sufrir, incluso a su pesar, la presión de las cosas. A este gran esfuerzo deben mucho nuestros estudios. Nos ha enseñado a analizar con mayor profundidad, a enfocar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevo a decir, de manera menos barata. De ese esfuerzo no hablaremos aquí sino con un respeto y un agradecimiento infinitos. Si hoy nos parece superado, ese es el precio que pagan por su fecundidad, tarde o temprano, todos los movimientos intelectuales.

Otros investigadores, sin embargo, adoptaron en ese momento una actitud muy diferente. No logrando insertar la

historia en los marcos del legalismo físico, particularmente preocupados, además —a causa de su primera educación—, por las dificultades, las dudas, el frecuente volver a empezar de la crítica documental, extrajeron de la experiencia, ante todo, una lección de humildad desengañada. Les pareció que la disciplina a que habían consagrado su inteligencia no podía ofrecer, a fin de cuentas, conclusiones muy seguras en el presente, ni muchas perspectivas de progreso en el futuro. Se inclinaron a ver en ella, más que un conocimiento verdaderamente científico, una especie de juego estético, o, por lo menos, de ejercicio higiénico favorable a la salud

del espíritu. A menudo se les ha llamado «historiadores historizantes», sobrenombre injurioso para nuestra corporación, pues parece considerar la esencia de la historia en la propia negación de sus posibilidades. Por mi parte, yo les encontraría de buena gana una rúbrica más expresiva en el momento del pensamiento francés al que pertenecen.

El amable y escurridizo Silvestre Bonnard es un anacronismo, si se atiende uno a las fechas en que el libro fija su actividad, justamente como esos santos antiguos pintados ingenuamente por los escritores de la Edad Media, bajo los colores de su propio tiempo. Silvestre

Bonnard (por poco que se atribuya, aunque sea por un instante, a esta sombra inventada, una existencia humana), el «verdadero». Silvestre Bonnard, nacido en el Primer Imperio —la generación de los grandes historiadores románticos le hubiera contado entre los suyos—, habría compartido con ella los entusiasmos emocionados y fecundos, la fe un poco cándida en el porvenir de la «filosofía» de la historia. Olvidemos la época a la que se dice que perteneció y situémosle en la que se escribió su vida imaginaria: merecerá figurar como el patrón, como el santo corporativo de todo un grupo de historiadores, que fueron más o menos

los contemporáneos intelectuales de su biógrafo: trabajadores profundamente honestos, pero de aliento un poco corto y de los que se diría a veces que, como esos niños cuyos padres se han divertido mucho, llevaban en los huesos la fatiga de las grandes orgías históricas del romanticismo, dispuestos a empequeñecerse ante sus colegas del laboratorio, mas deseosos, en suma, de aconsejarnos prudencia más que empuje. ¿Sería demasiado malicioso querer buscar su divisa en la sorprendente frase que se le escapó un día al hombre de inteligencia tan viva que fue mi querido maestro Charles Seignobos: «Es muy útil hacerse preguntas, pero muy

peligroso responderlas»? No es ese, a buen seguro, el propósito de un fanfarrón. Pero si los físicos no hubieran hecho más profesión de intrepidez, ¿dónde estaría a este respecto la física?

Ahora bien, nuestra atmósfera mental no es ya la misma. La teoría cinética del gas, la mecánica einsteiniana, la teoría de los quanta, han alterado profundamente la idea que ayer todavía se formaba cada cual de la ciencia. No la han rebajado, pero la han suavizado. Han sustituido en muchos puntos lo cierto por lo infinitamente probable; lo rigurosamente mensurable por la noción de la eterna relatividad de la medida. Su acción se ha hecho sentir incluso sobre

los innumerables espíritus —entre los cuales debo contarme yo— a quienes las debilidades de su inteligencia o de su educación les prohíben seguir esa metamorfosis en otra forma que no sea de muy lejos y por reflejo. Así, para lo sucesivo, estamos mucho mejor dispuestos a admitir que un conocimiento puede pretender el nombre de científico aunque no se confiese capaz de realizar demostraciones euclidianas o de leyes inmutables de repetición. Hoy aceptamos mucho más fácilmente hacer de la certidumbre y del universalismo una cuestión de grados. No sentimos ya la obligación de tratar de imponer a todos los objetos del saber

un modelo intelectual uniforme, tomado de las ciencias de la naturaleza física, pues sabemos que en las propias ciencias físicas ese modelo no se aplica ya completo. Aún no sabemos muy bien qué serán un día las ciencias del hombre. Sabemos que para ser —obedeciendo siempre, por supuesto, a las leyes fundamentales de la razón— no tendrán necesidad de renunciar a su originalidad ni de avergonzarse de ello.

Me gustaría que entre los historiadores de profesión, los jóvenes sobre todo, se habituaran a reflexionar sobre estas vacilaciones, sobre estos perpetuos «arrepentimientos» de nuestro oficio. Esa será para ellos mismos la

mejor manera de prepararse, por una elección deliberada, a conducir razonablemente sus esfuerzos. Sobre todo me gustaría verlos acercarse, cada vez en número mayor, a esta historia a la vez ampliada y tratada con profundidad, cuyo diseño concebimos varios —cada día menos raros—. Si mi libro puede ayudarlos tendré la impresión de que no habrá sido absolutamente inútil. Tiene, lo reconozco, algo de programa.

Pero yo no escribo únicamente, ni sobre todo, para el uso interior del taller. Tampoco me ha parecido que fuera menester ocultar a los simples curiosos nada de las irresoluciones de nuestra ciencia. Estas irresoluciones son

nuestra excusa. Mejor aún: a ellas se debe la frescura de nuestros estudios. No solo tenemos el derecho de reclamar a favor de la historia la indulgencia debida a todos los comienzos. Lo inacabado, si tiende perpetuamente a superarse, tiene para todo espíritu un poco ardiente una seducción que bien vale por la del éxito más cabal. Al buen labrador —ha dicho, más o menos, Péguy— le gustan las labores y la siembra tanto como la recolección.

Conviene que estas palabras introductorias terminen con una confesión personal. Considerada aisladamente, cada ciencia no representa

nunca más que un fragmento del movimiento universal hacia el conocimiento. Ya se me ha presentado la ocasión de dar un ejemplo de ello más arriba: para entender y apreciar bien estos procedimientos de investigación, aunque se trate de los más particulares en apariencia, sería indispensable saberlos unir con un trazo perfectamente seguro al conjunto de las tendencias que se manifiestan en el mismo momento en las demás clases de disciplina. Ahora bien, este estudio de los métodos considerados en sí mismos constituye, a su manera, una especialidad cuyos técnicos se llaman filósofos. Es este un título al que me está vedado aspirar. Por

esta laguna de mi primera educación el presente ensayo perderá mucho, sin duda, en precisión de lenguaje como en amplitud de horizonte. No puedo presentarlo sino como lo que es: el *memento* de un artesano al que siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana; el «carnet» de un oficial que ha manejado durante muchos años la toesa y el nivel, sin creerse por eso matemático.

I

La historia,
los hombres
y el tiempo

1. LA ELECCIÓN DEL HISTORIADOR

La palabra historia es muy vieja, tan vieja que a veces ha llegado a cansar. Cierta que muy rara vez se ha llegado a querer eliminarla del vocabulario. Incluso los sociólogos de la escuela durkheimiana la admiten. Pero solo para relegarla al último rincón de las ciencias del hombre: especie de mazmorras donde arrojan los hechos humanos, considerados a la vez los más superficiales y los más fortuitos, al tiempo que reservan a la sociología todo aquello que les parece susceptible de análisis racional.

A esa palabra, por el contrario, le conservaremos nosotros aquí su más amplia significación. No nos veda de

antemano ningún género de investigación, ya se proyecte de preferencia hacia el individuo o hacia la sociedad, hacia la descripción de las crisis momentáneas o hacia la búsqueda de los elementos más durables; no encierra en sí misma ningún credo; no compromete a otra cosa, según su etimología original, que a la «investigación». Sin duda desde que apareció, hace más de dos milenios, en los labios de los hombres, ha cambiado mucho de contenido. Ese es el destino, en el lenguaje, de todos los términos verdaderamente vivos. Si las ciencias tuvieran que buscarse un nombre nuevo cada vez que hacen una conquista,

¡cuántos bautismos habría y cuánta pérdida de tiempo en el reino de las academias!

Pero por el hecho de que permanezca apaciblemente fiel a su glorioso nombre heleno, nuestra historia no será la misma que escribía Hecateo de Mileto, como la física de Lord Kelvin o de Langevin no es la de Aristóteles. ¿Qué es entonces la historia?

No tendría interés alguno que encabezáramos este libro, centrado en torno a los problemas *reales* de la investigación, exponiendo una larga y rígida definición. ¿Qué trabajador serio se ha detenido nunca ante semejantes

artículos de fe? Su cuidadosa precisión no deja solamente escapar lo mejor de todo impulso intelectual: entiéndase bien, lo que hay en él de simples veleidades de impulso hacia un saber todavía mal determinado, de potencia de extensión. Su peligro más grave consiste en no definir tan cuidadosamente sino con el único fin de delimitar mejor: «Lo que sin duda puede reducir —dice el Guardián del dios Término— es este tema o esta manera de tratarlo. Pero cuidado, ¡oh efebo!: eso no es historia». ¿Somos, pues, veedores de los tiempos antiguos para codificar las tareas permitidas a las gentes del oficio, y, sin duda, una vez cerrada la lista, para

reservar el ejercicio de esas tareas a nuestros maestros patentados^[3]? Los físicos y los químicos son más discretos: que yo sepa jamás se les ha visto querellarse sobre los derechos respectivos de la física, de la química, de la quimicafísica o —suponiendo que este término exista— de la físicaquímica.

No es menos cierto que frente a la inmensa y confusa realidad, el historiador se ve necesariamente obligado a señalar el punto particular de aplicación de sus útiles; en consecuencia, a hacer en ella una elección, elección que, evidentemente, no será la misma que, por ejemplo, la

del biólogo: que será propiamente una elección de historiador. Este es un auténtico problema de acción. Nos seguirá a lo largo de nuestro estudio.

2. LA HISTORIA Y LOS HOMBRES

Se ha dicho alguna vez: «la Historia es la ciencia del pasado». Me parece una forma impropia de hablar.

Porque, en primer lugar, es absurda la idea de que el pasado, considerado

como tal, pueda ser objeto de la ciencia. Porque ¿cómo puede ser objeto de un conocimiento racional, sin una delimitación previa, una serie de fenómenos que no tienen otro carácter común que el no ser nuestros contemporáneos? ¿Cabe imaginar en forma semejante una ciencia total del Universo en su estado actual?

Sin duda, en los orígenes de la historiografía estos escrúpulos no embarazaban apenas a los viejos analistas. Contaban confusamente acontecimientos solo unidos entre sí por la circunstancia de haberse producido aproximadamente en el mismo momento: los eclipses, las granizadas, la aparición

de sorprendentes meteoros, con las batallas, los tratados, la muerte de héroes y reyes. Pero en esta primera memoria de la humanidad, confusa como una percepción infantil, un esfuerzo de análisis sostenido ha realizado poco a poco la clasificación necesaria. Es cierto que el lenguaje, por esencia tradicionalista, conserva voluntariamente el nombre de historia a todo estudio de un cambio en la duración... La costumbre carece de peligro, porque no engaña a nadie. En este sentido hay una historia del sistema solar, ya que los astros que lo componen no han sido siempre como los vemos. Esa historia incumbe a la astronomía.

Hay una historia de las erupciones volcánicas que seguramente tiene el mayor interés para la física del globo. Esa historia no pertenece a la historia de los historiadores.

O, por lo menos, no le pertenece quizás más que en la medida en que se viera que sus observaciones, por algún sesgo especial, se unen a las preocupaciones específicas de nuestra historia de historiadores. ¿Entonces, cómo se establece en la práctica la repartición de las tareas? Un ejemplo bastará para que lo comprendamos, mejor, sin duda, que muchos discursos.

En el siglo X de nuestra era había un

golfo profundo, el Zwin, en la costa flamenca. Después se cegó. ¿A qué rama del conocimiento cabe asignar el estudio de este fenómeno? Al pronto, todos responderán que a la geología. Mecanismo de los aluviones, función de las corrientes marítimas, cambios tal vez en el nivel de los océanos. ¿No ha sido creada y traída al mundo la geología para que trate de todo eso? Sin duda. No obstante, cuando se examina la cuestión más de cerca, descubrimos que las cosas no son tan sencillas.

¿Se trata ante todo de escrutar los orígenes de la transformación? He aquí ya a nuestro geólogo obligado a plantearse cuestiones que no son

estrictamente de su incumbencia. Porque, sin duda, el colmataje fue cuando menos favorecido por la construcción de diques, por la desviación de canales, por desecaciones: actos humanos, nacidos de necesidades colectivas y que solo fueron posibles merced a una estructura social determinada.

En el otro extremo de la cadena, nuevo problema: el de las consecuencias. A poca distancia del fondo del golfo había una ciudad: Brujas, que se comunicaba con él por corto trecho de río. Por las aguas del Zwin recibía o expedía la mayor parte de las mercancías que hacían de ella,

guardando todas las proporciones, el Londres o el Nueva York de aquel tiempo. El golfo se fue cegando, cada día más ostensiblemente. Buen trabajo tuvo Brujas, a medida que se alejaba la superficie inundada, de adelantar cada vez más sus antepuertos: fueron quedando paralizados sus muelles. Sin duda no fue esa la única causa de su decadencia. ¿Actúa alguna vez lo físico sobre lo social sin que su acción sea preparada, ayudada o permitida por otros factores que vienen ya del hombre? Pero en el movimiento de las ondas causales, aquella causa cuenta al menos, sin duda, entre las más eficaces.

Ahora bien, la obra de una sociedad

que modifica según sus necesidades el suelo en que vive es, como todos percibimos por instinto, un hecho eminentemente «histórico». Asimismo, las vicisitudes de un rico foco de intercambios; por un ejemplo harto característico de la topografía del saber, he ahí, pues, de una parte, un punto de intersección en que la alianza de dos disciplinas se revela indispensable para toda tentativa de explicación; de otra parte, un punto de tránsito, en que una vez que se ha dado cuenta de un fenómeno y que solo sus efectos, por lo demás, están en la balanza, es cedido en cierto modo definitivamente por una disciplina a otra. ¿Qué ha ocurrido, cada

vez, que haya parecido pedir imperiosamente la intervención de la historia? Es que ha aparecido lo humano.

En efecto, hace mucho que nuestros grandes antepasados, un Michelet y un Fustel de Coulanges, nos habían enseñado a reconocerlo: el objeto de la historia es esencialmente el hombre^[4]. Mejor dicho: los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad. Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos

y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres^[5]. Quien no lo logre no pasará jamás, en el mejor de los casos, de ser un obrero manual de la erudición. Allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa.

Del carácter de la historia, en cuanto conocimiento de los hombres, depende su posición particular frente al problema de la expresión. ¿Es la historia una ciencia o un arte? Hacia 1800 les gustaba a nuestros tatarabuelos discernir gravemente sobre este punto. Más tarde, por los años de 1890, bañados en una

atmósfera de positivismo un tanto rudimentaria, se pudo ver cómo se indignaban los especialistas del método porque en los trabajos históricos el público daba importancia, según ellos excesiva, a lo que se llamaba la «forma». ¡El arte contra la ciencia, la forma contra el fondo! ¡Cuántas querellas que más vale mandar al archivo de la escolástica!

No hay menos belleza en una exacta ecuación que en una frase precisa. Pero cada ciencia tiene su propio lenguaje estético. Los hechos humanos son esencialmente fenómenos muy delicados y muchos de ellos escapan a la medida matemática. Para traducirlos bien y, por

lo tanto, para comprenderlos bien (¿acaso es posible comprender perfectamente lo que no se sabe decir?), se necesita gran finura de lenguaje, un color adecuado en el tono verbal. Allí donde es imposible calcular se impone sugerir. Entre la expresión de las realidades del mundo físico y la expresión de las realidades del espíritu humano, el contraste es, en suma, el mismo que entre la tarea del obrero que trabaja con una fresadora y la tarea del violero: los dos trabajan al milímetro, pero el primero usa instrumentos mecánicos de precisión y el violero se guía, sobre todo, por la sensibilidad del oído y de los dedos. No sería

conveniente que uno y otro trataran de imitarse respectivamente. ¿Habrá quien niegue que hay un tacto de las palabras como hay un tacto de la mano?

3. EL TIEMPO HISTÓRICO

«Ciencia de los hombres», hemos dicho. La frase es demasiado vaga todavía. Hay que agregar: «de los hombres en el tiempo». El historiador piensa no solo lo «humano». La atmósfera en que su

pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración.

Es difícil, sin duda, imaginar que una ciencia, sea la que fuere, pueda hacer abstracción del tiempo. Sin embargo, para muchas ciencias que, por convención, dividen el tiempo en fragmentos artificialmente homogéneos, este apenas representa algo más que una medida. Por el contrario el tiempo de la historia, realidad concreta y viva abandonada a su impulso irreversible, es el plasma mismo en que se bañan los fenómenos y algo así como el lugar de su inteligibilidad. El número de segundos, de años o de siglos que exige un cuerpo radiactivo para convertirse en

otros cuerpos, es un dato fundamental de la atomística. Pero que esta o aquella de sus metamorfosis haya ocurrido hace mil años, ayer u hoy, o que deba producirse mañana, es una consideración que interesa sin duda al geólogo, porque la geología es a su manera una disciplina histórica, mas deja al físico perfectamente impávido. En cambio, a ningún historiador le bastará comprobar que César necesitó ocho años para conquistar la Galia; que Lutero necesitó quince años para que del novicio ortodoxo de Erfurt saliera el reformador de Wittemberg. Le interesa mucho más señalar el lugar exacto que ocupa la conquista de la Galia en la cronología

de las vicisitudes de las sociedades europeas; y sin negar en modo alguno lo que haya podido contener de eterno una crisis del alma como la del hermano Martín, no creerá haber rendido cuenta exacta de ella más que después de fijado con precisión su momento en la curva de los destinos simultáneos del hombre que fue su héroe y de la civilización que tuvo por clima.

Ahora bien, este tiempo verdadero es, por su propia naturaleza, un continuo. Es también cambio perpetuo. De la antítesis de estos dos atributos provienen los grandes problemas de la investigación histórica. Este, antes que otro alguno, pues, pone en tela de juicio

hasta la razón de nuestros trabajos. Consideremos dos periodos sucesivos demarcados en el suceder ininterrumpido de los tiempos. ¿En qué medida el lazo que establece entre ellos el flujo de la duración es mayor o menor que las diferencias nacidas de la propia duración? ¿Habrá que considerar el conocimiento del periodo más antiguo como necesario o superfluo para el conocimiento del más reciente?

4. EL ÍDOLO DE LOS ORÍGENES

Nunca es malo comenzar con un *mea culpa*. Naturalmente cara a los hombres que hacen del pasado el principal tema de investigación, la explicación de lo más próximo por lo más lejano ha dominado a menudo nuestros estudios hasta la hipnosis. En su forma más característica, este ídolo de la tribu de los historiadores tiene un nombre: la obsesión de los orígenes. En el desarrollo del pensamiento histórico esa obsesión ha tenido también su momento

de favor particular.

Creo que fue Renan quien escribió un día (cito solo de memoria y me temo que con inexactitud): «En todas las cosas humanas los orígenes merecen ser estudiados antes que nada». Y antes que él había dicho Sainte-Beuve: «Espío y noto con curiosidad lo que comienza». Es una idea muy propia de su tiempo, tan propia como la palabra orígenes. A los *Orígenes del cristianismo* respondieron poco más tarde los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Sin contar los epígonos. Pero el término es inquietante, porque es equívoco.

¿Significa simplemente «los principios»? Eso sería más o menos

claro. Habrá, sin embargo, que hacer una reserva: la noción misma de este punto inicial aplicado a la mayoría de las realidades históricas sigue siendo singularmente huidiza. Cuestión de definición sin duda. De una definición que con demasiada facilidad se olvida por desgracia.

Cuando se habla de los orígenes ¿debemos entender, por el contrario, las causas? En ese caso no habrá más dificultades de las que constantemente (y más todavía, sin duda, en las ciencias del hombre) son, por naturaleza, inherentes a las investigaciones causales.

Pero con frecuencia se establece

entre los dos sentidos una contaminación tanto más temible cuanto que, en general, no se percibe muy claramente. En el vocabulario corriente los orígenes son un comienzo que explica. Peor aún: que basta para explicar. Ahí radica la ambigüedad, ahí está el peligro.

Sería una interesantísima investigación la que tratara de estudiar esta obsesión embriogénica tan notoria en todas las preocupaciones de los exégetas. «No comprendo vuestra emoción —confesaba Barrès a un sacerdote que había perdido la fe—. ¿Qué tienen que ver con mi sensibilidad las discusiones de un puñado de sabios

sobre unas palabras hebreas? Basta la atmósfera de las iglesias». Y Maurras, a su vez: «¿Qué me importan los evangelios de cuatro judíos oscuros?» («oscuros» quiere decir, me imagino, plebeyos; porque parece difícil no reconocer a Mateo, Marcos, Lucas y Juan cierta notoriedad literaria). Estos bromistas solo quieren presumir, y seguramente ni Pascal ni Bossuet hubieran hablado así. Es indudable que se puede concebir una experiencia religiosa que no deba nada a la historia. Al deísta puro le basta una iluminación interior para creer en Dios. No para creer en el Dios de los cristianos. Porque el cristianismo, como he

recordado ya, es esencialmente una religión histórica: entiéndase bien, una religión cuyos dogmas primordiales descansan sobre acontecimientos. Volved a leer nuestro *Credo*: «Creo en Jesucristo... que fue crucificado bajo Poncio Pilatos... y al tercer día resucitó de entre los muertos». Ahí los comienzos de la fe son también sus fundamentos.

Ahora bien, por un contagio sin duda inevitable, estas preocupaciones, que en un determinado análisis religioso podían tener su razón de ser, se extendieron a campos de la investigación en que su legitimidad era mucho más discutible. Ahí también fue puesta al servicio de los

valores una historia centrada en los nacimientos. ¿Qué se proponía Taine al escrutar los orígenes de la Francia de su tiempo, sino denunciar el error de una política surgida, según pensaba, de una falsa filosofía del hombre? Se tratara de las invasiones germánicas o de la conquista de Inglaterra por los normandos, el pasado no fue empleado tan activamente para explicar el presente más que con el designio de justificarlo mejor o de condenarlo. De tal manera que en muchos casos el demonio de los orígenes fue quizás solamente un avatar de ese otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar.

Volvamos, sin embargo, a los estudios cristianos. Una cosa es, para la conciencia inquieta que se busca a sí misma, una regla para fijar su actitud frente a la religión católica, tal y como se define cotidianamente en nuestras iglesias, y otra es, para el historiador, explicar, como un hecho de observación, el catolicismo actual. Aunque sea indispensable, por supuesto, para una inteligencia justa de los fenómenos religiosos actuales, el conocimiento de sus comienzos, este no basta a explicarlos. Con objeto de simplificar el problema, renunciemos incluso a preguntarnos hasta qué punto, bajo un

nombre que no ha cambiado, ha permanecido la fe realmente inmutable en su sustancia. Por intacta que se suponga a una tradición, habrá siempre que dar las razones de su mantenimiento. Razones humanas, se entiende; la hipótesis de una acción providencial escaparía a la ciencia. En una palabra, la cuestión no es saber si Jesús fue crucificado y luego resucitó. Lo que se trata de comprender es por qué tantos hombres creen en la Crucifixión y en la Resurrección. Ahora bien, la fidelidad a una creencia no es, evidentemente, más que uno de los aspectos de la vida general del grupo en que ese carácter se manifiesta. Se sitúa como un nudo en el

que se mezclan una multitud de rasgos convergentes, sea de estructura social, sea de mentalidad colectiva. En una palabra, plantea todo un problema de clima humano. El roble nace de la bellota. Pero solo llega a ser roble y sigue siendo roble si encuentra condiciones ambientales, las cuales no pertenecen al campo de la embriología.

Hemos citado la historia religiosa solo a manera de ejemplo. Pero a todo estudio de la actividad humana amenaza el mismo error: confundir una filiación con una explicación.

Se trata, en suma, de la ilusión de los viejos etimólogos, que pensaban

haber agotado el tema cuando, frente al sentido actual, ponían el sentido más antiguo conocido: cuando habían probado, supongo, que la palabra «bureau» designaba primitivamente una tela, o que la palabra «timbre» designaba un tambor. Como si el verdadero problema no consistiera en saber cómo y por qué se produjo el deslizamiento. Como si, sobre todo, cualquier palabra no tuviera su función fijada, en la lengua, por el estado contemporáneo del vocabulario: la cual se halla determinada a su vez por las condiciones sociales del momento. «Bureaux», en «bureaux» de ministerio, quiere decir una burocracia. Cuando yo

vido «timbres» en una oficina de correos, el empleo que hago del término ha exigido, para establecerse, junto con la organización lentamente elaborada de un servicio postal, la transformación técnica decisiva para la aparición de los intercambios del pensamiento humano, que sustituyó, en una época determinada, la impresión de un sello por la aplicación de una viñeta engomada. Ello solo ha sido posible porque, especializadas por oficios, las diferentes acepciones del antiguo nombre se han separado ya de tal modo una de otra, que no hay peligro de que se confunda el timbre que voy a pegar en mi sobre y, por ejemplo, aquel cuya

pureza en sus instrumentos me elogiará el vendedor de música.

Se habla de los «orígenes del régimen feudal». ¿Dónde buscarlos? Unos han dicho que «en Roma», otros que «en Germania». Las razones de estos espejismos son evidentes. Aquí y allá había efectivamente ciertos usos — relaciones de clientela, compañerismo guerrero, posesión del feudo como salario por los servicios— que las generaciones posteriores, contemporáneas, en Europa, de las llamadas épocas feudales, habrían de continuar. No, por lo demás sin modificarlas mucho. En uno y otro lado se empleaban palabras —«beneficio»

(*beneficium*) entre los latinos, «feudo» entre los germanos—, que iban a seguir siendo empleadas por esas generaciones dándoles poco a poco, sin advertirlo, un contenido casi enteramente nuevo. Porque, para desesperación de los historiadores, los hombres no tienen el hábito de cambiar de vocabulario cada vez que cambian de costumbres. Todas estas son pruebas llenas de interés. ¿Cabrá pensar que agotan el problema de las causas? El feudalismo europeo, en sus instituciones características, no fue un tejido de supervivencias arcaicas. Durante una fase determinada de nuestro pasado nació de todo un ambiente social.

Seignobos ha escrito en alguna parte: «Creo que las ideas revolucionarias del siglo XVIII provienen de las ideas inglesas del siglo XVII». ¿Trataba con ello de decir que habiendo leído los escritos ingleses del siglo anterior o que habiendo sufrido indirectamente su influencia, los publicistas franceses de la época de las luces adoptaron los principios políticos de aquellos? Podrá dársele la razón, suponiendo al menos que nuestros filósofos no pusieran verdaderamente nada suyo original en las fórmulas extranjeras, como sustancia intelectual, o como tonalidad de sentimiento. Pero incluso reducida de ese modo, no sin

cierta arbitrariedad, al hecho de haberlas tomado prestadas, la historia de este movimiento de las ideas estará muy lejos de haber quedado completamente esclarecida. Porque siempre subsistirá el problema de saber por qué ocurrió la transmisión en la fecha indicada, ni más pronto ni más tarde. Todo contagio supone dos cosas: generaciones microbianas, y, en el instante en que prende el mal, un «terreno».

En una palabra, un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento. Esto es cierto de todas las etapas de la evolución. De la etapa en

que vivimos como de todas las demás. Ya lo dijo el proverbio árabe antes que nosotros: «Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres». El estudio del pasado se ha desacreditado en ocasiones por haber olvidado esta muestra de la sabiduría oriental.

5. LOS LÍMITES DE LO ACTUAL Y DE LO INACTUAL

¿Hay que creer, sin embargo, que por no explicar todo el presente, es el pasado totalmente inútil para explicarlo? Lo curioso es que hoy pueda plantearse esta cuestión.

En efecto, hasta hace muy poco tiempo, esa cuestión parecía a casi todo el mundo resuelta por adelantado. «Quien quiera atenerse al presente, a lo actual, no comprenderá lo actual», escribía Michelet en el siglo pasado, a la cabeza de su hermoso libro *El pueblo*, lleno sin embargo de las pasiones del momento. Y ya Leibniz incluía entre los beneficios que esperaba de la historia «los orígenes de las cosas presentes descubiertos en las cosas

pasadas; porque —agregaba— una realidad no se comprende nunca mejor que por sus causas^[6]».

Pero desde la época de Leibniz, desde la época de Michelet, ha ocurrido un hecho extraordinario: las revoluciones sucesivas de las técnicas han aumentado considerablemente el intervalo psicológico entre las generaciones. No sin cierta razón, quizá, el hombre de la edad de la electricidad o del avión se siente muy lejos de sus antepasados. De buena gana e imprudentemente concluye que ha dejado de estar determinado por ellos. Agréguese a lo anterior la indicación modernista innata a toda mentalidad de

ingeniero. Para echar a andar o para reparar una dinamo ¿es necesario conocer las ideas del viejo Volta sobre el galvanismo? Por una analogía ciertamente falsa, pero que se impone espontáneamente a más de una inteligencia sometida a la máquina, se pensará igualmente que para comprender los grandes problemas humanos de la hora presente y tratar de resolverlos, de nada sirve haber analizado sus antecedentes. Cogidos ellos también, sin darse cuenta exacta de ello, en esta atmósfera modernista, ¿cómo no van a tener los historiadores la sensación de que, asimismo en su dominio, no se desplaza con movimiento menos

constante la frontera que separa lo reciente de lo antiguo? El régimen de la moneda estable y del patrón oro, que ayer figuraba en todos los manuales de economía política como la norma misma de la actualidad, ¿es para el economista actual todavía presente o historia considerablemente enmohecida? Tras estos paralogismos es fácil descubrir, por lo tanto, un haz de ideas menos inconsistentes y cuya simplicidad, al menos aparente, ha seducido a ciertos espíritus.

Créese que es posible poner aparte en el largo decurso del tiempo una fase de corta extensión. Relativamente poco

distante de nosotros en su punto de partida, esa fase comprende en su última etapa los días en que vivimos. En ella, ni los caracteres más sobresalientes del estado social o político, ni el instrumental material, ni la tonalidad general de la civilización presentan, al parecer, profundas diferencias con el mundo en que tenemos nuestras costumbres. Parece estar afectada, en una palabra, en relación con nosotros, por un coeficiente muy fuerte de «contemporaneidad». De ahí el honor, o la tara, de que esa fase no sea confundida con el pasado. «A partir de 1830 ya no hay historia», nos decía un profesor del liceo que era muy viejo

cuando yo era muy joven: «hay política». Hoy ya no se diría: «desde 1830» —las Tres Gloriosas, a su vez, han envejecido—, ni eso «es política». Más bien, con un tono respetuoso: «sociología»; o, con menos consideración: «periodismo». Muchos, sin embargo, repetirían gustosos: desde 1914 o 1940 ya no hay historia. Y ello sin entenderse bien sobre los motivos de este ostracismo.

Considerando algunos historiadores que los hechos más cercanos a nosotros son por ello mismo rebeldes a todo estudio sereno, solo desean evitar a la casta Clío contactos demasiado ardientes. Creo que así pensaba mi viejo

maestro. Pero eso equivale a pensar que apenas tenemos un débil dominio sobre nuestros nervios. Es también olvidar que desde el momento en que entran en juego las resonancias sentimentales, el límite entre lo actual y lo inactual está muy lejos de poder regularse necesariamente por la medida matemática de un intervalo de tiempo. Estaba tan equivocado el valiente director del liceo languedociano que cuando yo hacía mis primeras armas de profesor, me advertía con gruesa voz de capitán de enseñanza: «Aquí el siglo XIX no es muy peligroso. Pero cuando toque usted las guerras religiosas, sea muy prudente». En verdad, quien, una vez en su mesa de

trabajo, no tiene la fuerza necesaria para sustraer su cerebro a los virus del momento será muy capaz de dejar que se filtren sus toxinas hasta en un comentario de la *Iliada* o del *Ramayana*.

Hay, por el contrario, otros sabios que piensan, con razón, que el presente humano es perfectamente susceptible de conocimiento científico. Pero reservan su estudio a disciplinas harto distintas de la que tiene por objeto el pasado. Analizan, por ejemplo, y pretenden comprender la economía contemporánea con ayuda de observaciones limitadas, en el tiempo, a unas cuantas décadas. En una palabra, consideran la época en que

viven como separada de las que la precedieron por contrastes demasiado vivos para no llevar en sí misma su propia explicación. Esa es también la actitud instintiva de muchos simples curiosos. La historia de los periodos un poco lejanos no les seduce más que como un lujo inofensivo del espíritu. Así, encontramos por una parte un puñado de anticuarios ocupados por una dilección macabra en desfajar a los dioses muertos; y por otra a los sociólogos, a los economistas, a los publicistas: los únicos exploradores de lo viviente...

6. COMPRENDER EL PRESENTE POR EL PASADO

Visto de cerca, el privilegio de autointeligibilidad reconocido así al presente se apoya en una serie de extraños postulados.

Supone en primer lugar que las condiciones humanas han sufrido en el intervalo de una o dos generaciones un cambio no solo muy rápido, sino también total, como si ninguna institución un poco antigua, ninguna manera tradicional de actuar hubieran

podido escapar a las revoluciones del laboratorio o de la fábrica. Eso es olvidar la fuerza de inercia propia de tantas creaciones sociales.

El hombre se pasa la vida construyendo mecanismos de los que se constituye en prisionero más o menos voluntario: ¿A qué observador que haya recorrido nuestras tierras del Norte no le ha sorprendido la extraña configuración de los campos? A pesar de las atenuaciones que las vicisitudes de la propiedad han aportado, en el transcurso del tiempo, al esquema primitivo, el espectáculo de esas sendas desmesuradamente estrechas y alargadas que dividen el terreno arable en un

número prodigioso de parcelas, conserva todavía muchos elementos con que confundir al agrónomo. El derroche de esfuerzos que implica semejante disposición, las molestias que impone a quienes las trabajan son innegables. ¿Cómo explicarlo? Algunos publicistas demasiado impacientes han respondido: por el Código Civil y sus inevitables consecuencias. Modificad, pues —añadían—, nuestras leyes sobre la herencia y suprimiréis completamente el mal. Pero si hubieran sabido mejor la historia, si hubieran interrogado mejor también a una mentalidad campesina formada por siglos de empirismo, habrían considerado menos fácil el

remedio. En realidad, esa división de la tierra tiene orígenes tan antiguos que hasta ahora ningún sabio ha podido explicarla satisfactoriamente; y es porque probablemente los roturadores de la época de los dólmenes tienen más que ver en este asunto que los legisladores del Primer Imperio. Al prolongarse por aquí el error sobre la causa, como ocurre casi necesariamente, a falta de terapéutica, la ignorancia del pasado no se limita a impedir el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, la misma acción.

Pero hay más. Para que una sociedad, cualquiera que sea, pueda ser

determinada enteramente por el momento inmediatamente anterior al que vive, no le bastaría una estructura tan perfectamente adaptable al cambio que en verdad carecería de osamenta; sería necesario que los cambios entre las generaciones ocurriesen solo, si se me permite hablar así, a manera de fila india: los hijos sin otro contacto con sus antepasados que por mediación de sus padres.

Pero eso no ocurre ni siquiera con las comunicaciones puramente orales. Si volvemos la vista a nuestras aldeas descubrimos que los niños son educados sobre todo por sus abuelos, porque las condiciones del trabajo hacen que el

padre y la madre estén alejados casi todo el día del hogar. Así vemos cómo se da un paso atrás en cada nueva formación del espíritu, y cómo se unen los cerebros más maleables a los más cristalizados, por encima de la generación que aporta los cambios. De ahí proviene ante todo, no lo dudemos, el tradicionalismo inherente a tantas sociedades campesinas. El caso es particularmente claro, pero no único. Como el antagonismo natural de los grupos de edad se ejerce principalmente entre grupos limítrofes, más de una juventud debe a las lecciones de los ancianos por lo menos tanto como a las de los hombres maduros.

Los escritos facilitan con más razón estas transferencias de pensamiento entre generaciones muy alejadas, transferencias que constituyen propiamente la continuidad de una civilización. Lutero, Calvino, Loyola: hombres de otro tiempo, sin duda, hombres del siglo XVI, a quienes el historiador que trata de comprenderlos y de hacer que se les comprenda deberá, ante todo, volver a situar en su medio, bañados por la atmósfera mental de su tiempo, de cara a problemas de conciencia que no son exactamente los nuestros. ¿Se osará decir, no obstante, que para la comprensión justa del mundo actual no importa más comprender la

Reforma protestante o la Reforma católica, separadas de nosotros por un espacio varias veces centenario, que comprender muchos otros movimientos de ideas o de sensibilidad que ciertamente se hallan más cerca de nosotros en el tiempo pero que son más efímeros?

A fin de cuentas el error es muy claro y para destruirlo basta con formularlo. Hay quienes se representan la corriente de la evolución humana como una serie de breves y profundas sacudidas, cada una de las cuales no dura sino el término de unas cuantas vidas. La observación prueba, por el contrario, que en este inmenso continuo

los grandes estremecimientos son perfectamente capaces de propagarse desde las moléculas más lejanas a las más próximas. ¿Qué se diría de un geofísico que, contentándose con señalar los miriámetros, considerara la acción de la luna sobre nuestro globo más grande que la del sol? En la duración como en el cielo, la eficacia de una fuerza no se mide exclusivamente por la distancia.

¿Habrá que tener, en fin, por inútil el conocimiento, entre las cosas pasadas, de aquellas —creencias desaparecidas sin dejar el menor rastro, formas sociales abortadas, técnicas muertas— que han dejado, al parecer, de dominar

el presente? Esto equivaldría a olvidar que no hay verdadero conocimiento si no se tiene una escala de comparación. A condición, claro está, de que se haga una aproximación entre realidades a la vez diversas y, por tanto, emparentadas. Y nadie podría negar que es este el caso de que hablamos.

Ciertamente, hoy no creemos que, como escribía Maquiavelo y como pensaban Hume o Bonald, en el tiempo haya, «por lo menos, algo inmutable: el hombre». Hemos aprendido que también el hombre ha cambiado mucho: en su espíritu y, sin duda, hasta en los más delicados mecanismos de su cuerpo. ¿Cómo había de ser de otro modo? Su

atmósfera mental se ha transformado profundamente, y no menos su higiene, su alimentación. Pero, a pesar de todo, es menester que exista en la naturaleza humana y en las sociedades humanas un fondo permanente, sin el cual ni aun las palabras «hombre» y «sociedad» querrían decir nada. ¿Creeremos, pues, comprender a los hombres si solo los estudiamos en sus reacciones frente a las circunstancias particulares de un momento? La experiencia será insuficiente incluso para comprender lo que son en ese momento. Muchas virtualidades que provisionalmente son poco aparentes, pero que a cada instante pueden despertar muchos motores más o

menos inconscientes de las actitudes individuales o colectivas, permanecerán en la sombra. Una experiencia única es siempre impotente para discriminar sus propios factores y, por lo tanto, para suministrar su propia interpretación.

7. COMPRENDER EL PASADO POR EL PRESENTE

Asimismo, esta solidaridad de las

edades tiene tal fuerza que los lazos de inteligibilidad entre ellas tienen verdaderamente doble sentido. La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente. En otro lugar he recordado esta anécdota: en cierta ocasión acompañaba yo en Estocolmo a Henri Pirenne. Apenas habíamos llegado cuando me preguntó: «¿Qué vamos a ver primero? Parece que hay un ayuntamiento completamente nuevo. Comencemos por verlo». Y después añadió, como si quisiera evitar mi asombro: «Si yo fuera un anticuario

solo me gustaría ver las cosas viejas. Pero soy un historiador y por eso amo la vida». Esta facultad de captar lo vivo es, en efecto, la cualidad dominante del historiador. No nos dejemos engañar por cierta frialdad de estilo; los más grandes entre nosotros han poseído esa cualidad: Fustel o Maitland a su manera, que era más austera, no menos que Michelet. Quizá esta facultad sea en su principio un don de las hadas, que nadie pretendería adquirir si no lo encontró en la cuna. Pero no por eso es menos necesario ejercitarlo y desarrollarlo constantemente. ¿Cómo hacerlo sino del mismo modo de que el propio Pirenne nos daba ejemplo en su contacto

perpetuo con la actualidad?

Porque el temblor de vida humana, que exigirá un duro esfuerzo de imaginación para ser restituido a los viejos textos, es aquí directamente perceptible a nuestros sentidos. Yo había leído muchas veces y había contado a menudo historias de guerra y de batallas. ¿Pero conocía realmente, en el sentido pleno de la palabra conocer, conocía por dentro lo que significa para un ejército quedar cercado o para un pueblo la derrota, antes de experimentar yo mismo esa náusea atroz? Antes de haber respirado yo la alegría de la victoria, durante el verano y el otoño de 1918 (y espero henchir de alegría por

segunda vez mis pulmones, pero el perfume no será ¡ay!, el mismo), ¿sabía yo realmente todo lo que encierra esa bella palabra? En verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas, donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado. ¿Qué sentido tendrían para nosotros los nombres que usamos para caracterizar los estados de alma desaparecidos, las formas sociales desvanecidas, si no hubiéramos visto antes vivir a los hombres? Es cien veces preferible sustituir esa impregnación instintiva por una observación voluntaria y controlada. Un gran

matemático no será menos grande, a mi ver, por haber atravesado el mundo en que vive con los ojos cerrados. Pero el erudito que no gusta de mirar en torno suyo, ni los hombres, ni las cosas, ni los acontecimientos, merece quizá, como decía Pirenne, el nombre de un anticuario útil. Obrará sabiamente renunciando al de historiador.

Más aún, la educación de la sensibilidad histórica no es siempre el factor decisivo. Ocurre que en una línea determinada, el conocimiento del presente es directamente más importante todavía para la comprensión del pasado.

Sería un grave error pensar que los

historiadores deben adoptar en sus investigaciones un orden que esté modelado por el de los acontecimientos. Aunque acaben restituyendo a la historia su verdadero movimiento, muchas veces pueden obtener un gran provecho si comienzan a leerla, como decía Maitland, «al revés». Porque el camino natural de toda investigación es el que va de lo mejor conocido o de lo menos mal conocido, a lo más oscuro. Sin duda alguna, la luz de los documentos no siempre se hace progresivamente más viva a medida que se desciende por el hilo de las edades. Estamos comparablemente mucho peor informados sobre el siglo X de nuestra

era, por ejemplo, que sobre la época de César o de Augusto. En la mayoría de los casos los periodos más próximos coinciden con las zonas de relativa claridad. Agréguese que de proceder mecánicamente de atrás adelante, se corre siempre el riesgo de perder el tiempo buscando los principios o las causas de fenómenos que la experiencia revelará tal vez como imaginarios. Por no haber practicado un método prudentemente regresivo cuando y donde se imponía, los más ilustres de entre nosotros se han abandonado a veces a extraños errores. Fustel de Coulanges se dedicó a buscar los «orígenes» de las instituciones feudales, de las que no se

formó, me temo, sino una imagen bastante confusa, y asimismo buscó las primicias de una servidumbre que, mal informado por descripciones de segunda mano, concebía bajo colores de todo punto falsos.

En forma menos excepcional de lo que se piensa ocurre que para encontrar la luz es necesario llegar hasta el presente. En algunos de sus caracteres fundamentales nuestro paisaje rural data de épocas muy lejanas, como hemos dicho. Pero para interpretar los raros documentos que nos permiten penetrar en esta brumosa génesis, para plantear correctamente los problemas, para tener idea de ellos, hubo que cumplir una

primera condición: observar, analizar el paisaje de hoy. Porque solo él daba las perspectivas de conjunto de que era indispensable partir. No ciertamente porque, inmovilizada de una vez para siempre esa imagen, pueda tratarse de imponerla sin más en cada etapa del pasado, sucesivamente, de abajo arriba. Aquí, como en todas partes, lo que el historiador quiere captar es un cambio. Pero en el film que considera, solo está intacta la última película. Para reconstruir los trozos rotos de las demás ha sido necesario pasar la cinta al revés de como se tomaron las vistas.

No hay, pues, más que una ciencia de

los hombres en el tiempo y esa ciencia tiene necesidad de unir el estudio de los muertos con el de los vivos. ¿Cómo llamarla? Ya he dicho por qué el antiguo nombre de historia me parece el más completo, el menos exclusivo; el más cargado también de emocionantes recuerdos de un esfuerzo mucho más que secular y, por tanto, el mejor. Al proponer extenderlo al estudio del presente, contra ciertos prejuicios, por lo demás mucho menos viejos que él, no se persigue —¿habrá necesidad de defenderse contra ello?— ninguna reivindicación de clase. La vida es demasiado breve y los conocimientos se adquieren lentamente. El mayor genio no

puede tener una experiencia total de la humanidad. El mundo actual tendrá siempre sus especialistas, como la edad de piedra o la egiptología. Pero lo único que se les puede pedir a unos y a otros es que recuerden que las investigaciones históricas no admiten la autarquía. Ninguno de ellos comprenderá, si está aislado, ni siquiera a medias. No comprenderá ni su propio campo de estudios. Y la única historia verdadera que no se puede hacer sino en colaboración es la historia universal.

Sin embargo, una ciencia no se define únicamente por su objeto. Sus límites pueden ser fijados también por la naturaleza propia de sus métodos. Queda

por preguntarse si las técnicas de la investigación no son fundamentalmente distintas según se aproxime uno o se aleje del momento presente. Esto equivale a plantear el problema de la observación histórica.

II

La observación histórica

1. CARACTERES GENERALES DE LA OBSERVACIÓN HISTÓRICA

Para comenzar coloquémonos resueltamente en el estudio del pasado.

Los caracteres más aparentes de la información histórica entendida en este sentido limitado y usual del término han sido descritos muchas veces. El historiador se halla en la imposibilidad absoluta de comprobar por sí mismo los hechos que estudia. Ningún egiptólogo

ha visto a Ramsés. Ningún especialista en las guerras napoleónicas ha oído el cañón de Austerlitz. Por lo tanto, no podemos hablar de las épocas que nos han precedido sino recurriendo a los testimonios. Estamos en la misma situación que un juez de instrucción que trata de reconstruir un crimen al que no ha asistido; en la misma situación del físico que, obligado a quedarse en cama por la gripe, no conoce los resultados de sus experiencias sino por lo que de ellas le informa el mozo del laboratorio. En una palabra, en contraste con el conocimiento del presente, el conocimiento del pasado será necesariamente «indirecto».

Que haya en todas estas observaciones una parte de verdad nadie se atreverá a discutirlo. Exigen, sin embargo, que las maticemos considerablemente.

Supongamos que un jefe de ejército acaba de obtener una victoria. Inmediatamente trata de escribir el relato de ella. Él mismo ha concebido el plan de la batalla. Él la ha dirigido. Gracias a la pequeña extensión del terreno (porque decididos a poner todos los triunfos en nuestro juego, nos imaginamos un encuentro de los tiempos pasados, concentrado en poco espacio) pudo ver cómo se desarrollaba ante sus

ojos el combate casi completo. Estemos seguros, sin embargo, de que sobre más de un episodio esencial tendrá que remitirse al informe de sus tenientes. Así, tendrá que conformarse, como narrador, con seguir la misma conducta que observó unas horas antes en la acción. ¿Qué le será más útil, sus propias experiencias, los recuerdos de lo que vio con su catalejo, o los informes que le llevaron al galope sus correos o ayudantes de campo? Un conductor de hombres rara vez considera que su propio testimonio es suficiente. Pero conservando nuestra hipótesis favorable, ¿qué nos queda de esa famosa observación directa,

pretendido privilegio del estudio del presente?

Y es que este privilegio en realidad no es casi nunca más que un señuelo, por lo menos en cuanto se amplía un poco el horizonte del observador. Toda información sobre cosas vistas está hecha en buena parte de cosas vistas por otro. Como economista, estudio el movimiento de los cambios este mes, esta semana: tengo que recurrir a estadísticas que otros han formado. Como explorador de la actualidad inmediata trato de sondear la opinión pública sobre los grandes problemas del momento: hago preguntas, anoto, compruebo y enumero las respuestas. ¿Y

qué obtengo si no es la imagen que mis interlocutores tienen de lo que creen pensar o de lo que desean presentarme de su pensamiento? Ellos son los sujetos de mi experiencia. Y mientras que un fisiólogo que disecciona un conejillo de Indias percibe con sus propios ojos la lesión o la anomalía que busca, yo no conozco el estado de alma de mis «hombres de la calle» sino por medio de un cuadro que ellos mismos consienten proporcionarme. Porque en el inmenso tejido de los acontecimientos, de los gestos y de las palabras de que está compuesto el destino de un grupo humano, el individuo no percibe jamás sino un pequeño rincón, estrechamente

limitado por sus sentidos y por su facultad de atención. Además, el individuo no posee jamás la conciencia inmediata de nada que no sean sus propios estados mentales: todo conocimiento de la humanidad, sea de la naturaleza que fuere, y aplíquese al tiempo que se aplicare, extraerá siempre de los testimonios de otro una gran parte de su sustancia. El investigador del presente no goza en esta cuestión de mayores privilegios que el historiador del pasado.

Pero hay más. ¿Es seguro que la observación del pasado, incluso de un pasado muy remoto, sea siempre a tal

punto «indirecta»?

Si se piensa un poco se ve claramente por qué razones la impresión de este alejamiento entre el objeto del conocimiento y el investigador ha preocupado con tanta fuerza a muchos teóricos de la historia. Es que ellos pensaban ante todo en una historia de hechos, de episodios; quiero decir en una historia que, con razón o sin ella (aún no es tiempo de discutir esto), concede una extremada importancia al hecho de volver a registrar con exactitud los actos, las palabras o las actitudes de algunos personajes que se hallan agrupados en una escena de duración relativamente corta, en la que se juntan,

como en la tragedia clásica, todas las fuerzas críticas del momento: jornada revolucionaria, combate, entrevista diplomática. Se ha dicho que el 2 de septiembre de 1792 los revolucionarios pasearon la cabeza de la princesa de Lamballe clavada en la punta de una pica bajo las ventanas de la familia real. ¿Es esto cierto? ¿Es esto falso? M. Pierre Caron, que ha escrito un libro de admirable probidad sobre las *Massacres*, no se ha atrevido a pronunciarse sobre este punto. Pero si hubiera contemplado el horrible cortejo desde una de las torres del Temple, habría sabido seguramente a qué atenerse. Y aun en ese caso cabría

suponer que en esas circunstancias hubiera conservado toda su sangre fría de sabio y que, desconfiando de su memoria, hubiera tenido cuidado de anotar inmediatamente sus observaciones. Sin duda en ese caso el historiador se sentirá, frente a un buen testimonio de un hecho presente, en una posición un poco humillante. Estará como en la cola de una columna en que los avisos se transmiten desde la cabeza, de fila en fila. Y sin duda no será ese un buen lugar para estar bien informado. Hace mucho tiempo, durante un relevo nocturno, vi pasar así, a lo largo de la fila, la voz de «¡Atención! Hoyos de obuses a la izquierda». El último

hombre recibió el grito en esta forma: «Izquierda», dio un paso hacia la izquierda y se hundió.

Hay otras eventualidades. En los muros de ciertas ciudadelas sirias, construidas algunos milenios antes de Cristo, los arqueólogos han encontrado en nuestros días un buen número de vasijas llenas de esqueletos de niños. Como no es posible suponer que esos huesos han llegado allí por casualidad, nos vemos obligados a reconocer que estamos frente a los restos de sacrificios humanos llevados a cabo en el momento de la construcción, y relacionados con esta. Para saber a qué creencias corresponden estos ritos nos será

necesario remitirnos a los testimonios del tiempo, si los hay, o a proceder por analogía con ayuda de otros testimonios. ¿Cómo comprender una fe que no compartimos sino por lo que se nos diga? Es el caso, repitámoslo, de todos los fenómenos de conciencia que nos son extraños. En cuanto al hecho mismo del sacrificio, nuestra posición es diferente. Ciertamente no lo aprehendemos de una manera absolutamente inmediata, como el geólogo que no percibe la amonita en el fósil que descubre, como el físico que no percibe el movimiento molecular a pesar de descubrir sus efectos en el movimiento browniano. Pero el simple

razonamiento que excluye toda posibilidad de una explicación diferente y nos permite pasar del objeto verdaderamente comprobado al hecho del que este objeto aporta la prueba — este trabajo rudimentario de interpretación muy próximo a las operaciones mentales instintivas, sin las que ninguna sensación llegaría a ser percepción— no exige la interposición de otro observador. Los especialistas del método han entendido generalmente por conocimiento indirecto el que no alcanza al espíritu del historiador más que por el canal de espíritus humanos diferentes. Quizá el término no ha sido bien escogido; se limita a indicar la

presencia de un intermediario; pero no se ve por qué la relación, la cadena, tiene que ser necesariamente humana. Aceptemos, sin embargo, el uso común, sin disputar sobre las palabras. En ese sentido nuestro conocimiento de las inmoluciones murales en la antigua Siria no tiene nada de indirecto.

Pues bien, hay muchos otros vestigios del pasado que nos ofrecen un acceso igualmente llano. Tal es el caso de la mayor parte de la inmensa masa de testimonios no escritos, y también de buen número de testimonios escritos. Si los teóricos más conocidos de nuestros métodos no hubieran manifestado una indiferencia tan sorprendente y soberbia

por las técnicas propias de la arqueología, si no hubieran estado obsesos en el orden documental por el relato y en el orden de los hechos por el acontecimiento, sin duda habrían sido más cautos y no habrían condenado al historiador a una observación eternamente dependiente. En las tumbas reales de Ur, en Caldea, se han encontrado cuentas de collares hechos de amazonita. Como los yacimientos más próximos de esta piedra se hallan situados en el corazón de la India o en los alrededores del lago Baikal, ha sido necesario concluir que desde el tercer milenio antes de nuestra era las ciudades del Bajo Éufrates mantenían relaciones

de intercambio con tierras muy lejanas. La inducción podrá parecer buena o frágil. Cualquiera que sea el juicio que nos formemos de ella, debemos admitir que se trata de una inducción de tipo clásico; se funda en la comprobación de un hecho y no interviene el testimonio de una persona distinta del investigador. Pero los documentos materiales no son en modo alguno los únicos que poseen este privilegio de poder ser captados así de primera mano. El pedernal tallado por el artesano de la Edad de Piedra, un rasgo del lenguaje, una regla de derecho incorporada en un texto, un rito fijado por un libro de ceremonias o representado en una estela, son otras

tantas realidades que captamos y que explotamos con un esfuerzo de inteligencia estrictamente personal. Para ello no necesitamos recurrir a ningún intérprete, a ningún testigo. Y volviendo a la comparación que hacíamos arriba, cabe decir que no es cierto que el historiador se vea obligado a no saber lo que ocurre en su laboratorio sino por las informaciones de un extraño. Es verdad que nunca llega hasta después de terminada la experiencia. Pero si las circunstancias lo favorecen, esta habrá dejado residuos que no le será imposible percibir con sus propios ojos.

Por lo tanto, hay que definir las

indiscutibles particularidades de la observación histórica con otros términos, a la vez menos ambiguos y más amplios.

La primera característica del conocimiento de los hechos humanos del pasado y de la mayor parte de los del presente consiste en ser un conocimiento por huellas, para usar la feliz expresión de François Simiand. Trátese de los huesos enmurallados de Siria, de una palabra cuya forma o empleo revela una costumbre, de un relato escrito por el testigo de una escena antigua o reciente, ¿qué entendemos por *documentos* sino una «huella», es decir, la marca que ha dejado un fenómeno, y que nuestros

sentidos pueden percibir? Poco importa que el objeto original sea por naturaleza inaccesible a la sensación, como la trayectoria del átomo, que solo es visible en el tubo de Crookes. Poco importa que se haya vuelto inaccesible a la sensación a causa del tiempo, como el helecho que, podrido hace millares de años, ha dejado su huella, sin embargo, en el bloque de hulla, o como las solemnidades que han caído en desuso y que vemos pintadas y comentadas en los muros de los templos egipcios. En ambos casos el procedimiento de reconstrucción es el mismo y todas las ciencias ofrecen múltiples ejemplos de él.

Pero el hecho de que gran número de investigadores de todas categorías se vean obligados a aprehender ciertos fenómenos centrales solo mediante otros fenómenos derivados de ellos, en modo alguno quiere decir que haya en todos una perfecta igualdad de medios. Es posible que, como en el caso del físico, tengan el poder suficiente para provocar la aparición de las huellas. Es también posible, por el contrario, que tengan que esperar a que obre el capricho de fuerzas sobre las que no tienen la menor influencia. En uno y otro caso su posición será muy distinta, como es evidente. ¿Qué ocurre con los observadores de los hechos humanos?

Aquí las cuestiones de fecha vuelven a ocupar un primer plano.

Es evidente que todos los hechos humanos algo complejos escapan a la posibilidad de una reproducción, o de una orientación voluntaria, y sobre esto hablaremos más tarde. Desde las medidas más elementales de la sensación hasta las pruebas más refinadas de la inteligencia y de la emotividad, existe una experimentación psicológica. Pero esta experimentación no se aplica, en suma, sino al individuo. La psicología colectiva es casi por completo rebelde a ella. No es posible —y nadie se atrevería a hacerlo

suponiendo que fuera posible— suscitar deliberadamente un pánico o un movimiento de entusiasmo religioso. Sin embargo, cuando los fenómenos estudiados pertenecen al presente o al pasado inmediato, el observador —por incapacitado que se halle para forzar su repetición o para invertir a su voluntad el desarrollo— no se encuentra igualmente desarmado frente a sus huellas. Puede, literalmente, hacer que algunas de ellas vuelvan a existir. Me refiero a los informes de los testigos.

El 5 de diciembre de 1805 era tan imposible como hoy que se repitiera la experiencia de Austerlitz. ¿Qué había hecho en la batalla tal o cual

regimiento? A Napoleón le habrían bastado dos palabras para hacer que un oficial le informara sobre el asunto apenas unas horas después de la batalla. ¿Pero nunca se ha comprobado la existencia de un informe de esta clase, público o privado? ¿Acaso se perdieron los que se escribieron? Si nosotros tratáramos de hacer las mismas preguntas que Napoleón habría podido hacer, nos quedaríamos eternamente sin respuesta. ¿Qué historiador no ha soñado, como Ulises, en alimentar las sombras con sangre a fin de interrogarlas? Pero los milagros de la *Nekuia* ya no están de moda y no tenemos más máquina para remontar el

tiempo que nuestro cerebro, con los materiales que le proporcionan las generaciones pasadas.

No habría que exagerar tampoco los privilegios que tiene el estudio del presente. Imaginemos por un momento que todos los oficiales, que todos los hombres de un regimiento han perecido; o, mejor, que entre todos los supervivientes no se encuentra un solo testigo cuya memoria, cuyas facultades de atención sean dignas de crédito. En este caso Napoleón no se encontraría en una situación mejor que la nuestra. Todo aquel que ha tomado parte, aun cuando sea en el papel más humilde, en una gran acción, sabe muy bien que al cabo de

unas horas es a veces imposible precisar un episodio de capital importancia. Y a eso habría que agregar que no todas las huellas del pasado inmediato se presentan con la misma docilidad a cualquier evocación. Si las aduanas hubieran dejado de registrar día a día la entrada y salida de las mercancías en el mes de noviembre de 1942, me sería imposible saber en el mes de diciembre el monto del comercio exterior del mes anterior. En una palabra, entre la encuesta de los tiempos pretéritos y del pasado inmediato no hay más que una diferencia de grado, que en nada afecta al fondo de los métodos empleados para estudiarlos. Pero no por ello la

diferencia es de poca importancia, y conviene deducir las consecuencias de esto.

El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar. A quien dudara de lo anterior bastaría recordarle lo que ha ocurrido desde hace más de un siglo: por la investigación han salido de las brumas inmensos conglomerados humanos que antes eran ignorados; Egipto y Caldea se han sacudido sus sudarios; las ciudades muertas del Asia central han revelado

sus lenguas, que nadie sabía hablar ya, y sus religiones, extinguidas desde hacía mucho tiempo; en las orillas del Indo se ha levantado de su tumba una civilización completamente ignorada. Pero no es eso todo, y la ingeniosidad de los investigadores que hacen rebuscas en las bibliotecas y que excavan en viejos suelos nuevas zanjas, no sirve solo, ni quizás con la mayor eficacia, para enriquecer la imagen de los tiempos pasados. Han surgido nuevos procedimientos de investigación antes ignorados. Sabemos mejor que nuestros antepasados interrogar a las lenguas sobre las costumbres y a las herramientas sobre los obreros. Hemos

aprendido, sobre todo, a descender a más profundos niveles en el análisis de la realidad social. El estudio de las creencias y de los ritos populares apenas desarrolla sus primeras perspectivas. La historia de la economía—de la que Cournot, al enumerar los diversos aspectos de la investigación histórica, ni siquiera tenía idea— acaba de comenzar a constituirse. Todo ello es cierto y nos permite alimentar las mayores esperanzas. No esperanzas ilimitadas, claro está, pues nos ha sido rehusado ese sentimiento de progresión verdaderamente indefinida que da una ciencia como la química, capaz de crear hasta su propio objeto. Los exploradores

del pasado no son hombres totalmente libres. El pasado es su tirano, y les prohíbe que sepan de él lo que él mismo no les entrega, científicamente o no. Nunca podremos establecer una estadística de los precios en la época merovingia, porque ningún documento registró esos precios suficientemente. Nos es imposible penetrar en la mentalidad de los hombres del siglo XI europeo, por ejemplo, como podemos hacerlo en la mentalidad de los contemporáneos de Pascal o de Voltaire. De aquellos no tenemos cartas privadas ni confesiones; solo nos quedan algunas malas biografías escritas en un estilo convencional. A causa de esta laguna

toda una parte de nuestra historia adquiere necesariamente el aliento, un poco exangüe, de un mundo despoblado. Pero no nos quejemos demasiado. En esta estrecha sumisión a un inflexible destino —nosotros, pobres adeptos a menudo ridiculizados por las nuevas ciencias del hombre— nos tocó peor parte que a muchos de nuestros compañeros, dedicados a disciplinas más antiguas y más seguras de sí. Tal es la suerte común de todos los estudios cuya misión es escrutar los fenómenos pasados. Y el prehistoriador, falto de testimonios escritos, es más incapaz de reconstruir las liturgias de la Edad de Piedra que —pongo por caso— el

paleontólogo las glándulas de secreción interna del plesiosaurio, del que solo subsiste el esqueleto. Siempre es desagradable decir: «no sé», «no lo puedo saber»; no hay que decirlo sino después de haber buscado enérgica, desesperadamente. Pero hay momentos en que el más imperioso deber del sabio es, habiéndolo intentado todo, resignarse a la ignorancia y confesarlo honestamente.

2. LOS TESTIMONIOS

«Herodoto de Turios expone aquí el resultado de sus búsquedas, para que las cosas hechas por los hombres no se olviden con el tiempo y que las grandes y maravillosas acciones llevadas a cabo tanto por los griegos como por los bárbaros no pierdan su esplendor». Así empieza el más antiguo libro de historia, no fragmentario, que en el mundo occidental haya llegado hasta nosotros. Pongamos a su lado, por ejemplo, una de esas guías de viaje al más allá que los

egipcios del tiempo de los Faraones introducían en las tumbas. Tendremos, frente a frente, los prototipos de las dos grandes clases en las que se reparte la masa inmensamente varia de los documentos puestos, por el pasado, a disposición de los historiadores. Los testimonios del primer grupo son voluntarios. Los otros, no.

Cuando leemos, para informarnos, a Herodoto o a Froissart, las *Memorias* del mariscal Joffre o los comunicados, por otra parte completamente contradictorios, que nos dan en estos días los periódicos alemanes y británicos sobre el ataque de un convoy

en el Mediterráneo, ¿qué hacemos sino conformarnos exactamente a lo que los autores de esos escritos esperaban de nosotros? Al contrario, las fórmulas de los papiros de los muertos solo estaban destinadas a ser recitadas por el alma en peligro y oídas solo por los dioses; el hombre de los palafitos que echaba en el lago los residuos de su comida —donde hoy los remueve el arqueólogo— no hacía sino limpiar su cocina, su vivienda; la bula de exención pontificia se guardaba con tanto cuidado en los cofres del monasterio únicamente para poder mostrarla ante los ojos de un obispo importuno, en el momento preciso. Nada de ello tenía que ver con

la preocupación de instruir a la opinión, ya fuera la de sus contemporáneos o la de futuros historiadores; y cuando el medievalista hojeara en los archivos, en el año de gracia de 1492, la correspondencia comercial de los Cedamos, de Lucca, comete una indiscreción que los Cedamos de nuestros días calificarían duramente si se tomaran las mismas libertades con su libro copiador de cartas.

Sin embargo, las fuentes narrativas —expresión consagrada—, es decir, los relatos deliberadamente dedicados a la información de los lectores, no han dejado nunca de prestar una preciosa ayuda al investigador. Entre otras

ventajas, son ordinariamente las únicas que proporcionan un encuadre cronológico casi normal y seguido. ¿Qué no daría un prehistoriador —o un historiador de la India— por disponer de un Herodoto? No puede dudarse de ello: es en la segunda categoría de testimonios, en los testigos sin saberlo, donde la investigación histórica, en el curso de su avance, ha puesto cada vez más su confianza. Compárese la historia romana, tal como la escribían Rollin, o el mismo Niebuhr, con la de cualquier manual de nuestros días: la primera tomaba lo más claro de su sustancia de Tito Livio, Suetonio o Floro; la segunda se construye, en una gran parte, según

las inscripciones, los papiros y las monedas. Trozos enteros del pasado no han podido ser reconstruidos sino así: toda la prehistoria, casi toda la historia económica, casi toda la historia de las estructuras sociales. Y aun en el presente, ¿quién de nosotros no preferiría tener entre las manos, en vez de los periódicos de 1938 o 1939, algunos documentos secretos de las cancillerías o algunos informes confidenciales de jefes militares?

No es que documentos de este tipo estén exentos de errores o de mentiras en mayor medida que los otros. Ni faltan falsas bulas, ni dicen verdad todas las

cartas de negocios y todos los informes de embajadores; pero ahí la deformación, suponiendo que exista, por lo menos no ha sido concebida especialmente para la posteridad. Ante todo, estos indicios que, sin premeditación, deja caer el pasado a lo largo de su ruta nos permiten suplir las narraciones, cuando no las hay, o contrastarlas si su veracidad es sospechosa. Preservan a nuestros estudios de un peligro peor que la ignorancia o la inexactitud: el de una esclerosis irremediable. Efectivamente, sin su socorro veríamos inevitablemente al historiador convertirse en seguida en prisionero de los prejuicios, de la falsa

prudencia, de la miopía que sufrieron esas mismas generaciones desaparecidas sobre las que se inclina, y veríamos al medievalista, por ejemplo, no dar sino muy poca importancia al movimiento de las comunidades, a pretexto de que los escritores de la Edad Media no suelen hablar de él, o desdeñar los grandes impulsos de la vida religiosa en razón de que ocupan en la literatura narrativa de su tiempo mucho menos espacio que las guerras de los Barones. En una palabra, veríamos a la historia, para usar una antítesis cara a Michelet, dejar de ser la exploradora cada vez más arrojada de las edades pasadas para venir a ser la eterna e

inmóvil alumna de sus «crónicas».

No solo eso, sino que hasta en los testimonios más decididamente voluntarios, lo que nos dice el texto ha dejado expresamente de ser, hoy, el objeto preferido de nuestra atención. Nos interesamos, por lo general, y con mayor ardor, por lo que se nos deja entender sin haber deseado decirlo. ¿Qué descubrimos de más instructivo en Saint-Simon? ¿Sus informaciones, tantas veces controvertidas, sobre los acontecimientos de su tiempo, o la extraordinaria luz que las *Memorias* arrojan sobre la mentalidad de un gran señor de la corte del Rey Sol? Entre las vidas de santos de la alta Edad Media,

por lo menos las tres cuartas partes son incapaces de enseñarnos algo sólido acerca de los piadosos personajes cuyo destino pretenden evocar; mas si, al contrario, las interrogamos acerca de las maneras de vivir o de pensar correspondientes a las épocas en que fueron escritas —cosas todas ellas que la hagiografía no tenía el menor deseo de exponernos— las hallaremos de un valor inestimable. En nuestra inevitable subordinación al pasado, condenados, como lo estamos, a conocerlo únicamente por sus rastros, por lo menos hemos conseguido saber mucho más acerca de él que lo que tuvo a bien dejarnos dicho. Bien mirado, es un gran

desquite de la inteligencia sobre los hechos.

Pero desde el momento en que ya no nos resignamos a registrar pura y sencillamente los dichos de nuestros testigos, desde el momento en que nos proponemos obligarles a hablar, aun contra su gusto, se impone un cuestionario. Tal es, en efecto, la primera necesidad de toda búsqueda histórica bien llevada.

Muchas personas, y aun al parecer ciertos autores de manuales, se forman una imagen asombrosamente cándida de la marcha de nuestro trabajo. En el principio, parecen decir, están los

documentos. El historiador los reúne, los lee, se esfuerza en pesar su autenticidad y su veracidad. Tras ello, únicamente tras ello, deduce sus consecuencias. Desgraciadamente, nunca historiador alguno ha procedido así, ni aun cuando por azar cree hacerlo.

Porque los textos, o los documentos arqueológicos, aun los más claros en apariencia y los más complacientes, no hablan sino cuando se sabe interrogarlos. Antes de Boucher de Perthes abundaban las herramientas de pedernal, al igual que en nuestros días, en las tierras de aluvión del Soma; pero no habiendo quien las interrogara, no había prehistoria. Como viejo

medievalista que soy, confieso no conocer lectura más atrayente que la de un cartulario, porque sé, más o menos, qué pedirle. Una compilación de inscripciones romanas, en cambio, me dice bien poca cosa. Las leo mejor o peor, pero no me dicen nada. En otros términos, toda investigación histórica presupone, desde sus primeros pasos, que la encuesta tenga ya una dirección. En el principio está la inteligencia. Nunca, en ninguna ciencia, la observación pasiva —aun suponiendo, por otra parte, que sea posible— ha producido nada fecundo.

No nos engañemos. Sin duda, sucede a veces que el cuestionario es puramente

instintivo, pero existe. Sin que el trabajador tenga conciencia de ello, los artículos del mismo le son dictados por las afirmaciones o las dudas que sus experiencias anteriores han inscrito oscuramente en su cerebro, por la tradición, por el sentido común, es decir, demasiado a menudo, por los prejuicios comunes. No se es nunca tan receptivo como se cree. No se puede dar peor consejo a un principiante que el de que espere, en actitud de aparente sumisión, la inspiración del documento. Por ese camino más de una investigación hecha con buena voluntad ha sido condenada al fracaso o a la insignificancia.

La facultad de escoger es necesaria, pero tiene que ser extremadamente flexible, susceptible de recoger, en medio del camino, multitud de nuevos aspectos, abierta a todas las sorpresas, de modo que pueda atraer desde el comienzo todas las limaduras del documento, como un imán. Sábese que el itinerario establecido por un explorador antes de su salida no será seguido punto por punto; pero, de no tenerlo, se expondrá a errar eternamente a la ventura.

La diversidad de los testimonios históricos es casi infinita. Todo cuanto el hombre dice o escribe, todo cuanto

fabrica, cuanto toca puede y debe informarnos acerca de él. Es curioso darse cuenta de cómo las personas extrañas a nuestro trabajo calibran imperfectamente la extensión de esas posibilidades. Continúan atadas a una idea muy añeja de nuestra ciencia: la del tiempo en el que apenas si se sabía leer más que los testimonios voluntarios. Reprochando a la «historia tradicional» el dejar en la sombra «fenómenos considerables» que, sin embargo, eran «de mayores consecuencias y más capaces de modificar la vida próxima que todos los acontecimientos políticos», Paul Valéry ponía como ejemplo «la conquista de la tierra» por

la electricidad. En esto se le aplaudirá con gusto. Es, desgraciadamente, demasiado exacto que este inmenso tema no ha producido todavía ningún trabajo serio. Pero cuando, arrebatado en cierta manera por el exceso mismo de su severidad para justificar la falta que acaba de denunciar, Paul Valéry añade que estos fenómenos «escapan» necesariamente al historiador —porque, prosigue, «ningún documento los menciona expresamente»— la acusación, pasando del sabio a la ciencia, se equivoca de dirección. ¿Quién puede creer que las empresas de la industria eléctrica carezcan de archivos, de estados de consumo, de

mapas de extensión de sus redes? Los historiadores, dirán, han descuidado hasta ahora consultar esos documentos; y es, sin duda, una falta; a menos que la responsabilidad recaiga en guardianes tal vez demasiado celosos de tantos hermosos tesoros. Hay que tener paciencia. La historia no es todavía como debiera ser. Pero no es una razón para cargar a la historia posible con el peso de los errores que no pertenecen sino a la historia mal comprendida.

De ese carácter maravillosamente dispar de nuestros materiales nace, sin embargo, una dificultad; desde luego, lo suficientemente grave para contarse entre las tres o cuatro grandes paradojas

del oficio de historiador.

Sería una gran ilusión imaginarse que cada problema histórico se vale de un tipo único de documentos, especializado en este empleo. Al contrario, cuanto más se esfuerza la investigación por llegar a los hechos profundos, menos le es permitido esperar la luz si no es por medio de rayos convergentes de testimonios muy diversos en su naturaleza. ¿Qué historiador de las religiones se contentaría con la compulsión de tratados de teología o colecciones de himnos? Él lo sabe: acerca de las creencias y las sensibilidades muertas, las imágenes pintadas o esculpidas en las paredes de

los santuarios, la disposición o el mobiliario de las tumbas le dicen, por lo menos, tanto como muchos escritos. Así, tanto como del estudio de las crónicas o de las cartas pueblas, nuestro conocimiento de las invasiones germánicas depende de la arqueología funeraria y de los estudios toponímicos. A medida que se acerca uno a nuestro tiempo estas exigencias se hacen, sin duda, distintas; pero no por ello menos imperiosas. Para comprender las sociedades de hoy, ¿quién cree que baste hundirse en la lectura de debates parlamentarios o de oficios de cancillería? ¿No habrá que saber interpretar el balance de un banco, texto,

para el profano, más hermético que muchos jeroglíficos? El historiador de una época en la que reina la máquina, ¿deberá ignorar cómo están constituidas y cómo se han modificado las máquinas?

Y si casi todo problema humano importante necesita el manejo de testimonios de tipos opuestos, es, al contrario, de toda necesidad, que las técnicas eruditas se distingan según los tipos de testimonio. El aprendizaje de cada una de ellas es largo, su posesión plena necesita una práctica más larga todavía y, por decirlo así, constante. Por ejemplo: solo un número muy reducido de investigadores puede vanagloriarse de hallarse bien preparados para leer y

criticar una carta puebla medieval, para interpretar correctamente los nombres de lugares (que son, ante todo, hechos lingüísticos), para fijar sin errores la fecha de los vestigios de un hábitat prehistórico, celta, galorromano; para analizar las asociaciones vegetales de un prado, de un barbecho, de un erial. Sin embargo, sin todo ello, ¿cómo pretender escribir la historia de la ocupación del suelo? Creo que pocas ciencias están obligadas a usar simultáneamente tantas herramientas dispares. Y es que los hechos humanos son de los más complejos, y el hombre se coloca en el extremo de la naturaleza.

Es útil, a mi ver, es indispensable

que el historiador posea, al menos, una noción de las principales técnicas de su oficio. Aunque solo sea para saber medir por adelantado la fuerza de la herramienta y las dificultades de su manejo. La lista de las «disciplinas auxiliares» que proponemos a nuestros principiantes es demasiado reducida. A hombres que en la mitad de su tiempo no podrán alcanzar el objeto de sus estudios sino a través de las palabras, ¿por qué absurdo paralogismo se les permite, entre otras lagunas, ignorar las adquisiciones fundamentales de la lingüística?

Aun así, y suponiendo una gran variedad de conocimientos en los

investigadores mejor provistos, estos hallarán siempre, y normalmente muy de prisa, sus límites. Entonces no queda otro remedio que sustituir la multiplicidad de aptitudes en un mismo hombre por una alianza de técnicas practicadas por diferentes eruditos, pero dirigidas todas ellas a la elucidación de un tema único. Este método supone la aceptación del trabajo por equipos. Al mismo tiempo exige la definición previa, de común acuerdo, de algunos grandes problemas dominantes. Se trata de logros de los que todavía estamos muy lejos. Pero ellos influirán, sin duda alguna, en el porvenir de nuestra ciencia.

3. LA TRANSMISIÓN DE LOS TESTIMONIOS

Una de las tareas más difíciles con las que se enfrenta el historiador es la de reunir los documentos que cree necesitar. No lo lograría sin la ayuda de diversos guías: inventarios de archivos o de bibliotecas, catálogos de museos, repertorios bibliográficos de toda índole. Vemos, muchas veces, eruditos a la violeta que se extrañan del tiempo sacrificado por auténticos eruditos en componer obras de este tipo, y por todos

los investigadores en conocer su existencia y aprender su manejo; como si, gracias a las horas invertidas en estos trabajos que, aunque no carezcan de cierto escondido atractivo, desde luego están faltos de brillo romántico, no se ganara tiempo y se ahorrara mucha energía. Es difícil imaginarse, si no se es especialista, la suma de esfuerzos estúpidamente inútiles que un apasionado por la historia del culto de los santos se ahorra si conoce la *Bibliotheca Hagiographica Latina* de los Padres Bolandistas. Lo que hay que sentir, en verdad, es que no podamos tener en nuestras bibliotecas una mayor cantidad de estos instrumentos (cuya

enumeración, materia por materia, pertenece a los libros especiales de orientación) y que no sean todavía lo bastante numerosos, sobre todo para las épocas menos alejadas de nosotros; que su establecimiento, principalmente en Francia, no obedezca sino por excepción a un plan de conjunto racionalmente concebido; que su puesta al día sea demasiadas veces abandonada a caprichos individuales o a la parsimonia mal informada de algunas casas editoras. El tomo primero de las admirables *Fuentes de la historia de Francia*, de Émile Molinier, no ha sido reeditado desde su primera aparición, en 1901. Este sencillo hecho es toda una

grave acusación. Evidentemente, la herramienta no hace la ciencia, pero una sociedad que pretende respetar la ciencia no debería desinteresarse de sus herramientas. No cabe duda que sería prudente no confiar demasiado, para lograrlo, en las instituciones académicas, que por su reclutamiento favorable a la preeminencia de la edad y propicio a los buenos discípulos, suele carecer de espíritu de empresa. Nuestra Escuela de Guerra y nuestros Estados Mayores no son los únicos, en nuestro país, que conservan en tiempos motorizados la mentalidad de la carreta de bueyes.

A pesar de lo bien hechos, de lo

abundantes, que pueden ser esos mojonos, servirían de poco a un investigador que no tuviese, por adelantado, una idea del terreno a explorar. En contra de lo que a veces suelen imaginarse los principiantes, no surgen los documentos, aquí y allá, por el solo efecto de no se sabe qué misterioso decreto de los dioses. Su presencia o su ausencia, en tales o cuales archivos, en una u otra biblioteca, en el suelo, dependen de causas humanas que no escapan al análisis, y los problemas que plantea su transmisión, lejos de tener únicamente el mero alcance de ejercicios técnicos, rozan lo más íntimo de la vida del pasado,

porque lo que se encuentra así puesto en juego es nada menos que el paso del recuerdo a través de las generaciones. Al frente de obras históricas serias el autor generalmente coloca una lista de siglas de los archivos que ha compulsado, de los libros que le han servido. Está bien, pero no es suficiente. Todo libro de historia digno de ese nombre debiera incluir un capítulo, o, si se prefiere, insertar en los puntos cardinales del desarrollo del libro, una serie de párrafos que se intitularían, poco más o menos: «¿Cómo puedo saber lo que voy a decir?». Estoy persuadido de que si conociesen estas confesiones, hasta los lectores que no fuesen del

oficio hallarían en ellas un verdadero placer intelectual. El espectáculo de la investigación, con sus éxitos y fracasos, no es casi nunca aburrido. Lo acabado es lo que destila pesadez y tedio.

A veces recibo la visita de investigadores que desean escribir la historia de su pueblo. Por lo general, les digo lo siguiente, que aquí simplifico un poco para evitar detalles eruditos que estarían fuera de lugar: «Las comunidades campesinas no tuvieron sino rara vez y tardíamente archivos. Los señoríos, al contrario, eran empresas relativamente bien organizadas, poseedoras de una

continuidad, que han conservado, por lo general y desde muy pronto, sus archivos. Para el periodo anterior a 1789 y, especialmente para épocas más antiguas, los principales documentos de los que pueden esperar servirse son, pues, de procedencia señorial. De donde resulta que la primera cuestión a la que tendrán que contestar y de la que todo dependerá, será la siguiente: en 1789, ¿quién era el señor del pueblo?». (En realidad no es imposible la existencia simultánea de varios señores entre quienes haya sido repartido el pueblo; pero, para simplificar, dejaré de lado esta suposición). «Pueden concebirse tres eventualidades: El señorío pudo

haber pertenecido a una iglesia, a un laico emigrado durante la Revolución o a un laico no emigrado. El primer caso es, con mucho, el más favorable. En esa eventualidad el archivo seguramente ha sido bien manejado, y desde hace mucho tiempo; y fue seguramente confiscado a partir de 1790 al mismo tiempo que las tierras, por la aplicación de las leyes de secularización del clero. Debieron llevarlo a algún depósito público y puede esperarse, razonablemente, que allí continúa hoy, más o menos intacto, a disposición de los eruditos. La hipótesis del emigrado todavía es bastante buena: en este caso debió de ser embargado y transferido; a lo sumo, el peligro de una

destrucción voluntaria como vestigio de un régimen aborrecido parecerá un poco de temer. Queda la última posibilidad, que sería sumamente desagradable: los antiguos dueños, desde el momento en que se quedaban en Francia, no caían bajo la férula de las leyes de salvación pública y no padecían en sus bienes; perdían, sin duda, sus derechos señoriales, ya que estos habían sido universalmente abolidos y, por ende, sus legajos. No habiendo sido nunca reclamados por el Estado, los documentos que buscamos han corrido, sencillamente, la suerte común de todos los papeles de familia durante los siglos XIX y XX. Aun suponiendo que no

se hayan perdido, que no hayan sido comidos por las ratas o dispersados al azar de las ventas y las herencias a través de los desvanes de tres o cuatro casas de campo, nada ni nadie podrá obligar a su actual poseedor a dároslos a conocer».

Cito este ejemplo porque me parece perfectamente típico de las condiciones que con frecuencia determinan y limitan la documentación. No carecerá de interés analizar sus enseñanzas más detenidamente.

El papel que acabamos de ver desempeñar a las confiscaciones revolucionarias es el de una deidad

muchas veces propicia al investigador: la catástrofe. Innumerables municipios romanos se han transformado en vulgares pequeñas ciudades italianas, en las que el arqueólogo penosamente encuentra algunos vestigios de la Antigüedad: únicamente la erupción del Vesubio conservó a Pompeya.

Desde luego, la mayoría de los grandes desastres de la humanidad han ido en contra de la historia. Montones de manuscritos literarios e historiográficos, los inestimables expedientes de la burocracia imperial romana se hundieron en la marea de las Invasiones. Ante nuestros ojos, dos guerras mundiales han asolado un suelo cubierto

de gloria y han destruido monumentos y archivos. Nunca jamás podremos ya hojear las cartas de los viejos mercaderes de Ypres y durante la derrota he visto arder los cuadernos de órdenes de un Ejército.

Sin embargo, la apacible continuidad de una vida social, sin accesos de fiebre, es mucho menos favorable de lo que a veces se cree a la transmisión del recuerdo. Son las revoluciones las que fuerzan las puertas de las cajas fuertes y obligando a huir a los ministros no les dejan tiempo de quemar sus notas secretas. En los antiguos archivos judiciales encontramos documentos de quiebras de

empresas que, si hubiesen seguido disfrutando de una existencia fructuosa y honorable, hubiesen acabado por destruir el contenido de sus legajos. Gracias a la admirable permanencia de las instituciones monásticas, la abadía de Saint-Denis conservaba todavía, en 1789, los diplomas otorgados cerca de mil años antes por los reyes merovingios. Podemos leerlos hoy en los archivos nacionales. Si la comunidad de los monjes de Saint-Denis hubiese sobrevivido a la Revolución, ¿quién nos asegura que nos permitiría hurgar en sus cofres? Asimismo, tampoco la Compañía de Jesús da al profano acceso a sus colecciones, por lo

que tantos problemas de la historia moderna permanecerán siempre desesperadamente oscuros, y así el Banco de Francia no invita a los especialistas en el Primer Imperio a compulsar sus registros, aun los más polvorientos. Hasta tal punto la mentalidad del iniciado es inherente a todas las corporaciones. Aquí el historiador del presente está en desventaja: está casi totalmente privado de confidencias involuntarias. Ciertamente es que, en compensación, dispone de las indiscreciones que le murmuran, al oído, sus amigos. Desgraciadamente, el informe se distingue mal del chisme. Un buen cataclismo nos convendría mucho

más.

Así seguirá ocurriendo mientras las sociedades no organicen racionalmente, con su memoria, su conocimiento propio, renunciando a dejar este cuidado a sus propias tragedias. No lo lograrán sino luchando cuerpo a cuerpo con los dos principales responsables del olvido y la ignorancia: la negligencia, que extravía los documentos, y, más peligrosa todavía, la pasión del secreto —secreto diplomático, secreto de los negocios, secretos de las familias—, que los esconde o destruye. Es natural que el notario tenga el deber de no revelar las operaciones de su cliente, pero no que se le permita envolver en el

mismo impenetrable misterio los contratos realizados por los bisabuelos de su cliente, cuando, por otra parte, nada le impide dejarlos convertirse en polvo. Nuestras leyes, a este respecto, están absurdamente fuera de lugar. En cuanto a los motivos que impelen a la mayoría de las grandes empresas a negarse a hacer públicas las estadísticas más indispensables para una sana conducta de la economía nacional, rara vez son dignos de respeto. Nuestra civilización habrá realizado un inmenso progreso el día en que el disimulo, erigido en método de acción y casi en virtud burguesa, ceda su lugar al gusto por el informe, es decir, a los

intercambios de noticias.

Volvamos, sin embargo, al pueblo de nuestra hipótesis. Las circunstancias que, en este caso preciso, deciden de la pérdida o de la conservación, de la accesibilidad o de la inaccesibilidad de los testimonios, tienen su origen en fuerzas históricas de carácter general. No presentan ningún aspecto que no sea perfectamente inteligible, pero están desprovistas de toda relación lógica con el objeto de la encuesta cuyo resultado se encuentra, sin embargo, colocado bajo su dependencia. Porque, evidentemente, no se ve por qué el estudio de una pequeña comunidad rural,

en la Edad Media, sería más o menos instructivo por el hecho de que, algunos siglos más tarde, a su señor se le ocurriera ir o dejar de ir a reunirse con los emigrados de Coblenza. Este desacuerdo es muy frecuente. Si conocemos infinitamente mejor el Egipto romano que la Galia de la misma época, no es que tengamos mayor interés por los egipcios que por los galorromanos, sino porque la sequía, las arenas y los ritos funerarios de la momificación preservaron allí los escritos que el clima de Occidente y sus usos condenaban, por el contrario, a una rápida destrucción. Entre las causas que llevan al éxito o al fracaso en la

búsqueda de documentos y los motivos que nos hacen deseables estos mismos documentos no hay de ordinario nada en común: tal es el elemento irracional, imposible de eliminar, que da a nuestras investigaciones algo de la trágica intimidad en que tantas obras del espíritu hallan tal vez, con sus límites, una de las razones secretas de su destrucción.

Todavía, en el ejemplo citado, la suerte de los documentos, pueblo por pueblo, es un hecho crucial conocido, casi previsto. Pero no siempre ocurre así. El resultado final depende a veces de tal número de hechos encadenados, absolutamente independientes unos de

otros, que toda previsión viene a ser imposible. Sé de cuatro incendios sucesivos y de un saqueo que devastaron los archivos de la antigua abadía de San Benito del Loira. ¿Cómo, enfrentándome con el resto, puedo adivinar qué documentos se salvaron? Lo que se ha llamado la migración de los manuscritos ofrece una materia digna de estudio del mayor interés; los pasos de una obra literaria a través de las bibliotecas, el hecho mismo de las copias, el cuidado o la negligencia de los bibliotecarios y de los copistas son otros tantos rasgos por los que se expresan, a lo vivo, las vicisitudes de la cultura, y el variado juego de sus grandes corrientes. ¿Qué

erudito, aun el mejor informado, hubiese podido anunciar, antes de su descubrimiento, que el único manuscrito de la *Germania* de Tácito había ido a parar, en el siglo XVI, al monasterio de Hersfeld? En una palabra, existe en el fondo de casi toda búsqueda documental un residuo de sorpresa y, por ende, de aventura. Un investigador que conozco muy bien me contó que en Dunkerque, mientras esperaba, sin dejar entrever demasiada impaciencia, en la costa bombardeada, un incierto embarque, uno de sus camaradas le dijo, con cierta extrañeza: «Es curioso, no parece usted aborrecer la aventura». Mi amigo hubiese podido contestar que, en contra

del prejuicio corriente, la costumbre de la investigación no es de ninguna manera desfavorable a la aceptación, bastante normal, de una apuesta con el destino.

Nos preguntábamos antes si existe una oposición de técnicas entre el conocimiento del pasado humano y el del presente. Acabamos de dar la contestación. Evidentemente, el explorador de lo actual y el de épocas lejanas manejan, cada uno a su manera, las herramientas de que disponen; según los casos, uno u otro tiene ventajas: el primero toca la vida de una manera inmediata, más sensible; el segundo, en sus indagaciones, dispone de medios que, muchas veces, le son negados a

aquel. Así, la disección de un cadáver, que descubre al biólogo muchos secretos que el estudio de un ser vivo le hubiese ocultado, calla acerca de muchos otros, de los que solo el cuerpo vivo tiene la revelación. Pero cualquiera que sea la edad de la humanidad que el investigador estudie, los métodos de observación se hacen, casi con uniformidad, sobre rastros y son fundamentalmente los mismos. Iguales son, como vamos a ver, las reglas críticas a las que ha de obedecer la observación para ser fecunda.

III

La crítica

1. BOSQUEJO DE UNA HISTORIA DEL MÉTODO CRÍTICO

Hasta los más ingenuos policías

saben que no debe creerse sin más a los testigos. Sin perjuicio, por otra parte, de no sacar siempre de este conocimiento teórico el partido necesario. De la misma manera, hace mucho que se está de acuerdo en no aceptar ciegamente todos los testimonios históricos. Nos lo ha enseñado una experiencia casi tan vieja como la humanidad: más de un texto se da como perteneciente a una época y a un lugar distintos de los que realmente les corresponden; no todas las narraciones son verídicas y, a su vez, las huellas materiales pueden ser falsificadas. En la Edad Media, ante la abundancia de las falsificaciones, la duda fue muchas veces un reflejo natural

de defensa. «Con tinta, cualquiera puede escribir cualquier cosa», exclamaba, en el siglo XI, un hidalgo lorenés, en un litigio contra unos frailes que presentaban contra él pruebas documentales. La *Donación de Constantino* —sorprendente elucubración que un clérigo romano del siglo VIII atribuyó al primer César cristiano— fue, tres siglos más tarde, puesta en duda por los que rodeaban al muy piadoso emperador Otón III. Las falsas reliquias se han vendido desde que hubo reliquias.

Sin embargo, el escepticismo, como principio, no es una actitud intelectual más estimable ni más fecunda que la

credulidad con la que, por otra parte, se combina fácilmente en muchos espíritus simplistas. Conocí, durante la otra guerra, a un honrado veterinario que, desde luego, con alguna apariencia de razón, se rehusaba sistemáticamente a creer cualquier noticia dada por la prensa. Pero si un compañero ocasional le contaba de viva voz cualquier estupefaciente falsedad, mi hombre la aceptaba como artículo de fe.

De la misma manera, la crítica basada únicamente en el sentido común, que fue, durante mucho tiempo, la única practicada, y que todavía seduce a ciertos espíritus, no podía llevarnos muy lejos. ¿Qué es, en efecto, las más de las

veces, este pretendido sentido común? Nada más que un compuesto de postulados no razonados y de experiencias apresuradamente generalizadas. ¿Trátase del mundo físico? Se negaron los Antípodas, se niega el Universo einsteiniano. Se consideró fabulosa la narración de Herodoto según la que, dándose vuelta al África, los navegantes veían un día el punto de salida del sol pasar de su derecha a su izquierda. ¿Trátase de actos humanos? Lo peor es que las observaciones que se elevan a lo eterno están forzosamente tomadas, de prestado, a un momento cortísimo de la duración del tiempo: el nuestro. Ahí

reside el principal vicio de la crítica volteriana, por otra parte tantas veces penetrante. No solamente las extravagancias individuales son de todos los tiempos; más de un estado de ánimo, común en el pasado, nos parece extraño porque ya no lo sentimos. El «sentido común» parece prohibirnos aceptar que el emperador Otón I haya podido suscribir, en favor de los papas, concesiones territoriales inaplicables, que desmentían sus actos anteriores y que los que le siguieron no tomaron nunca en cuenta. Sin embargo, hay que creer que no tenía el espíritu construido del todo como nosotros, ya que el privilegio es incontestablemente

auténtico; porque entonces existía entre el escrito y la acción una distancia cuya extensión nos sorprende hoy.

El verdadero progreso surgió el día en que la duda se hizo «examinadora» —como decía Volney—; cuando las reglas objetivas, para decirlo en otros términos, elaboraron poco a poco la manera de escoger entre la mentira y la verdad. El jesuita Papebroeck, a quien la lectura de las *Vidas de santos* había inspirado una incoercible desconfianza hacia la herencia de toda la Edad Media, tenía por falsos todos los diplomas merovingios conservados en los monasterios. No —le contestó en sustancia Mabillon—, existen,

incontestablemente, diplomas fabricados de la primera a la última letra, otros rehechos o interpolados, pero también los hay auténticos, y he aquí cómo es posible distinguir unos de otros. Aquel año —1681, el año de la publicación de *De Re Diplomatica*, en verdad gran fecha en la historia del espíritu humano —, fue definitivamente fundada la crítica de los documentos de archivo.

Ese fue, por otra parte, de todas maneras, el momento decisivo en la historia del método crítico. El humanismo de la edad precedente había tenido sus veleidades y sus intuiciones, pero no había ido más lejos; nada es más característico, a este respecto, que

un trozo de los *Ensayos*, en el que Montaigne justifica a Tácito por haber citado los prodigios. Cosa es —dijo— de teólogos y filósofos el discutir las «creencias comunes»; los historiadores no tienen más que «recitar» lo que las fuentes ofrecen. «Que nos den la historia según la reciben y no según la estiman». En otros términos, una crítica filosófica es perfectamente legítima si se apoya sobre cierta concepción del orden natural o divino, y se sobrentiende desde luego que Montaigne no acepta, por su parte, los milagros de Vespasiano, al igual que otros muchos. Pero no comprende, visiblemente, cómo sería posible el examen, específicamente

histórico, de un testimonio tomado como tal. La doctrina de las investigaciones se elaboró únicamente en el curso del siglo XVIII, siglo del que no se aprecia siempre la grandeza tal como se debiera, y especialmente la de su segunda mitad.

Los hombres de ese tiempo tuvieron conciencia de ello. Fue un lugar común, entre 1680 y 1690, denunciar como una moda pasajera el «pirronismo de la historia». «Dícese —escribe Michel Levassor, comentando este término— que la rectitud del espíritu consiste en no creer a la ligera y en saber dudar varias veces de lo mismo». La propia palabra «crítica», que no había designado hasta entonces, por lo

general, sino un juicio del gusto, pasa entonces a adquirir el sentido casi nuevo de prueba de veracidad. No se usa al principio sino con excusas, porque no corresponde por completo a los distinguidos usos del tiempo y todavía tiene cierto sabor técnico. Sin embargo, va ganando terreno. Bossuet la tiene prudentemente a distancia. Cuando habla de «nuestros autores críticos» se adivina cierto alzamiento de hombros. Pero Richard Simon la incluye en el título de casi todas sus obras. Los más avisados no se engañan. Lo que ese nombre anuncia es el descubrimiento de un método de aplicación casi universal. La crítica, esa «especie de antorcha que nos

ilumina y nos conduce por las rutas oscuras de la Antigüedad, haciéndonos distinguir lo verdadero de lo falso», tal como escribe Ellies du Pin. Y Bayle, todavía con mayor claridad: «M. Simon ha esparcido en esa nueva Contestación varias reglas de crítica que pueden servir no solamente para entender las Escrituras, sino también para leer con aprovechamiento muchas otras obras».

Confrontemos algunas fechas de nacimiento: Papebroeck (que si se equivocó acerca de las cartas de concesión, no por ello deja de tener un puesto de primera fila entre los fundadores de la crítica aplicada a la historiografía), 1628; Mabillon, 1632;

Richard Simon, cuyos trabajos dominan los principios de la exégesis bíblica, 1638. Añádase, fuera de la cohorte de los eruditos propiamente dichos, a Spinoza; el Spinoza del *Tratado teológico-político*, auténtica obra maestra de crítica filológica e histórica: una vez más, 1632. En el sentido más estricto: es una generación cuyos contornos se dibujan, con sorprendente claridad, ante nuestros ojos. Pero precisemos más: es exactamente la generación que ve la luz en el momento en que aparece el *Discurso del método*.

No digamos: una generación de cartesianos. Mabillon, para no hablar sino de él, era un devoto fraile, ortodoxo

con simplicidad y que nos ha dejado, como último escrito, un tratado acerca de *La muerte cristiana*. Puede dudarse de que haya conocido muy de cerca la nueva filosofía, tan sospechosa por entonces para tanta gente piadosa; más aún, si, por casualidad, tuvo de ella alguna idea, no es de suponer que encontrara motivos para aprobarla. Por otra parte —sugieran lo que parezcan sugerir algunas páginas, tal vez demasiado célebres, de Claude Bernard — las verdades evidentes, de carácter matemático —para las que la duda metódica tiene, en Descartes, la misión de desbrozar el camino—, presentan pocos rasgos comunes con las

probabilidades cada vez más certeras que la historia crítica, como las ciencias de laboratorio, se complace en poner en evidencia. Pero para que una filosofía impregne toda una época no es necesario que obre exactamente según su letra, ni que la mayoría de los espíritus sufran sus efectos más que por una especie de ósmosis, muchas veces semiconsiente. Tal como la «ciencia» cartesiana, la crítica del testimonio histórico no hace caso de la creencia. Al igual que la ciencia cartesiana también, no procede a este implacable derribo de todos los viejos puntales sino para lograr nuevas certidumbres (o de grandes probabilidades), en lo sucesivo

debidamente experimentadas. En otros términos: la idea que la inspira supone una vuelta casi total de los antiguos conceptos de la duda. Que sus mordeduras parecieran un sufrimiento o que se hallara en ella, por el contrario, no se sabe qué dulzura, lo cierto es que la duda no había sido considerada hasta aquel entonces sino como una actitud mental puramente negativa, como una sencilla ausencia. Desde entonces se estima que, racionalmente conducida, puede llegar a ser un instrumento de conocimiento. Es una idea que se sitúa en un momento muy preciso de la historia del pensamiento.

Desde entonces, las reglas

esenciales del método crítico estaban, al fin y al cabo, fijadas. Su alcance general era tan claro que, en el siglo XVIII, entre los temas más frecuentemente propuestos por la Universidad de París en los concursos de agregación de los filósofos, se ve figurar el siguiente, de tono tan curiosamente moderno: «del testimonio de los hombres acerca de los hechos históricos». No es que las generaciones subsiguientes no hayan traído muchos perfeccionamientos a la herramienta; ante todo se ha generalizado su empleo y extendido considerablemente en sus aplicaciones.

Durante mucho tiempo las técnicas

de la crítica se practicaron, de manera ininterrumpida, casi exclusivamente por un puñado de eruditos, exégetas y curiosos. Los escritores aficionados a componer obras históricas de cierta altura no se preocupaban mucho por familiarizarse con esas recetas de laboratorio, a su modo de ver demasiado minuciosas, y apenas si consentían en tomar en cuenta sus resultados. Sin embargo, nunca es bueno —según Humboldt— que los químicos teman «mojarse los dedos». Para la historia, el peligro de un cisma entre la preparación y la obra tiene doble aspecto. Primero atañe, y cruelmente, a los grandes ensayos de interpretación.

Estos faltan al deber primordial de la veracidad pacientemente buscada y se privan, además, de esa perpetua renovación, de esa sorpresa siempre renovada que solo procura la lucha con el documento, y así les es imposible escapar a una oscilación sin tregua entre algunos de los temas estereotipados que impone la rutina. Pero el mismo trabajo técnico no sufre menos por ello. No estando guiado desde arriba, se arriesga a aferrarse indefinidamente a problemas insignificantes, mal planteados. Que no hay peor dispendio que el de la erudición cuando rueda en el vacío, ni soberbia peor colocada que el orgullo de una herramienta cuando se toma por

un fin en sí misma.

El concienzudo esfuerzo del siglo XIX luchó valientemente contra estos peligros. La escuela alemana, Renan, Fustel de Coulanges, devolvieron a la erudición su rango intelectual. El historiador fue traído de nuevo a su banco de artesano. Sin embargo, ¿se ha ganado la partida? Se necesitaría mucho optimismo para creerlo. Demasiadas veces el trabajo de investigación continúa marchando a la ventura, sin escoger, razonablemente, sus puntos de aplicación. Ante todo, la necesidad crítica no ha conseguido todavía conquistar plenamente la opinión de las «gentes honradas» (en el viejo sentido

del vocablo) cuyo asentimiento es, sin duda, necesario a la higiene moral de toda ciencia, y particularmente indispensable a la nuestra. ¿Cómo, si el objeto de nuestro estudio son los hombres y estos no nos entienden, no tener el sentimiento de que no cumplimos nuestra misión sino a medias?

Por otra parte, tal vez en realidad no lo hayamos cumplido perfectamente. El esoterismo huraño en el que persisten en encerrarse, a veces, los mejores de los nuestros; la preponderancia del triste manual en nuestra producción de lectura corriente, en que la obsesión de una

enseñanza mal concebida sustituye a la verdadera síntesis; el singular pudor que parece prohibirnos poner bajo los ojos de los profanos los nobles titubeos de nuestros métodos al salir del taller: todas esas malas costumbres, nacidas de la acumulación de prejuicios contradictorios, comprometen una hermosa causa. Conspiran para entregar sin defensa la masa de los lectores a los falsos brillos de una pretendida historia, de la cual la ausencia de seriedad, el pintoresquismo de pacotilla y los prejuicios políticos, piensan redimirse con una inmodesta seguridad: Maurras, Bainville o Plejanov afirman allí donde Fustel de Coulanges o Pirenne hubiesen

dudado. Entre la encuesta histórica, tal como se hace o se aspira a hacer, y el público que la lee subsiste un malentendido incontestable. No por poner en juego ambas partes divertidas equivocaciones, es el menos significativo de estos síntomas la gran querrela de las notas.

El margen inferior de las páginas ejerce, en muchos eruditos, una atracción que llega al vértigo. Es absurdo llenar los blancos como lo hacen, con notas bibliográficas que una lista puesta al principio del volumen, por lo general hubiese hecho innecesarias; o, aun peor, relegar allí, por pura pereza, largos desarrollos cuyo

sitio estaba indicado en el cuerpo mismo de la exposición, de manera que es, a veces, en el sótano donde hay que buscar lo más útil de esas obras. Pero cuando algunos lectores se quejan de que la menor línea puesta bajo el texto les hace dar vueltas a la cabeza, cuando ciertos editores pretenden que sus compradores, sin duda menos hipersensibles en realidad que los pintan, sufren el martirio a la vista de cualquier página así deshonorada, esos «delicados» prueban sencillamente su impermeabilidad a los preceptos más elementales de una moral de la inteligencia. Porque, fuera de los libres juegos de la fantasía, una afirmación no

tiene derecho a producirse sino a condición de poder ser comprobada. Y un historiador, si emplea un documento, debe indicar, lo más brevemente posible, su procedencia, es decir, el medio de dar con él, lo que equivale a someterse a una regla universal de probidad. Nuestra opinión, emponzoñada de dogmas y de mitos — aun la más antigua de las luces—, ha perdido hasta el gusto de la comprobación. El día en que, habiendo tenido ante todo el cuidado de no hacerla odiosa con una inútil pedantería, logremos persuadirla para que mida el valor de un conocimiento por su prisa en enfrentarse de antemano a la refutación,

entonces y solo entonces las fuerzas de la razón ganarán una de sus más espléndidas victorias. En prepararla trabajan nuestras humildes notas, nuestras pequeñas referencias, de las que se burlan hoy, sin entenderlas, tantos brillantes ingenios.

Los documentos manejados por los primeros eruditos eran, la mayor parte de las veces, escritos que se presentaban o que eran presentados, tradicionalmente, como de un autor o de un tiempo dado y que contaban deliberadamente tales o cuales acontecimientos. ¿Decían verdad? ¿Eran de Moisés los libros calificados de

mosaicos, de Clovis los diplomas que llevaban su apellido? ¿Qué valían las narraciones del *Éxodo* o las de las *Vidas* de los santos? Ese era el problema. Pero a medida que la historia ha sido llevada a hacer un empleo cada vez más frecuente de los testimonios involuntarios, dejó de poder limitarse a calibrar las afirmaciones explícitas de los documentos. Fue necesario también sonsacarles los informes que al parecer no podían suministrar.

Y las reglas críticas, que habían servido en el primer caso, se mostraron igualmente eficaces en el segundo. Tengo a mano un lote de cartas de otorgamiento de la Edad Media. Algunas

están fechadas, otras no. Donde figura la indicación será necesario comprobarla, porque la experiencia prueba que puede ser falsa. Si falta, lo que importa es restablecerla. En ambos casos servirán los mismos medios: por la escritura —si se trata de un original—, por el estado de la latinidad, por las instituciones a las que hace alusión y el aspecto general del dispositivo. Se puede suponer que un acta concuerda con los usos notariales conocidos de las proximidades del año 1000; si el documento se da como de la época merovingia, el fraude queda al descubierto. ¿Carece de fecha? Por los medios anteriores la hemos establecido

aproximadamente. De la misma manera, el arqueólogo, si se propone clasificar por edades y por civilizaciones herramientas prehistóricas o descubrir falsas antigüedades, examina, confronta, distingue las formas o los procedimientos de fabricación, opera según reglas absolutamente semejantes.

El historiador no es, o es cada vez menos, ese juez de instrucción, arisco y malhumorado, cuya imagen desagradable nos impondrían ciertos manuales de iniciación a poco que nos descuidáramos. No se ha vuelto, desde luego, crédulo. Sabe que sus testigos pueden equivocarse y mentir. Pero ante todo se esfuerza por hacerles hablar, por

comprenderlos. Uno de los más hermosos rasgos del método crítico es haber seguido guiando la investigación en un terreno cada vez más amplio sin modificar nada de sus principios.

Sin embargo, no puede negarse que el falso testimonio fue el excitante que provocó los primeros esfuerzos de una técnica dirigida hacia la verdad. Sigue siendo el punto desde el cual esta debe necesariamente partir para desarrollar sus análisis.

2. LA PERSECUCIÓN DE LA MENTIRA Y EL ERROR

De todos los venenos capaces de viciar un testimonio, la impostura es el más violento.

Esta, a su vez, puede tomar dos formas. Primero es el engaño acerca del autor y de la fecha: la falsedad, en el sentido jurídico de la palabra. No todas las cartas publicadas con la firma de María Antonieta fueron escritas por ella;

algunas fueron fabricadas en el siglo XIX. Vendida al Louvre como antigüedad escito-griega del siglo III antes de nuestra era, la tiara conocida como de Saitafernes había sido cincelada en Odessa en 1895. Viene luego el engaño sobre el fondo. César, en sus *Comentarios*, cuya paternidad no puede serle discutida, deformó mucho a sabiendas y omitió mucho. La estatua que se enseña en San Dionisio como la de Felipe *el Atrevido* es la figura funeraria de ese rey, tal como fue ejecutada después de su muerte, pero todo indica que el escultor se limitó a reproducir un modelo convencional, que no tiene de retrato sino el nombre.

Esos dos aspectos de la mentira plantean problemas muy distintos, cuyas soluciones también lo son.

No hay duda de que la mayoría de los escritos dados bajo un nombre supuesto mienten también por su contenido. Los *Protocolos de los sabios de Sión*, además de no ser de los sabios de Sión, se apartan en su sustancia lo más posible de la realidad. Si un sedicente diploma de Carlomagno, tras su examen, se revela fabricado dos o tres siglos más tarde, puede apostarse que las generosidades que en él se atribuyen al emperador han sido también inventadas. Sin embargo, esto no puede admitirse de antemano, porque ciertas

actas fueron rehechas con el solo fin de repetir disposiciones de otras absolutamente auténticas que se habían perdido. Excepcionalmente, un documento falso puede decir verdad.

Debiera ser superfluo recordar que, al revés, testimonios insospechables en cuanto a su proveniencia no son, por necesidad, testimonios verídicos. Pero antes de aceptar un documento como auténtico, los eruditos se esfuerzan tanto por pesarlo en sus balanzas que no siempre tienen el estoicismo de criticar después sus afirmaciones. La duda vacila ante escritos que se presentan al abrigo de garantías jurídicas impresionantes: actas públicas o

contratos privados, por poco que estos últimos hayan sido solemnemente revalidados. Sin embargo, ni los unos ni los otros son dignos de mucho respeto. El 21 de abril de 1834, antes del proceso de las sociedades secretas, escribía Thiers al prefecto del Bajo Rin: «Le recomiendo el mayor cuidado en su aportación de documentos para el gran proceso que va a instruirse... Lo que importa dejar bien claro es la correspondencia de todos los anarquistas, la íntima conexión de los acontecimientos de París, Lyon y Estrasburgo, en una palabra, la existencia de una vasta conjuración que abarca a Francia entera». He aquí,

incontestablemente, una documentación oficial bien preparada. En cuanto al espejismo de las cartas debidamente selladas, debidamente fechadas, la menor experiencia del presente basta para disiparlo. Nadie lo ignora: las actas notariales más regularmente establecidas están llenas de inexactitudes voluntarias, y recuerdo que hace mucho tiempo puse una fecha anterior a la real, por orden, con mi firma, al pie de un expediente mandado hacer por una de las grandes administraciones del Estado. Evidentemente, nuestros padres no tenían mayores escrúpulos. «Dado tal día, en tal lugar», léese al pie de los

diplomas reales. Pero consúltense las notas de viaje de un soberano: se verá que más de una vez estaba en realidad, ese día, a varias leguas del lugar señalado. Innumerables actas de manumisión de siervos que nadie, de ninguna manera, puede calificar de falsas, fueron concedidas por pura caridad cuando podemos suponer que fueron otorgadas por afán de libertad.

Pero no basta darse cuenta del engaño, hay que descubrir sus motivos, aunque solo fuera, ante todo, para mejorar con él; mientras subsista la menor duda acerca de sus orígenes sigue habiendo en él algo rebelde al análisis,

y, por ende, algo solo probado a medias. Ante todo, tengamos en cuenta que una mentira, como tal, es a su manera un testimonio. Probar, sin más, que el célebre diploma de Carlomagno en favor de la iglesia de Aquisgrán no es auténtico es simplemente ahorrarse un error, pero no adquirir un conocimiento. Pero si, al contrario, logramos determinar que el fraude fue compuesto entre los que rodeaban a Federico *Barbarroja*, y que tuvo por motivo servir sus grandes sueños imperialistas, se abre un amplio panorama sobre vastas perspectivas históricas. He aquí a la crítica llevada a buscar, detrás de la impostura, al impostor; es decir,

conforme con la divisa misma de la historia, al hombre.

Sería pueril enumerar, en su infinita variedad, las razones que puede haber para mentir. Pero los historiadores, naturalmente llevados a intelectualizar demasiado a la humanidad, harán muy bien recordando que todas esas razones no son razonables. En ciertos seres, la mentira, aun asociada a un complejo de vanidad y de inferioridad, llega a ser — según la terminología de André Gide— un «acto gratuito». El sabio alemán que se tomó tanto trabajo para redactar en muy buen griego la historia oriental cuya paternidad atribuyó al ficticio Sanchoniaton, hubiese podido adquirir

con mucho menor esfuerzo una estimable reputación de helenista. François Lenormant, hijo de un miembro del Instituto de Francia y llamado, él mismo, a ingresar más tarde en esa honorable compañía, entró en la carrera a los 17 años, confundiendo a su propio padre con el falso descubrimiento de inscripciones en la capilla de san Eloy, que había fabricado con sus propias manos; ya viejo y cargado de dignidades, su último golpe maestro fue, a lo que dicen, publicar como originales griegos algunas triviales antigüedades prehistóricas que había recogido sin dificultad en la campaña francesa.

Lo mismo que individuos, hubo

épocas mitómanas. Tales fueron, hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, las generaciones prerrománticas o románticas. Poemas pseudo-célticos escritos bajo el nombre de Ossian; epopeyas y baladas que Chatterton creyó escribir en inglés arcaico; poesías pretendidamente medievales, de Clotilde de Surville; cantos bretones imaginados por Villemarque; canciones imaginariamente traducidas del croata por Merimée; canciones heroicas checas del manuscrito de Kravoli-Dvor. Y basta de ejemplos; fue, de un confín a otro de Europa y durante algunas décadas, algo así como una vasta sinfonía de fraudes. La Edad Media,

sobre todo del siglo VIII al XII, presenta otro ejemplo de esta epidemia colectiva. Sin duda la mayoría de los falsos diplomas, de los falsos decretos pontificios, de las falsas capitulares, entonces fabricadas en tan gran número, lo fueron por interés. Los falsarios no se proponían otra cosa que asegurar a una iglesia un bien que le disputaban, o apoyar la autoridad de Roma, o defender a los monjes contra el obispo, a los obispos contra los metropolitanos, al papa contra los soberanos, al emperador contra el papa. Pero es un hecho característico que estos engaños de personajes de una piedad y muchas veces de una virtud incontestables

fueron hechos con su ayuda directa. A todas luces, no herían, ni poco ni mucho, la moralidad común. En cuanto al plagio, en ese tiempo, parecía ser, universalmente, el acto más inocente del mundo: el analista, el hagiógrafo se apropiaban sin remordimiento trozos enteros de escritores más antiguos. Sin embargo, nada menos «futurista» que esas dos sociedades, por otra parte de tipo tan diferente. Para su fe, como para su derecho, la Edad Media no conocía otro fundamento que la lección de sus antepasados. El romanticismo deseaba beber en la fuente viva de lo primitivo y de lo popular. Así, pues, los periodos más unidos a la tradición fueron los que

se tomaron más libertades con su herencia, como si por una singular revancha de una irresistible necesidad de creación, a fuerza de venerar el pasado, fueran naturalmente llevados a inventarlo.

En el mes de julio de 1857, el matemático Michel Chasles puso en conocimiento de la Academia de Ciencias un lote de cartas inéditas de Pascal, que le habían sido vendidas por su proveedor habitual, el ilustre falsario Vrain-Lucas. Según ellas, el autor de las *Provinciales* había formulado, antes que Newton, el principio de la atracción universal. No dejó de extrañarse un sabio inglés. ¿Cómo explicarse —dijo

en sustancia— que estos textos recojan medidas astronómicas llevadas a cabo muchos años después de la muerte de Pascal y que solo conoció Newton ya publicadas las primeras ediciones de su obra? Vrain—Lucas no era hombre para apurarse por tan poco, puso de nuevo mano a la obra y pronto, rearmado por él, Chasles pudo mostrar nuevos autógrafos. Ahora los firmaba Galileo y estaban dirigidos a Pascal. De esta manera se resolvía el enigma: el ilustre astrónomo había hecho las observaciones y Pascal los cálculos. Todo ello, y por ambas partes, secretamente. Cierto es que Pascal no tenía sino 18 años a la muerte de

Galileo. Pero eso nada importaba; no era sino otra razón que añadir para admirar la precocidad de su genio.

Sin embargo, advirtió el infatigable objetante, existe una nueva rareza: en una de esas cartas, fechada en 1641, Galileo se queja de no poder escribir sino a costa de una gran fatiga de sus ojos, y ¿no sabemos que desde fines del año 1637 estaba completamente ciego? Perdóneme —contestó poco después el buen Chasles—, estoy de acuerdo en que hasta ahora todos creíamos en esa ceguera; pero nos equivocamos, porque puedo introducir en los debates una pieza decisiva: otro sabio italiano hizo saber a Pascal, el 2 de diciembre de

1641, que en esa fecha Galileo, cuya vista se debilitaba desde hacía varios años, acababa en este momento de perderla por completo...

No todos los impostores han desplegado tanta fecundidad como Vrain-Lucas; ni todos los engañados, el candor de su lamentable víctima. Pero que el insulto a la verdad sea un engranaje, que toda mentira acarree casi forzosamente como secuela muchas otras, llamadas a prestarse, por lo menos en apariencia, apoyo mutuo, es cosa que enseña la experiencia de la vida y confirma la de la historia. Es la razón por la que tantos fraudes célebres se presentan en racimos: falsos

privilegios del sitio de Canterbury, falsos privilegios del ducado de Austria—suscritos por tantos grandes soberanos, de Julio César a Federico *Barbarroja*—, falsificaciones en forma de árbol genealógico, del caso Dreyfuss: creeríase (y no he querido citar sino algunos ejemplos) ver una multiplicación de colonias microbianas. El fraude, por naturaleza, engendra el fraude.

Existe una forma más insidiosa del engaño; en vez de la mentira brutal, completa y, si puede decirse, franca, el solapado retoque: interpolaciones en cartas auténticas, o el bordado en las

narraciones, sobre un fondo aproximadamente verídico, de detalles inventados. Se interpola generalmente por interés, se borda muchas veces para adornar; los daños que una estética falaz ejerció sobre la historiografía antigua o medieval han sido denunciados muchas veces. La parte que les corresponde no es tal vez mucho menor que la que puede observarse en nuestra prensa. Aun a costa de la veracidad, el más modesto cuentista forja voluntariamente sus personajes según las convenciones de una retórica que la edad no ha empañado en su prestigio, y en nuestras redacciones, Aristóteles y Quintiliano cuentan con más discípulos de lo que se

cree comúnmente.

Algunas condiciones técnicas parecen favorecer estas deformaciones. Cuando el espía Bolo fue condenado a muerte en 1917, un periódico publicó, a lo que dicen, el 6 de abril, los detalles de la ejecución que, primero fijada para esta fecha, no tuvo lugar sino once días más tarde. El periodista había escrito su relato con anticipación, y persuadido de que el acontecimiento sucedería el día previsto, creyó inútil comprobarlo. Ignoro lo que valga la anécdota. Sin duda equivocaciones tan grandes son excepcionales, pero teniendo en cuenta que el original debe ser entregado a tiempo, los reportajes de sucesos

previstos son, a veces, preparados de antemano; suponer la repetición de hechos parecidos no es inverosímil. Estamos convencidos de que la urdimbre será modificada si se observa que se refiere a hechos importantes, pero puede dudarse que se retoquen notas accesorias si estas se juzgan necesarias al color local, con la seguridad de que a nadie se le ocurrirá comprobarlas. Por lo menos, es lo que un profano cree entrever. Sería de desear que un hombre del oficio aportase al tema luces sinceras. Desgraciadamente, los periódicos no han dado todavía con su Mabillon. Lo seguro es que la obediencia a un código

un tanto pasado de moda, de conveniencia literaria, el respeto a una psicología estereotipada, la pasión por lo pintoresco, no perderán muy pronto su sitio en la galería de los fabricantes de mentiras.

De la simulación pura y simple al error enteramente involuntario existen muchos matices aunque solo sea en razón de la fácil metamorfosis con que el embuste más burdo y sincero se trueca, si la ocasión es propicia, en mentira habitual. Inventar supone un esfuerzo que repugna a la pereza espiritual, común a la mayoría de los hombres. ¿No es más cómodo aceptar

complacidamente una ilusión, espontánea en su origen, que halaga el interés del momento?

Véase el célebre episodio del «avión de Nuremberg». A pesar de que el asunto nunca fue perfectamente aclarado, parece ser que un avión comercial francés voló sobre la ciudad algunos días antes de la declaración de guerra; es posible que se le tomara por un avión militar. No es inverosímil suponer que en una población ya presa de los fantasmas de una guerra próxima, cundiera la noticia de que había arrojado bombas. Sin embargo, es evidente que no fueron lanzadas, que los gobernantes del imperio alemán poseían

todos los medios para deshacer ese rumor y que, acogiéndolo sin comprobación, para transformarlo en motivo de guerra, mintieron; pero tal vez sin haber tenido primero una conciencia muy clara de su impostura. El absurdo rumor fue creído porque era útil creerlo. De todos los tipos de mentira, el que se crea a sí mismo no es de los menos frecuentes, y la palabra «sinceridad» recubre un concepto poco claro que no debe manejarse sin considerar muchos matices.

No es menos cierto que muchos testigos se equivocan de buena fe. He aquí, pues, llegado el momento, para el

historiador, de aprovechar los excelentes resultados que dan, desde hace algunas décadas, la observación *in vivo* y que ha forjado una disciplina casi nueva: la psicología del testimonio. En la medida en que nos interesa, las adquisiciones esenciales parecen ser las que siguen.

Si se cree a Guillaume de Saint-Thierry, su discípulo y amigo, san Bernardo se extrañó mucho un día al saber que en la capilla en la que siendo un joven monje seguía cotidianamente los oficios divinos, la parte alta del altar se abría en tres ventanas, y siempre se había imaginado que no existía más que una. Acerca de ello, a su vez, se extraña

y admira el hagiógrafo. Semejante desprendimiento de las cosas de la tierra ¿no presagiaba a un perfecto servidor de Dios? Sin duda, Bernardo parece haber sido de una distracción poco común si es cierto que, tal como se cuenta, le sucedió más tarde andar durante todo un día por las orillas del lago Lehman sin darse cuenta de ello. Pero para equivocarse tan groseramente acerca de las realidades que nos debieran ser más conocidas parece que no se necesita ser un príncipe de la mística. Los alumnos del profesor Claparède, en Ginebra, a resultas de unas célebres experiencias, fueron tan incapaces de describir correctamente el

vestíbulo de su universidad, como el doctor «de palabra de miel» la iglesia de su monasterio. La verdad es que, en la mayoría de los cerebros, el mundo circundante no halla sino mediocres aparatos registradores. Añádase que, no siendo los testimonios en verdad sino la expresión de recuerdos, los errores primeros de la percepción se exponen siempre a complicarse con errores de la memoria, la resbaladiza memoria que ya denunciaba uno de nuestros viejos juristas.

En algunos espíritus la inexactitud cobra aspectos verdaderamente patológicos. ¿Sería demasiado irreverente proponer para esta psicosis

la denominación de «enfermedad de Lamartine»? Como todos saben, estas mismas personas no son de ordinario las menos prontas a afirmar. Pero si existen testigos más o menos sospechosos y seguros, la experiencia prueba que no se encuentran otros cuyos dichos sean igualmente dignos de fe acerca de todos los temas y en todas circunstancias. En sentido absoluto, no existe el buen testigo; no hay más que buenos o malos testimonios. Dos órdenes de causas, principalmente, alteran hasta en el hombre mejor dotado la veracidad de las imágenes cerebrales. Unas dependen del estado momentáneo del observador: la fatiga, por ejemplo, o la emoción;

otras, del grado de su atención. Con pocas excepciones, no se ve, no se oye bien sino lo que se quiere percibir. Si un médico se acerca al lecho de un enfermo, es de creerle, con mayor seguridad, acerca del aspecto de su paciente, que ha examinado detenidamente, que sobre los muebles de la alcoba, sobre los que probablemente no lanzó sino miradas distraídas. Así, a pesar de un prejuicio bastante común, los objetos más familiares —como para san Bernardo la capilla del Císter— cuentan ordinariamente entre los más difíciles de describir con precisión; porque la familiaridad lleva consigo casi necesariamente la indiferencia.

Además, muchos acontecimientos históricos no han podido ser observados sino en momentos de violenta conmoción emotiva, o por testigos cuya atención fuera solicitada demasiado tarde, si había sorpresa, o retenida por las preocupaciones de la acción inmediata, era incapaz de fijarse suficientemente en aquellos rasgos a los que el historiador atribuiría hoy, y con sobrada razón, un interés preponderante. Son célebres algunos casos. El primer disparo que se oyó el 25 de febrero de 1848, frente al Ministerio de Relaciones Exteriores, y que señaló el principio del motín del que debía, a su vez, salir la Revolución, ¿fue hecho por el ejército o

por la multitud? Lo más probable es que no lo sepamos nunca. ¿Cómo, pues, por otra parte, tomar en serio los grandes trozos descriptivos, las pinturas minuciosas de los trajes, de los gestos, de las ceremonias, de los episodios guerreros hechos por los cronistas? ¿Por qué rutina obstinada se puede conservar la menor ilusión acerca de la veracidad de todo ese baratillo del que se nutre la morralla de los historiadores románticos cuando, a nuestro alrededor, ni un solo testigo puede acordarse exactamente, en su integridad, de los detalles sobre los que se ha interrogado tan ingenuamente a los viejos autores? A lo más, estos cuadros nos dan el decorado de las

acciones tal como se las suponía en los tiempos del escritor. Ello es muy instructivo, pero no es el tipo de informes que los aficionados a lo pintoresco piden generalmente a sus fuentes.

Conviene ver, sin embargo, qué conclusiones, tal vez pesimistas, pero únicamente en apariencia, imponen en lo sucesivo a nuestros estudios estas observaciones. No llegan a la estructura elemental del pasado. El dicho de Bayle sigue siendo justo: «Nunca se objetará nada que valga la pena contra la verdad de que César venció a Pompeyo y, sea cual sea el principio que se quiera discutir, no se hallará, por mucho que se

busque, cosa más inquebrantable que esta proposición: *César y Pompeyo existieron y no fueron una simple modificación del alma de los que escribieron su vida*». Es cierto, pero si no debieran subsistir como verdad algunos hechos de este tipo, desprovistos de explicaciones, la historia se reduciría a una lista de burdas anotaciones, sin gran valor intelectual. Felizmente no es este el caso. Las únicas causas que la psicología del testimonio estigmatiza por su frecuente incertidumbre son los antecedentes muy inmediatos. Un gran acontecimiento puede compararse a una explosión. ¿En qué exactas condiciones

se produjo el último choque molecular indispensable a la explosión de los gases? Bueno será a menudo resignarnos a ignorarlo. Eso es lamentable, sin duda. ¿Pero acaso los químicos están en mucho mejor situación? Lo que, sin embargo, no impide que la composición de la mezcla detonante sea perfectamente susceptible de análisis. La revolución de 1848, que por una extraña aberración algunos historiadores han creído poder citar como el prototipo de un acontecimiento fortuito, fue claramente determinada por numerosos factores, muy diversos y muy activos, y, desde el primer momento, un Tocqueville pudo entrever cuáles fueron

los que la habían preparado desde hacía mucho tiempo. ¿Qué fue el tiroteo del bulevar de las Capuchinas sino la última chispa necesaria?

Ya veremos cómo las causas próximas no se ocultan solo a la observación de nuestros interrogados, sino también a la nuestra. Ellas constituyen, en sí, la parte privilegiada de lo imprevisible —del azar— en la historia. Podemos consolarnos sin demasiada pena de que los achaques de los testimonios se disimulen generalmente a los más sutiles de nuestros instrumentos. Aunque fuesen mejor conocidos, su encuentro con las grandes cadenas causales de la

evolución representaría el residuo de mentiras que nuestra ciencia no logrará jamás eliminar, ni tiene el derecho de pretenderlo. En cuanto a los resortes íntimos de los destinos humanos, a las vicisitudes de la mentalidad o de la sensibilidad, de las técnicas, de la estructura social o económica, los testigos que interroguemos no estarán sujetos a las fragilidades de la percepción momentánea. Por un feliz acuerdo —que ya Voltaire había entrevisto—, lo que hay en la historia de más profundo pudiera ser también lo que hay de más seguro.

Eminentemente variable, de

individuo a individuo, la facultad de observación no es, tampoco, una constante social. Algunas épocas están más desprovistas de ella que otras. Por mediocre que sea, por ejemplo, hoy y en la mayoría de los hombres, la apreciación de los números, ya no falta tan universalmente como entre los cronistas medievales; nuestra percepción, como nuestra civilización, se ha impregnado de matemáticas. Sin embargo, si los errores del testimonio fueran determinados, en último análisis, solo por las debilidades de los sentidos o de la atención, el historiador no tendría, en suma, más que abandonar su estudio al psicólogo. Pero más allá de

estos pequeños accidentes cerebrales, de naturaleza bastante común, muchos de los errores se remontan a causas mucho más significativas de una atmósfera social particular. Por esta razón adquieren a menudo, a su vez, como la mentira, un valor documental.

En el mes de septiembre de 1917, el regimiento de infantería al que yo pertenecía se encontraba en las trincheras del Camino de las Damas, al norte de la pequeña ciudad de Braisne. Como consecuencia de un golpe de mano, hicimos un prisionero. Era un reservista, de oficio comerciante, originario de Bremen, junto al Weser. Poco tiempo después nos llegó una

curiosa historia de la retaguardia: «¡Qué maravilloso es el espionaje alemán!», venían a decir, poco más o menos, esos camaradas bien informados. Se ataca uno de sus pequeños puestos en el corazón mismo de Francia. ¿Qué se encuentra? ¡Un comerciante establecido durante los años de paz a unos kilómetros de allí: en Braisne! El despropósito aparece claro^[a]. Sin embargo, guardémonos de tomarlo demasiado a la ligera. ¿Se tratará sin más de un error del oído? Sería, de todas maneras, expresarse con bastante inexactitud, porque, mejor que mal oído, el nombre verdadero había sido, sin duda, mal comprendido: generalmente

desconocido, no llamaba la atención. Pero hay más. En este primer trabajo de interpretación se hallaba ya implicado otro, igualmente inconsciente. La imagen, muchas veces verídica, de las astucias alemanas se había popularizado en innumerables narraciones y halagaba vivamente la sensibilidad folletinesca de las masas. La sustitución de Brême por Braisne armonizaba a maravilla con esa obsesión y no podía dejar de imponerse, en cierto modo, espontáneamente.

Tal es el caso de gran número de deformaciones de testimonios. El error está casi siempre orientado de antemano. Sobre todo, no se esparce, no

toma vida sino a condición de estar de acuerdo con los prejuicios de la opinión común; entonces se convierte en el espejo donde la conciencia colectiva contempla sus propios rasgos. Muchas casas belgas tienen, en sus fachadas, aberturas estrechas destinadas a facilitar a los pintores la colocación de sus andamios; en 1914, los soldados alemanes jamás hubieran soñado ver tantas troneras en esos inocentes artificios de albañil, confundiéndolos con puestos para los francotiradores, si su imaginación no hubiese estado alucinada, desde mucho tiempo atrás, por el temor de las guerrillas. Las nubes no han cambiado de forma desde la

Edad Media; sin embargo, ya no percibimos en ellas ni cruz ni espada milagrosas. La cola del cometa que observó el gran Ambroise Paré no era, evidentemente, muy distinta de las que barren a veces nuestros cielos; sin embargo, creyó descubrir en ella toda una panoplia de armas extrañas. La obediencia al prejuicio universal había triunfado de la acostumbrada exactitud de su mirada, y su testimonio, como tantos otros, no nos informa de lo que vio en realidad, sino de lo que, en su tiempo, se creía natural ver.

Sin embargo, para que el error de un testigo venga a ser el de muchos

hombres, para que una observación equivocada se metamorfosee en falso rumor, es necesario que el estado de la sociedad favorezca esa difusión. Todos los tipos sociales no le son, ni mucho menos, igualmente propicios. Acerca de ello los extraordinarios avatares de la vida colectiva que nuestras generaciones han conocido constituyen otras tantas admirables experiencias. Las del momento actual, a decir verdad, son demasiado cercanas para permitir todavía un análisis exacto. Pero la guerra de 1914 a 1918 permite otra perspectiva.

Todos sabemos que esos cuatro años fueron fecundos en falsas noticias,

principalmente entre los combatientes. Como tema a estudiar, es en la sociedad tan particular de las trincheras donde su formación parece más interesante.

Los papeles de la propaganda y de la censura fueron, a su manera, considerables. Pero exactamente contrario a lo que de ellas esperaban los creadores de esas instituciones. Como dijo muy bien un humorista: «Prevalecía la opinión de que todo podía ser verdad menos lo que se permitía imprimir». No se creía lo que decían los periódicos, ni tampoco mucho lo que traían las cartas, ya que, sobre llegar con irregularidad, se las suponía muy vigiladas. De ello resulta un prodigioso renuevo de la

tradición oral, vieja madre de las leyendas y de los mitos. Por un golpe audaz, que ningún experimentador hubiese osado soñar, los gobiernos abolían los siglos pasados y retrotraían al soldado del frente a los medios de información y al estado de espíritu de los viejos tiempos, anteriores al periódico, anteriores a la hoja de noticias, anteriores al libro.

Por lo general, no era en la línea de fuego donde nacían los rumores. Allí los pequeños grupos estaban demasiado aislados entre sí. Al soldado no se le permitía desplazarse sin orden expresa; por otra parte, no hubiera podido hacerlo las más de las veces sino con

peligro de su vida. En ciertos momentos, circulaban viajeros intermitentes: agentes de enlace, telefonistas que reparaban sus líneas, observadores de artillería, pero esos importantes personajes tenían pocas relaciones con el soldado raso. Sin embargo, existían comunicaciones periódicas, mucho más importantes, impuestas por la preocupación de la comida. El ágora de ese pequeño mundo de refugios y puestos de observación fueron las cocinas. Allí, una o dos veces al día, los abastecedores llegados de diversos puntos del sector se encontraban y charlaban entre sí o con los cocineros. Sabían estos muchas cosas, ya que

tenían el privilegio —colocados en la encrucijada de varias unidades— de intercambiar cotidianamente algunas palabras con los conductores del tren del regimiento, hombres afortunados que paraban en las cercanías de los estados mayores. Así, por un momento, se anudaban relaciones precarias, entre medios singularmente desemejantes, al amor de los fuegos al aire libre o de las calderas de las cocinas rodantes. Luego, los equipos se ponían en marcha, por veredas o trincheras, y traían hasta la primera línea, con sus ollas, las informaciones, verdaderas o falsas, casi siempre, por lo menos, deformadas y listas para sufrir allá una nueva

elaboración. Sobre los planos directivos, un poco detrás de los trazos enlazados que dibujaban las posiciones de vanguardia, hubiese podido sombrearse un espacio continuo: la zona de formación de las leyendas.

La historia ha conocido más de una sociedad regida en gran escala por condiciones análogas, con la diferencia de que, en vez de ser el efecto pasajero de una crisis excepcional, representaban la trama normal de la vida. Allí también la transmisión oral era casi la única eficaz. Allí también, entre elementos muy fragmentados, los enlaces se hacían casi exclusivamente por intermediarios especializados, o en ciertos puntos de

enlace precisos. Buhoneros, juglares, peregrinos, mendigos hacían la vez de los que iban y venían por las trincheras. Los encuentros regulares producíanse en los mercados o con ocasión de las fiestas religiosas, tal como sucedió, por ejemplo, durante la alta Edad Media. Realizadas gracias a un conjunto de interrogatorios de gentes de paso que servían de informadores, las crónicas monásticas se parecían mucho a los mementos que hubiesen podido llevar nuestros cabos, si no les hubiese faltado gusto para ello. Estas sociedades fueron siempre buen medio para el cultivo de las falsas noticias. Las relaciones frecuentes entre los hombres hacen fácil

la comparación entre diversos relatos, excitan el sentido crítico; por el contrario, se cree fervientemente al narrador que, a largos intervalos y por difíciles caminos, trae rumores lejanos.

3. ENSAYO DE UNA LÓGICA DEL MÉTODO CRÍTICO

La crítica del testimonio, que trabaja sobre realidades psíquicas, será siempre

un arte lleno de sutilezas. Para ella no existe libro de recetas. Pero es también un arte racional que descansa en la práctica metódica de algunas de las grandes operaciones del espíritu. Tiene, en una palabra, su dialéctica propia, que conviene intentar desentrañar.

Supongamos que, de una civilización desaparecida, subsista un solo objeto y que, además, las condiciones de su descubrimiento prohiban ponerlo en relación aun con huellas extrañas al hombre, tales como ciertas sedimentaciones geológicas (ya que, en esta rebusca de ligazones, la naturaleza inanimada puede tener su parte). Será

absolutamente imposible pronunciarse acerca de la fecha de origen de este único vestigio, ni acerca de su autenticidad, ya que no se restablece jamás una fecha, ni se comprueba, ni, en suma, se interpreta nunca un documento sino por su inserción en una serie cronológica o en un conjunto sincrónico. Mabillon fundó la diplomática comparando los diplomas merovingios, unas veces entre sí, otras con otros textos distintos por la época o la naturaleza. De la confrontación de las narraciones evangélicas nació la exégesis. En la base de casi toda crítica se inscribe un trabajo de comparación.

Pero los resultados de esta

comparación nada tienen de automáticos. Acaba por hallar, necesariamente, a veces semejanzas, a veces diferencias. Sin embargo, según los casos, el acuerdo de un testimonio con los testimonios vecinos puede imponer conclusiones exactamente opuestas.

Consideremos primero el caso elemental de la narración. En sus *Memorias*, que hicieron latir tantos corazones jóvenes, Marbot cuenta, con gran abundancia de detalles, un rasgo de valentía del que se presenta como héroe: si se le cree, en la noche del 7 al 8 de mayo de 1809 atravesó en una barca las

agitadísimas aguas del Danubio, por entonces en plena crecida, para hacer en la otra orilla algunos prisioneros austriacos. ¿Cómo comprobar la anécdota? Acudiendo a otros testimonios. Poseemos las órdenes, los cuadernos de ruta, los informes dados por los ejércitos enfrentados; atestiguan que, durante esa famosa noche, las fuerzas austriacas de las que Marbot pretende haber encontrado los vivacs en la orilla izquierda, ocupaban todavía la ribera opuesta. Además, puede leerse en la *Correspondencia* de Napoleón que el 8 de mayo todavía no había empezado la crecida de las aguas. En fin, se ha dado con una petición de ascenso hecha el 30

de junio de 1809 por el propio Marbot, en la que no dice palabra de su supuesto hecho de armas del mes anterior. De un lado, pues, las *Memorias* y de otro todo un lote de textos que las invalidan. Conviene examinar estos testigos irreconciliables. ¿Qué alternativa se juzga más verosímil? ¿Que, en el mismo momento, se hayan equivocado los estados mayores y el propio emperador —a menos que, ¡quién sabe por qué!, hayan alterado a sabiendas la realidad —; o que el propio Marbot de 1809, que deseaba ascender, pecara de loca modestia; o que, mucho más tarde, el viejo guerrero cuyas fanfarronadas son, por otra parte, notorias, le haya echado

una nueva zancadilla a la verdad? Nadie dudará: las *Memorias* mintieron una vez más.

Aquí, pues, la comprobación de un desacuerdo arruinó uno de los testimonios opuestos. Se necesitaba que uno de ellos sucumbiera. Así lo exigía el más universal de los postulados lógicos: que un acontecimiento pueda ser y no ser al mismo tiempo es cosa que prohíbe inexorablemente el principio de contradicción. Por el mundo existen eruditos que se empeñan ingenuamente en buscar el término medio entre afirmaciones antagónicas: es como imitar al niño que, interrogado acerca del cuadrado de 2, y como uno de sus

vecinos le soplara que 4 y otro que 8, creyó estar en lo justo contestando: 6.

Quedaba todavía por escoger entre el testimonio desechado y el que debía subsistir. Lo decidió un análisis psicológico: del lado de los testigos se sopesaron, una tras otra, las razones presuntas de veracidad, de mentira o de error. Hallamos, en este caso, que esta apreciación tenía un carácter de evidencia casi absoluta. En otras ocasiones no dejará de mostrarse afectada de un coeficiente de incertidumbre mucho más elevado. Las conclusiones que se fundamentan en una delicada dosificación de motivos suponen, de lo infinitamente probable a

lo estrictamente verosímil, una larga degradación.

Pero veamos ahora ejemplos de otro tipo.

Una carta de donación que se dice del siglo XII aparece escrita sobre papel cuando todos los originales de esa época hasta hoy hallados lo fueron en pergamino; la forma de las letras aparece muy distinta del dibujo que se observa en otros documentos de la misma fecha; el idioma abunda en palabras y giros estilísticos extraños al uso general. O la talla de una herramienta que se cree paleolítica revela procedimientos de fabricación

empleados, según sabemos, en tiempos mucho más recientes. Sacaremos la conclusión de que la carta y la herramienta son falsas. Igual que antes, el desacuerdo condena, mas por razones de un orden muy distinto.

La idea que ahora guía la argumentación es que en la misma generación de una misma sociedad reina una similitud de costumbres y de técnicas demasiado fuerte para permitir que ningún individuo se aparte sensiblemente de la práctica común. Tenemos por cierto que un francés del tiempo de Luis VII trazaba sus palotes más o menos como sus contemporáneos^[7]; que se expresaba

poco más o menos en sus mismos términos; que se servía de los mismos materiales. Que si un obrero de las tribus magdalenenses hubiese podido disponer de una sierra mecánica para recortar sus puntas de hueso, sus camaradas la hubiesen usado lo mismo. En resumen, el postulado es aquí de orden sociológico; confirmadas, sin lugar a duda, en su valor general, por una constante experiencia de la humanidad, las nociones de endósmosis colectiva, de presión del número, la imperiosa imitación sobre la que descansa, se confunden al final con el concepto mismo de civilización.

Mas la semejanza no debe ser excesiva, porque entonces dejaría de declarar en favor del testimonio. Al contrario, pronunciaría su condena.

Cualquiera que tomara parte en la batalla de Waterloo supo que Napoleón la perdió. Un testigo —muy original— que asegurara lo contrario sería tenido por falso testigo. Por otra parte, consentimos en aceptar que no existen, en francés, muchas maneras distintas de decirlo, si nos atenemos a esta sencilla y burda comprobación. Pero dos testigos, o sedicentes testigos, ¿describirían la batalla con las mismas palabras? ¿O, aun a costa de cierta diversidad de

expresión, exactamente con los mismos detalles? Se llegará a la conclusión de que uno de ellos copió al otro o que ambos copiaron un modelo común. En efecto, nuestra razón rehusa admitir que dos observadores colocados necesariamente en dos puntos distintos del espacio y dotados de facultades de atención desiguales hayan podido notar, punto por punto, los mismos episodios; al igual que no aceptaría que dos escritores, trabajando independientemente el uno del otro, hubieran fortuitamente escogido los mismos términos, entre las innumerables palabras del idioma francés, y los hubiesen reunido de la misma manera

para contar las mismas cosas. Si las dos narraciones aseguran haberse basado directamente en la realidad, es necesario que por lo menos una de ellas falte a la verdad.

Todavía más: considérese, en dos monumentos antiguos, ambos esculpidos en piedra, dos escenas guerreras. Se refieren a campañas distintas; sin embargo, se representan bajo rasgos casi idénticos. El arqueólogo dirá: «Seguramente uno de los dos artistas plagió al otro, a menos que ambos se hayan contentado con reproducir un mismo modelo». No importa que entre los combates solo haya habido un corto intervalo; que en ellos se hayan

enfrentado, tal vez, adversarios de los mismos pueblos: egipcios contra hititas, Assur contra Elam. Nos sublevamos contra la idea de que en la inmensa variedad de las actitudes humanas, dos acciones distintas, en momentos diversos, hayan podido renovar exactamente los mismos gestos. Como testimonio de los fastos militares que simulan recordar, una de ambas imágenes, por lo menos —si no las dos—, es, sin duda, un fraude.

Así, la crítica se mueve entre estos dos extremos: la similitud que justifica y la que desacredita. Porque el azar de los encuentros tiene sus límites y la armonía social está hecha de mallas poco

tirantes. En otros términos, estimamos que existe en el universo y en la sociedad una suficiente uniformidad para excluir la eventualidad de divergencias extremas. Pero esta uniformidad, tal como nos la representamos, obedece a caracteres muy generales. Supone, pensamos, y de alguna manera engloba, tan pronto como se penetra en lo real, un número de combinaciones posibles demasiado cercanas al infinito para poder concebir su espontánea repetición: se necesita un acto voluntario de imitación. En fin de cuentas, la crítica del testimonio se apoya en una instintiva metafísica de lo igual y lo desigual, de lo uno y lo

múltiple.

Cuando la hipótesis de la copia se ha impuesto así, quedan por fijar las direcciones e influencias. ¿Bebieron ambos documentos en una fuente común? Suponiendo que uno de ellos, por el contrario, sea original, ¿cómo reconocerle este título? A veces la contestación será dada por criterios exteriores, tales como, por ejemplo, las fechas relativas, si es posible establecerlas. Sin esta ayuda, el análisis psicológico, ayudándose en los caracteres internos del objeto o del texto, volverá por sus derechos.

Es evidente que no implica reglas

mecánicas. ¿Hay que creer, por ejemplo, y convertir en principio, como parecen hacer algunos eruditos, que los plagiarios multiplican constantemente nuevas invenciones, de manera que el texto más sobrio y el menos inverosímil tendría siempre la posibilidad de ser el más antiguo? A veces, es cierto. De inscripción en inscripción vemos multiplicarse desmesuradamente el número de enemigos caídos bajo los golpes de un rey asirio. Pero también sucede que la razón se rebela. La más fabulosa de las *Pasiones* de san Jorge es la primera cronológicamente; con el tiempo, los redactores sucesivos han sacrificado primero tal hecho, luego tal

otro, cuya intemperante fantasía les chocaba en el viejo relato. Hay muchas maneras distintas de imitar; varían según el individuo, a veces según las modas comunes a una generación. Al igual que cualquier otra actitud mental, no debemos presuponerlas alegando que nos parecían «naturales».

Felizmente los plagiarios se traicionan con frecuencia por sus errores. Cuando no comprenden su modelo, los contrasentidos denuncian el fraude. Si tratan de disfrazar sus fuentes los pierde la torpeza de sus estratagemas. Conocí un estudiante que durante un examen, fija la mirada en el trabajo de su vecino, transcribía, con

cuidado, todas las frases al revés, mudando los sujetos en atributos y el activo en pasivo. No logró más que suministrar al profesor un excelente ejemplo de crítica histórica.

Desenmascarar una imitación no es sino reducir a uno solo lo que primero creíamos dos o varios testimonios. Dos contemporáneos de Marbot, el conde de Ségur y el general Pelet, han dado del pretendido cruce del Danubio un relato análogo al suyo. Pero Ségur venía tras Pelet. Lo había leído. No hizo, en sustancia, más que copiarlo. En cuanto a Pelet, no importa que haya escrito antes que Marbot: era su amigo y, sin ninguna duda, le había oído muchas veces

evocar sus proezas ficticias, porque el infatigable jactancioso se preparaba a gusto, engañando a sus amistades, para mistificar a la posteridad. Marbot es, pues, nuestro único fiador, ya que los que parecen responder por él hablaron después de él. Cuando Tito Livio reproduce a Polibio, aun adornándole, nuestra única autoridad es Polibio. Cuando Eginhard, bajo el pretexto de pintarnos a Carlomagno, calca el retrato de Augusto por Suetonio, ya no hay, en sentido propio, testimonio que valga.

Sucede, para terminar, que tras el sedicente testigo se esconde un apuntador que querría pasar inadvertido. Estudiando el proceso de los

Templarios, Roberto Lea observó que, cuando dos acusados pertenecían a dos casas distintas y eran interrogados por el mismo inquisidor, se les veía, invariablemente, confesar las mismas atrocidades y las mismas blasfemias. En cambio, si eran de la misma casa y les interrogaban distintos inquisidores, las confesiones ya no eran concordantes. La conclusión es evidente: el juez dictaba las respuestas. Es un rasgo del que creo se podrían encontrar otros ejemplos en los anales judiciales.

En ningún sitio, sin duda, el papel desempeñado por el razonamiento crítico, por lo que podría llamarse el

principio de semejanza limitada, aparece a una luz más curiosa que con la aplicación de un método de los más nuevos: la crítica estadística.

Pongamos por caso que yo estudio la historia de los precios entre dos fechas determinadas, en una sociedad coherente y recorrida por activas corrientes de intercambio. Tras de mí, un segundo investigador, y después un tercero, trabajan en el mismo tema, pero con la ayuda de elementos distintos de los míos y distintos igualmente entre sí: otros libros de contabilidad, otros índices de precios. Cada uno, por nuestro lado, establecemos nuestros promedios anuales, nuestros números índices a

partir de una base común, nuestras gráficas. Las tres curvas son parecidas. Y se sacará la conclusión de que cada una de ellas dé una imagen sumariamente exacta del movimiento. ¿Por qué?

La razón no es tan solo que en un medio económico homogéneo las grandes fluctuaciones de precios deben necesariamente obedecer a un ritmo sensiblemente uniforme. Esta consideración bastaría, sin duda, para hacer sospechosas curvas brutalmente divergentes; no para asegurarnos que, entre todos los trazos posibles, el que las tres gráficas coinciden en dar sea, porque coinciden en ello, forzosamente

el verdadero. Pesar tres veces algo en balanzas igualmente descompuestas adrede, dará la misma cifra, y esa cifra será falsa. Aquí todo el razonamiento descansa sobre el análisis del mecanismo de los errores. De esos errores de detalle ninguna de las tres listas de precios está libre. En materia de estadística son casi inevitables. Podemos suponer eliminadas las equivocaciones personales del investigador (sin hablar de equivocaciones más groseras: ¿quién de nosotros se atreverá a asegurar no haberse equivocado nunca en el horrendo dédalo de las antiguas medidas?). Por maravillosamente atento

que se imagine al erudito, siempre quedarán las trampas tendidas por los mismos documentos: algunos precios pudieron ser, por ligereza o mala fe, transcritos inexactamente; otros serán excepcionales (precios «de amigo», por ejemplo, o, al revés, precios para bobos) y por eso mismo muy propios para equivocar los promedios; las listas de precios que registran los cursos medios, valederos en los mercados, no siempre habrán sido calculadas a la perfección; pero, en gran número de precios, estos errores se compensan; porque sería completamente inverosímil que siempre se hubiesen desviado en el mismo sentido. Así, si la concordancia

de los resultados, obtenidos con la ayuda de datos distintos, confirma los unos por los otros, es porque, en su base, la concordancia de las negligencias, los menudos engaños, las menudas complacencias, nos parece con razón inconcebible. Cuanto había de irreductiblemente diverso entre los testigos nos ha llevado a concluir que su acuerdo final no puede proceder sino de una realidad cuya unidad fundamental estaba, en este caso, fuera de duda.

Los reactivos de la prueba del testimonio no están hechos para ser manejados brutalmente. Casi todos los principios racionales, casi todas las

experiencias que los guían, encuentran, por poco que se les examine a fondo, sus límites en principios o experiencias contrarias. Como toda lógica que se respete, la crítica histórica tiene sus antinomias, cuando menos aparentes.

Para que un testimonio sea reconocido como auténtico hemos visto que el método exige que presente una cierta similitud con los testimonios vecinos. Sin embargo, si se aplicara este precepto al pie de la letra, ¿qué sería de los descubrimientos? Quien dice descubrimiento, dice sorpresa, dice semejanza. La práctica de una ciencia que se limitara a comprobar que todo sucede siempre tal como se esperaba no

serviría para gran cosa ni sería divertida. Hasta ahora no se ha encontrado ninguna carta de donación escrita en francés (en vez de serlo en latín como lo fueron anteriormente) anterior al año 1204. Imaginémos que mañana un investigador hable de una carta francesa fechada en 1180. ¿Resolveremos que el documento es falso o que nuestros conocimientos eran insuficientes?

Por otra parte, la impresión de una contradicción entre un documento nuevo y otros conocidos puede no tener otro fundamento que nuestra ignorancia. Pero puede suceder que el desacuerdo esté auténticamente entre las cosas. La

uniformidad social no tiene bastante fuerza como para que ciertos individuos o pequeños grupos puedan escapar a ella. A pretexto de que Pascal no escribía como Arnauld o de que Cézanne no pintaba como Bouguereau, ¿nos negaremos a admitir las fechas reconocidas de las *Provinciales* o de la «Montagne Sainte Victoire»? ¿Tendremos por falsas las más antiguas herramientas de bronce, por el hecho de que la mayoría de los yacimientos coetáneos no nos den más que herramientas de piedra?

Estas falsas conclusiones no tienen nada de imaginarias y sería muy larga la lista de los hechos que de buenas a

primeras ha negado la rutina erudita porque eran sorprendentes: desde la zoolatría egipcia, de la que Voltaire se reía tanto, hasta los vestigios romanos de la era terciaria. Pero si lo vemos más de cerca, la paradoja metodológica no es sino superficial. El razonamiento de las semejanzas no pierde sus derechos. Solo importa que un análisis más exacto discierna los saltos posibles y los puntos de similitud necesarios.

Toda originalidad individual tiene sus límites. El estilo de Pascal es únicamente suyo; pero su gramática y su vocabulario son de su tiempo. Aunque emplease una lengua inusitada, nuestra supuesta carta de donación de 1180 —

por mucho que difiera de otras de esa fecha, hasta hoy conocidas—, para ser juzgada auténtica necesitaría que su francés se conformara, en líneas generales, al estado del lenguaje fijado en esa época en los textos literarios, y que las instituciones mencionadas correspondiesen a las de la época.

La comparación crítica bien entendida no se satisface solo con aproximar testimonios en un mismo plano temporal. Un fenómeno humano es siempre una malla de una serie que atraviesa las edades. El día en que un nuevo Vrain-Lucas pusiera sobre la mesa de la Academia un puñado de autógrafos pretendiendo probarnos que

Pascal inventó, antes que Einstein, la relatividad generalizada, podríamos estar seguros, de antemano, de que todas las cartas eran falsas. No es que Pascal fuera incapaz de hallar lo que no hallaron sus contemporáneos, sino que la teoría de la relatividad tiene su punto de arranque en un largo desarrollo previo de especulaciones matemáticas. Por grande que fuera, ningún hombre podría, por la sola fuerza de su genio, suplir ese trabajo de generaciones. Por el contrario, cuando se descubrieron las primeras pinturas paleolíticas, vimos a ciertos sabios negar su autenticidad y su fecha con el pretexto de que semejante arte no había podido florecer y luego

desvanecerse; esos escépticos razonaban mal: hay cadenas que se rompen y las civilizaciones son mortales.

Cuando se lee, dice en resumen el padre Delehaye, que la Iglesia celebra el mismo día el santo de dos de sus servidores, muertos ambos en Italia; que la conversión del uno y del otro se debió a la lectura de la vida de santos; que cada uno de ellos fundó una orden religiosa bajo el mismo vocablo; que ambas órdenes fueron suprimidas por dos papas homónimos, no hay nadie que no esté tentado de decir que se ha inscrito en el martirologio con dos

nombres distintos a un solo individuo, desdoblado por error. Y, sin embargo, es muy cierto que igualmente conquistados para la vida religiosa por el ejemplo de pías biografías, san Juan Colombini estableció la Orden de los Jesuatos e Ignacio de Loyola la de los Jesuitas; que ambos murieron un 31 de julio, el primero cerca de Siena, en 1367 y el segundo en Roma en 1556; que los Jesuatos fueron disueltos por el papa Clemente IX y la Compañía de Jesús por Clemente XIV. El ejemplo es chocante, y, sin duda, no es único. Si por casualidad un cataclismo no deja subsistir de la obra filosófica de estos últimos siglos sino algunos menguados

lineamientos, ¿cuántos escrúpulos de conciencia no preparan para los eruditos del porvenir la existencia de dos pensadores, ingleses ambos, llamados los dos Bacon y ambos de acuerdo en dar en sus doctrinas una gran importancia al conocimiento experimental? M. País ha condenado como legendarias muchas viejas tradiciones romanas por el solo hecho, o punto menos, de que en ellas aparecen los mismos nombres asociados a episodios bastante semejantes. Pese a la crítica del plagio, cuya alma es la negación de repeticiones espontáneas de acontecimientos y de palabras, la coincidencia es una de esas

extravagancias que no se dejan eliminar de la historia.

Pero no sería suficiente reconocer, en general, la posibilidad de encuentros fortuitos. Reducida a esta sencilla comprobación, la crítica se equilibraría incesantemente entre el pro y el contra. Para que la duda venga a ser instrumento de conocimiento es necesario que en cada caso particular pueda pesarse con alguna exactitud el grado de verosimilitud de la combinación. Aquí, la investigación histórica, como tantas otras disciplinas del espíritu, cruza su ruta con el gran camino real de la teoría de las probabilidades.

Valuar la probabilidad de un acontecimiento es medir las oportunidades que tiene de producirse. Sentado esto, ¿es legítimo hablar de la posibilidad de un hecho pasado? En sentido absoluto, evidentemente, no. Solo el porvenir es aleatorio. El pasado es un dato que ya no deja lugar a lo posible. Antes de echar los dados, la probabilidad para que apareciera cualquier faceta era de uno contra diez; una vez vaciado el cubilete, el problema desaparece. Puede que dudemos, más tarde, si fue el tres o el cinco el que salió. La incertidumbre está entonces en nosotros, en nuestra memoria, o en la de

nuestros testigos; no en las cosas.

Analizándolo bien, sin embargo, el uso que de la noción de lo probable hace la investigación histórica no tiene nada de contradictorio. ¿Qué hace, en efecto, el historiador que se interroga acerca de la probabilidad de un acontecimiento pasado sino transportarse, por un audaz movimiento del espíritu, ante este mismo acontecimiento para medir sus probabilidades tal como se presentaban la víspera de que acaeciese? La probabilidad vive, pues, en el porvenir, pero la línea del presente ha sido, en cierta manera, imaginariamente retirada hacia atrás, de tal modo que es un

porvenir de antaño construido con un fragmento de lo que actualmente es, para nosotros, el pasado. Si el hecho ha sucedido sin lugar a dudas, estas especulaciones no tienen más valor que el de juegos metafísicos: ¿cuál era la probabilidad de que Napoleón naciera o de que Adolfo Hitler, soldado en 1914, escapara con vida a las balas francesas? No está prohibido divertirse con estas cuestiones, siempre que no se tomen por más de lo que son: simples artificios del lenguaje destinados a poner en claro, en la marcha de la humanidad, la parte de lo contingente y de lo imprevisible. Nada tienen que ver con la crítica del testimonio. ¿Pero y si, al contrario,

pareciera incierta la existencia misma del hecho? ¿Podemos dudar, por ejemplo, de que un autor, sin haber copiado un relato extranjero, pueda repetir espontáneamente muchos de sus episodios y muchas de sus palabras? ¿Es que la sola casualidad, o no sé qué armonía divinamente preestablecida, basta para explicar tan extraordinaria semejanza entre los *Protocolos de los sabios de Sión* y los panfletos de un oscuro polemista del Segundo Imperio? Según que la coincidencia aparezca afectada por un mayor o menor coeficiente de probabilidades, antes de la composición del relato, admitiremos o no su verosimilitud.

Sin embargo, las matemáticas del azar descansan sobre una ficción. En todos los casos posibles postulan, desde el principio, la imparcialidad de las condiciones; si existiera una causa particular que favoreciera por adelantado a uno u otro, vendría a ser como un cuerpo extraño en el cálculo. El dado de los teóricos es un cubo perfectamente equilibrado; si bajo una de sus facetas se introdujera un grano de plomo, la suerte de los jugadores dejaría de ser idéntica. Pero en la crítica de los testimonios casi todos los dados tienen trampa. Porque elementos humanos delicadísimos intervienen constantemente para inclinar la balanza

hacia una eventualidad privilegiada.

A decir verdad, es excepción una de las disciplinas históricas: la lingüística o, por lo menos, aquellas de sus ramas que se interesan por establecer el parentesco entre los idiomas. Muy diferente por su alcance de las operaciones propiamente críticas, esta investigación tiene con muchas de ellas el rasgo común de esforzarse en descubrir filiaciones. Pero las condiciones sobre las que razona están excepcionalmente cercanas de la convención primordial de igualdad, familiar a la teoría del azar. Débese esta prerrogativa a las particularidades mismas de los fenómenos del lenguaje.

En efecto, no solo el número inmenso de combinaciones posibles reduce a un valor ínfimo la probabilidad de su abundante repetición fortuita en las distintas lenguas, sino que, cosa todavía más importante, dejando aparte algunas raras armonías imitativas, las significaciones atribuidas a esas combinaciones son completamente arbitrarias. Ninguna ligazón previa de imágenes impone que las asociaciones muy próximas *tu* y *tou* (*tú* pronunciado a la francesa o a la latina) sirvan para designar la segunda persona. Si se comprueba, pues, que desempeñan este papel, al mismo tiempo, en francés, en italiano, en español y en rumano; si se

observa, al mismo tiempo, una multitud de otras correspondencias igualmente irracionales, la única explicación sensata será que el francés, el italiano, el español y el rumano tienen un origen común. Porque siendo indiferentes las diversas posibilidades, un cálculo de probabilidades casi puro impone la decisión.

Pero falta mucho para que esta sencillez sea lo corriente.

Varios diplomas de un soberano medieval, acerca de asuntos diferentes, reproducen las mismas palabras y los mismos giros. Es, pues, afirman los fanáticos de la «crítica de estilos», que los redactó el mismo notario.

Estaríamos de acuerdo si el solo azar jugara en este caso. Cada sociedad y, aun más, cada grupo profesional, tiene sus hábitos lingüísticos. No bastaba, pues, enumerar los puntos de similitud. Habría habido que distinguir, entre ellos, lo raro de lo usual. Únicamente las expresiones verdaderamente excepcionales pueden denunciar a un autor: suponiendo, quede bien entendido, que las repeticiones sean lo suficientemente numerosas. El error reside en atribuir a todos los elementos del discurso un peso parejo, como si los coeficientes variables de preferencia social, que afectan a cada uno de ellos, no fueran granos de plomo que

contrarían la equivalencia de las probabilidades.

Toda una escuela de eruditos se ha interesado, desde principios del siglo XIX, en el estudio de la transmisión de los textos literarios. El principio es sencillo: existen tres manuscritos de la misma obra: *B*, *C* y *D*; se comprueba que los tres presentan las mismas características, evidentemente erróneas (es el método de los errores, el más antiguo, el de Lachmann); o, más generalmente, se encuentran en ellos las mismas características, buenas o malas, pero distintas de las de la mayoría de los demás manuscritos (es el recuento integral de las variantes, preconizado

por Dom Quentin). Se decidirá si están «emparentados». Es decir, según los casos, si fueron copiados unos de otros, conforme a un orden que queda por determinar, o si dependen todos, por filiaciones particulares, de un modelo común. Es absolutamente cierto, en efecto, que un encuentro tan sostenido no puede ser fortuito. Sin embargo, dos observaciones han constreñido a la crítica textual, hace relativamente poco tiempo, a abandonar mucho del rigor, casi mecánico, de sus primeras conclusiones.

Los copistas corregían, a veces, sus modelos; aun trabajando independientemente unos de otros,

ciertas costumbres comunes debieron, con bastante frecuencia, sugerirles conclusiones parecidas. Terencio emplea en algún lugar la palabra *raptio*, que es muy rara; no entendiéndola, dos escribas la remplazaron por *ratio*, lo que es un contrasentido; pero la palabra les era familiar. ¿Tuvieron, para ello, que concertarse o imitarse? He aquí, pues, un género de errores en el que la «genealogía» de los manuscritos es completamente impotente para enseñarnos nada. Hay más. ¿Por qué no habría utilizado nunca el copista sino un modelo único? No le estaba prohibido, cuando podía hacerlo, confrontar varios ejemplares con tal de escoger, según su

gusto, entre las variantes. Evidentemente, el caso debió de ser muy excepcional en la Edad Media, cuyas bibliotecas eran pobres; mucho más frecuente, sin embargo, a lo que parece, en la Antigüedad. ¿Qué lugar habrá que asignar a estos incestuosos productos de varias tradiciones distintas, en los hermosos árboles de Jefe que es costumbre poner en la primera página de las ediciones críticas? En el juego de las coincidencias, la voluntad del individuo, al igual que la presión de las fuerzas colectivas, hace trampas con la casualidad.

Así, pues, tal como lo había ya visto, con Volney, la filosofía del siglo XVIII,

la mayoría de los problemas de crítica histórica son, ante todo, problemas de probabilidad, pero de tal magnitud que el más sutil de los cálculos debe confesarse incapaz de resolverlos. No se trata solamente de la extraordinaria complejidad de los datos, sino de que, además, casi siempre son rebeldes a toda traducción matemática. ¿Cómo cifrar el favor particular concedido por una sociedad a una palabra o a un uso? No podemos descargar nuestras dificultades en el arte de Fermat, de Laplace o de Emilio Borel; nos contentaremos, pues, cuando algo se coloque en el límite inaccesible de nuestra lógica, a pedirle que nos ayude

lo mejor que pueda a analizar nuestros razonamientos y a conducirlos de la mejor manera posible.

Cuando no se ha tratado mucho a los eruditos, no se da uno cuenta de cuánto les repugna de ordinario aceptar la inocencia de una coincidencia. Porque dos expresiones semejantes se encuentran en la ley sálica y en un edicto de Clodoveo, ¿no se ha visto a un honorable sabio alemán afirmar que la ley debía ser de ese príncipe? Dejemos la trivialidad de las palabras empleadas por unos y otros. Un simple barniz de teoría matemática hubiese bastado a evitar el paso en falso. Cuando la

casualidad juega libremente, la posibilidad de un encuentro único o de un número pequeño de encuentros es rara vez del orden de lo imposible. No importa que nos parezcan extrañas; las sorpresas del sentido común son muy pocas veces impresiones de mucho valor.

Puede uno divertirse en calcular la probabilidad de un azar que, en dos años distintos, fija en el mismo día del mismo mes la muerte de dos personajes completamente distintos. Es de $1/365 \cdot 2^{[b]}$. Admitamos ahora como cierto, a pesar de lo absurdo del postulado, que las fundaciones de Juan Colombini e Ignacio de Loyola habían de ser

suprimidas por la iglesia romana. El examen de las listas papales permite establecer que la probabilidad de la abolición por dos papas del mismo nombre era de 11/13. La probabilidad combinada de una misma fecha del día y del mes, para los muertos, y de dos papas homónimos, autores de las condenaciones, es del orden entre $1/10^3$ y $1/10^6$ ^[c]. Un jugador sin duda no se contentaría con ello. Pero las ciencias de la naturaleza no consideran como próximas a lo irrealizable, en la escala terrestre, más que las posibilidades del orden de 10/15. Como se puede ver, estamos lejos de ello, y con razón, como se testimonia con el ejemplo, bien

certificado, de los dos santos.

Solo la probabilidad de las concordancias acumuladas llega a ser prácticamente insignificante: porque, en virtud de un teorema muy conocido, las probabilidades de casos elementales se multiplican entonces entre sí, para dar la probabilidad de la combinación, y, siendo fracciones esas probabilidades, su producto es, por definición, inferior a sus componentes. Existe en lingüística un ejemplo célebre: el de la palabra *bad*, que en inglés y en persa quiere decir «malo», sin que el término inglés y el término persa tengan, en absoluto, un origen común. Quien pretendiera fundar una filiación sobre esta correspondencia

única pecaría contra la ley tutelar de toda crítica de las coincidencias, donde únicamente los grandes números tienen derecho de ciudadanía.

Las concordancias o discordancias de gran envergadura están compuestas de una multitud de casos particulares, donde, a fin de cuentas, las influencias accidentales se destruyen. Al contrario, si consideramos cada elemento independientemente de los otros, la acción de esas variables no puede ser eliminada; aunque los datos hayan sido preparados de antemano, un tiro suelto será siempre más difícil de prever que el resultado de la partida, y, por ende, una vez realizado, está sujeto a una

diversidad de explicaciones mucho mayor. Por esto, a medida que se penetra más y más en los detalles, las verosimilitudes de la crítica van degradándose. No hay en la *Orestíada*, tal como la leemos hoy, casi ninguna palabra, si las tomamos una a una, que estemos seguros de leer como las escribió Esquilo. Sin embargo, no dudemos: en su conjunto, nuestra *Orestíada* es la de Esquilo. Hay mayor certidumbre en el todo que en sus partes.

Sin embargo, ¿en qué medida nos está permitido pronunciar la gran palabra «certidumbre»? La crítica diplomática no podrá llegar a la certidumbre «metafísica», confesaba ya

Mabillon. No dejaba de tener razón. Es únicamente por simplificación por lo que, a veces, sustituimos un lenguaje de probabilidad por otro de evidencia. Pero sabemos hoy, mejor que en tiempo de Mabillon, que esta convención no es exclusivamente nuestra. No es «imposible», en el sentido absoluto del término, que la *Donación de Constantino* sea auténtica, ni que la *Germania* de Tácito, según el antojo de algunos eruditos, sea un fraude. En el mismo sentido, tampoco es «imposible» que escribiendo al azar en el teclado de una máquina, un mono pueda fortuitamente reconstruir, letra por letra, la *Donación* o la *Germania*. «El

acontecimiento físicamente imposible — ha dicho Cournot— no es otra cosa que el acontecimiento cuya probabilidad es infinitamente pequeña». Limitándose a dosificar lo probable y lo improbable, la crítica histórica no se distingue de la mayoría de las demás ciencias de lo real sino por un escalonamiento de grados, sin duda alguna más matizado.

¿Se mide siempre con exactitud la inmensa ganancia representada por la aparición de un método racional de crítica aplicado al testimonio humano? Entiendo la palabra ganancia no solamente para el conocimiento histórico, sino para el conocimiento en

general.

En tiempos pasados, a menos que hubiera por adelantado razones muy serias para sospechar de que fueran mentirosos testigos o narradores, todo hecho afirmado era, la mayoría de las veces, un hecho aceptable. No digamos que de eso hace ya mucho tiempo. Lucien Febvre lo ha demostrado excelentemente por lo que se refiere al Renacimiento; no se pensaba, no se actuaba de manera distinta en épocas bastante próximas a la nuestra para que sus obras maestras sean todavía para nosotros un alimento vivo. No digamos que tal era, naturalmente, la actitud de esa masa crédula, cuyo peso amenaza

constantemente arrastrar nuestras frágiles civilizaciones hacia horribles abismos de ignorancia y de locura; no lo digamos porque ello sucede hasta en nuestros días y en esa similitud aparece mezclado, desgraciadamente, más de un semisabio. Entonces las más firmes inteligencias no escapaban, no podían escapar al prejuicio común. ¿Contábase que había caído una lluvia de sangre? Era, pues, que había lluvia de sangre. ¿Leía Montaigne, en sus queridos clásicos, tal o cual tontería acerca del país cuyos habitantes nacían sin cabeza, o algo acerca de la fuerza prodigiosa del pececito *rémora*? Así lo inscribía, sin chistar, entre los argumentos de su

dialéctica. Tan capaz como era de desmontar ingeniosamente el mecanismo de un falso rumor, desconfiaba mucho más de las ideas recibidas que de los hechos supuestamente comprobados. Así reinaba, según el mito rabelesiano, el viejo *De-Oídas*. Así sucedía tanto en el mundo físico como en el mundo de los hombres, en aquel tal vez todavía más que en este, porque, instruidos por una experiencia más directa, se dudaba más fácilmente de un acontecimiento humano que de un meteoro o de un pretendido accidente de la vida orgánica. ¿Repugnaba vuestra filosofía a los milagros? ¿O vuestra religión a los milagros de otras religiones? Tenían que

esforzarse en descubrir, penosamente, aquellas sorprendentes manifestaciones de causas supuestamente inteligibles que, de hecho, se aceptaban como acciones demoniacas e influjos ocultos, para continuar adheridos a un sistema de ideas o de imágenes completamente extrañas a lo que hoy llamaríamos pensamiento científico. Negar la manifestación en sí era audacia que no se le ocurría al espíritu. Pomponazzi, corifeo de esa escuela paduana tan extraña a lo sobrenatural cristiano, no creía que los reyes, así fuesen ungidos por el crisma de la santa ampolla, pudiesen, porque fuesen reyes, curar a los enfermos con solo tocarlos, y, sin

embargo, no ponía en duda las curaciones: las explicaba por una propiedad fisiológica, que creía hereditaria: lo glorioso de la función sacra era retrotraído a las virtudes curativas de una saliva dinástica.

Si nuestra imagen del universo ha podido ser hoy purificada de tantos prodigios ficticios que habían sido confirmados, al parecer, por el consenso de generaciones enteras, se lo debemos, con seguridad y ante todo, a la noción de un orden natural que obedece a leyes inmutables. Pero esta misma noción no pudo establecerse tan sólidamente y las observaciones que parecían contradecirla no pudieron ser

eliminadas sino gracias al paciente trabajo de una experiencia proseguida sobre el hombre mismo, considerado como testigo; ahora somos capaces de hallar y de explicar las imperfecciones del testimonio. Hemos adquirido el derecho de no creerlo siempre, porque sabemos, mejor que en el pasado, cuándo y por qué no debe ser creído. Es así como las ciencias han conseguido librarse del lastre de muchos falsos problemas.

Pero el conocimiento puro tampoco aquí puede separarse de la conducta.

Richard Simon, cuyo nombre en la generación de nuestros fundadores ocupa un lugar de primera fila, no nos ha

dejado únicamente admirables lecciones de exégesis: se le vio un día emplear la acuidad de su inteligencia en salvar algunos inocentes, perseguidos por la estúpida acusación de un crimen ritual. El encuentro no tenía nada de arbitrario. De ambas partes la necesidad de limpieza intelectual era la misma y un mismo instrumento permitía satisfacerla. Obligada constantemente a guiarse según las relaciones de los demás, la acción no está menos interesada que la investigación en pesar su exactitud, ni posee, para lograrlo, medios distintos. Digámoslo mejor: sus medios son los que la erudición había ya forjado. En el arte de dirigir útilmente la vida, la

práctica judicial no ha hecho sino seguir los pasos, y no sin retraso, de los bolandistas y los benedictinos. Y los propios psicólogos no hallaron en el testimonio, directamente observado y provocado, un objeto científico, sino mucho tiempo después de que la turbia memoria del pasado hubo empezado a ser sometida a pruebas razonadas. En nuestra época, más que nunca expuesta a las toxinas de la mentira y de los falsos rumores, es vergonzoso que el método crítico no figure ni en el más pequeño rincón de los programas de enseñanza, pues no ha dejado de ser sino el humilde auxiliar de algunos trabajos de laboratorio. Sin embargo, ve abrirse

ante él, de aquí en adelante, horizontes mucho más vastos y la historia tiene el derecho de contar entre sus glorias más seguras el haber abierto así a los hombres, gracias a la elaboración de la técnica de la crítica del testimonio, una nueva ruta hacia la verdad y, por ende, hacia la justicia.

IV

El análisis histórico

1. ¿JUZGAR O COMPRENDER?

Es célebre la fórmula del viejo

Ranke: el historiador no se propone más que describir las cosas «tal como fueron, *wie es eigentlich gewesen*». Herodoto lo había dicho antes «contar lo que fue, *ton eonta*». En otros términos, invitar al sabio, al historiador, a desaparecer ante los hechos. Como muchas máximas, tal vez esta no debe su fortuna más que a su ambigüedad. Puede leerse en ella, modestamente, un consejo de probidad; tal era, sin duda, el sentido que le dio Ranke. Pero también un consejo de pasividad. De esta suerte se presentan aquí, a un tiempo, dos problemas: el de la imparcialidad histórica y el de la historia como tentativa de reproducción o como

tentativa de análisis.

¿Pero hay un problema de la imparcialidad? Este no se plantea sino porque la palabra, a su vez, es equívoca.

Existen dos maneras de ser imparcial: la del sabio y la del juez. Tienen una raíz común, que es la honrada sumisión a la verdad. El sabio registra, o, aun mejor, provoca la experiencia que tal vez arruine sus más caras teorías. Sea cual sea el secreto anhelo de su corazón, el buen juez interroga a los testigos sin otra preocupación que la de conocer los hechos tal como fueron. Esto es, de ambos lados, una obligación de

conciencia que no se discute.

Sin embargo, llega un momento en que ambos caminos se separan. Cuando el sabio ha observado y explicado, su tarea acaba. Al juez, en cambio, le falta todavía dictar sentencia. Imponiendo silencio a toda inclinación personal, ¿la pronunciaría según la ley? Se creería imparcial y lo será en efecto, según el sentido de los jueces, pero no en el de los sabios. Porque no es posible condenar o absolver sin tomar partido en una tabla de valores que no depende de ninguna ciencia positiva. Que un hombre haya matado a otro es un hecho eminentemente susceptible de prueba. Pero castigar al matador supone que se

tiene el crimen por culpable, lo que no es, en último término, más que una opinión en la que no todas las civilizaciones están de acuerdo.

Durante mucho tiempo el historiador pasó por ser una especie de juez de los Infiernos, encargado de distribuir elogios o censuras a los héroes muertos. Hay que creer que esta actitud responde a un instinto poderosamente arraigado. Porque todos los maestros que han tenido que corregir trabajos de estudiantes saben hasta qué punto esos jóvenes difícilmente se dejan disuadir de que representan, desde lo alto de sus pupitres, el papel de Minos o de Osiris. Es, más que nunca, la frase de Pascal:

«Juzgando, todo el mundo hace de dios: esto es bueno o malo». Se olvida que un juicio de valor no tiene razón de ser sino como preparación de un acto, y solo posee sentido en relación con un sistema de relaciones morales deliberadamente aceptadas. En la vida cotidiana las necesidades de la conducta nos imponen esa clasificación, generalmente bastante sumaria. Pero allí donde nada podemos, allí donde los ideales comunes difieren profundamente de los nuestros, ya no queda más que un problema. Para separar, en el conglomerado de nuestros padres, a los justos de los condenados, ¿estamos tan seguros de nosotros mismos y de nuestro tiempo? Elevando a

lo absoluto los criterios, completamente relativos, de un individuo, un partido o una generación, resulta una broma infligir esas normas a la manera como Sila gobernó a Roma o Richelieu a los Estados del Muy Cristiano Monarca. Como, por otra parte, nada es más variable, por naturaleza, que tales sentencias sometidas a todas las fluctuaciones de la conciencia colectiva o del capricho personal, la historia, permitiendo con demasiada frecuencia que el cuadro de honor aventaje al cuaderno de experiencias, se ha dado vanamente el aire de ser la más incierta de las disciplinas: a vacías acusaciones suceden otras tantas vanas

rehabilitaciones. Robespierristas, antirrobespierristas, ¡os pedimos, por piedad, que nos digáis sencillamente cómo fue Robespierre!

Es más: si el juicio no hacía sino seguir a la explicación, el lector podría saltarse la página; por desgracia a fuerza de juzgar, se acaba casi fatalmente por perder hasta el gusto de explicar. Las pasiones del pasado, mezclando sus reflejos a las banderías del presente, convierten la realidad humana en un cuadro cuyos colores son únicamente el blanco y el negro. Ya Montaigne nos había advertido: «Cuando el juicio pende de un lado no podemos dejar de darle la vuelta y torcer la narración

siguiendo ese bias». Así, para penetrar en una conciencia extraña, separada de nosotros por el intervalo de varias generaciones, hay que despojarse, casi, de su propio yo. Ahora bien, para echarle en cara lo que hizo basta seguir siendo uno lo que es: el esfuerzo es evidentemente mucho menor. ¡Cuánto más fácil no es escribir en pro o en contra de Lutero, que escrutar su alma; creer al papa Gregorio VII contra el emperador Enrique IV o a Enrique IV contra Gregorio VII que desentrañar las razones profundas de uno de los mayores dramas de la civilización occidental! Véase, fuera del plano individual, la cuestión de los bienes

nacionales. Rompiendo con la legislación anterior, el gobierno revolucionario resolvió venderlos por parcelas y sin subasta; era, sin duda posible, comprometer gravemente los intereses del Tesoro. En nuestros días, ciertos eruditos se han levantado vehementemente contra esa política. ¡Qué valor si hubiesen osado hablar en ese tono en la Convención! Lejos de la guillotina, divierte esa violencia sin peligro. Mejor sería averiguar qué se proponían realmente los hombres del año III. Deseaban, ante todo, favorecer la adquisición de la tierra por los campesinos; al equilibrio del presupuesto, prefirieron dar ventajas a

los campesinos pobres, garantizando su fidelidad al orden nuevo. ¿Tenían o no razón? Acerca de ello, ¿qué me importa la tardía decisión de un historiador? Solo le pedíamos no sugestionarse con su propia elección hasta el punto de dejar concebir que entonces hubiera sido posible otra. Sin embargo, la lección del desarrollo de la humanidad es muy clara: las ciencias se han mostrado tanto más fecundas y, por ende, tanto más serviciales según abandonaban más deliberadamente el viejo antropocentrismo del bien y del mal. ¿Quién no se reiría hoy si un químico apartara a un lado un gas malo, como el cloro, y a otro, un gas bueno,

como el oxígeno? Si la química hubiese adoptado en sus principios esa clasificación, muy difícil hubiera sido sacarla de ahí, con gran daño para el conocimiento de los cuerpos.

Sin embargo, tengamos cuidado de no insistir demasiado en la analogía. La nomenclatura de la ciencia de los hombres tendrá siempre sus rasgos particulares. La de las ciencias del mundo físico excluye el finalismo. Las palabras: éxito o fracaso, habilidad o inhabilidad no llegarían a representar, en el mejor de los casos, más que el papel de ficciones, siempre peligrosas. Pero pertenecen, por el contrario, al

vocabulario normal de la historia. Porque la historia está en relación con seres capaces, por su propia naturaleza, de fines conscientemente perseguidos.

Puede admitirse que el jefe de unos ejércitos que entabla una batalla hará lo posible por ganarla. Si la pierde, y las fuerzas enfrentadas eran aproximadamente iguales, podrá decirse que maniobró mal. ¿Le sucedía eso muchas veces? No se apartará uno del más escrupuloso juicio de hecho observando que sin duda no era un estratega de primer orden. O figurémonos una mutación monetaria cuyo objeto era, supongamos, favorecer a los deudores a costa de los

acreedores. Calificarla de excelente o deplorable sería tomar partido en favor de uno de los dos grupos y, por ende, transportar arbitrariamente al pasado una noción completamente subjetiva del bien público. Pero imaginémonos que, por casualidad —cosas más raras se han visto—, la operación destinada a aligerar el peso de las deudas dé el resultado contrario. «Salió mal», diremos, sin ir con ello más allá de certificar honradamente una realidad. El acto fallido es uno de los elementos esenciales de la evolución humana. Como de toda psicología.

Hay más aún. ¿Por casualidad nuestro general condujo voluntariamente

sus tropas a la derrota? No se dudará en proclamar que ha traicionado, por la sencilla razón que así se llama su gesto. Y habría, de parte de la historia, una delicadeza un poco pedante al no aceptar el concurso del sencillo y claro léxico de uso común. Después, quedará por averiguar lo que la moral corriente de la época o del grupo pensaban de un acto de esta naturaleza. La traición puede ser, a su manera, un conformismo: testigos son de ello los condotieros de la vieja Italia.

Una palabra domina e ilumina nuestros estudios: «comprender». No digamos que el buen historiador está por encima de las pasiones; cuando menos

tiene esa. No ocultemos que es una palabra cargada de dificultades, pero también de esperanzas. Palabra, sobre todo, llena de amistad. Hasta en la acción juzgamos demasiado. ¡Es tan fácil gritar: «Al paredón»! No comprendemos nunca bastante. Quien difiere de nosotros, sea extranjero o adversario político, pasa, casi necesariamente, por un ser de malos antecedentes. Aun para conducir las luchas inevitables, sería necesario un poco más de inteligencia en las almas; con más razón para evitarlas, si se está a tiempo. A condición de renunciar a sus falsos aires de arcángel, la historia debe ayudarnos a salir de este mal paso. Es

una vasta experiencia de las variedades humanas, un largo encuentro entre los hombres. Tanto la vida como la ciencia tienen el mayor interés en que este encuentro sea fraternal.

2. DE LA DIVERSIDAD DE LOS HECHOS HUMANOS A LA UNIDAD DE LAS CONCIENCIAS

Comprender no es una actitud pasiva. Para elaborar una ciencia siempre se necesitarán dos cosas: una materia y un hombre. La realidad humana, como la del mundo físico, es enorme y abigarrada. Una sencilla fotografía, aun

suponiendo que la idea de esta reproducción mecánicamente integral tuviera un sentido, sería ilegible. ¿Diremos que entre el pasado y nosotros interponen ya los documentos un primer filtro? Es verdad que sirven para eliminar, muchas veces de cualquier manera; pero, por el contrario, casi nunca organizan nada conforme a las necesidades de un entendimiento ávido de conocimiento. Como todo sabio, como todo cerebro que no hace sino percibir, el historiador escoge y entresaca. En primer lugar descubre los semejantes para aproximarlos.

Tengo a la vista una inscripción

funeraria romana: texto monolítico, establecido con un solo fin; sin embargo, nada más variado que los testimonios a granel que allí esperan la varita mágica del erudito.

¿Nos interesamos por el lenguaje? Las palabras, la sintaxis nos dirán el estado del latín, tal y como se esforzaban por escribirlo en ese tiempo y en ese lugar, y, a través de ese texto y de esa lengua, nos dejará entrever el habla cotidiana. ¿Va, por el contrario, nuestra predilección hacia el estudio de las creencias? Estamos en el centro de las esperanzas de ultratumba. ¿Preferimos el sistema político? El nombre de un emperador, una fecha

jurídica, nos llenarán de satisfacción. ¿Es la economía? Tal vez el epitafio nos revelará un oficio desconocido. Y no lo cito todo. En vez de un documento suelto, consideremos ahora, bien conocido por documentos múltiples y diversos, un momento cualquiera en el desarrollo de una civilización. De los hombres que entonces vivían no había ninguno que no participara casi simultáneamente en las múltiples demostraciones de la vitalidad humana, que no hablara, que no se hiciera entender de sus vecinos, que no tuviera sus dioses, que no fuera productor, traficante o simple consumidor; no había quien, a falta de tener un papel en los

acontecimientos políticos, no sufriera por lo menos sus consecuencias. ¿Quién osará volver a trazar todas estas actividades diferentes sin escoger ni reagrupar los documentos que nos presentan el entrelazamiento de intereses de cada vida, individual o colectiva? Sería sacrificar la claridad, no al orden verdadero de lo real —que está hecho de afinidades naturales y de ligaciones profundas—, pero sí al orden puramente aparente del sincronismo. Un cuaderno de experimentos de laboratorio llevado minuto a minuto no se confunde con el diario.

De la misma manera, cuando, en el curso de la evolución humana, creemos

discernir entre ciertos fenómenos lo que llamamos un parentesco, ¿qué entendemos por ello sino que cada tipo de institución, de creencias, de prácticas o aun de acontecimientos nos parece expresar una tendencia particular y hasta cierto punto estable del individuo o de la sociedad? ¿Podrá negarse, por ejemplo, que, a través de todos los contrastes, existe algo común entre las emociones religiosas? De lo que necesariamente se desprende que se comprenderá siempre mejor un hecho humano, sea el que sea, si se poseen ya datos de otros hechos de la misma índole. El uso que hizo de la moneda la primera edad feudal, como patrón de

valores mucho más que como medio de pago, difiere profundamente de las normas fijadas por la economía occidental hacia 1850; los contrastes entre el régimen monetario de mediados del siglo XIX y el nuestro no son menos fehacientes; pero si un erudito no hubiese dado con la moneda sino hacia el año 1000, no creo que lograra fácilmente darse cuenta de las originalidades propias de su empleo en esa fecha. Es lo que justifica algunas especializaciones, en cierta manera verticales, en el sentido, desde luego, infinitamente modesto en el que las especializaciones pueden ser legítimas; es decir, como remedio contra la falta de

extensión de nuestro espíritu y contra la brevedad de nuestros destinos.

Hay más. Si se olvidara ordenar racionalmente una materia que nos es entregada en bruto solo se llegaría, en fin de cuentas, a negar el tiempo, y, por ende, la historia misma. ¿Sabríamos comprender cierta fase del latín si la separáramos del desarrollo anterior del idioma? Determinada estructura de la propiedad, ciertas creencias, no eran, con seguridad, hechos salidos de la nada. En la medida en que su determinación tiene lugar de lo más antiguo a lo más reciente, los fenómenos humanos se gobiernan, ante todo, por cadenas de fenómenos semejantes.

Clasificarlos por géneros es, pues, poner de manifiesto líneas de fuerza de una eficacia capital.

Algunos dirán que las distinciones así establecidas, cortando a través de la vida misma, no existen sino en la mente, pero no en la realidad, donde todo se mezcla. Y surgirá la palabra «abstracción». De acuerdo. ¿Pero por qué temer a las palabras? Ninguna ciencia puede prescindir de la abstracción, como tampoco, desde luego, de la imaginación. Es significativo, dicho sea de paso, que los mismos ingenios que pretenden desterrar la primera manifiesten generalmente hacia la segunda igual malhumor. Es, de

ambas partes, el mismo positivismo mal comprendido. No hay excepción acerca de ello en las ciencias humanas. ¿En qué es más «real» la función clorofílica, en el sentido del más extremo realismo, que la función económica? Únicamente las clasificaciones que descansaran en falsas similitudes serían funestas. Es de la incumbencia del historiador probar en todo momento las suyas para cobrar mejor conciencia de sus fundamentos y, si hay lugar a ello, revisarlas. En su común esfuerzo por poner cerco a lo real, pueden partir de puntos de vista muy distintos.

He aquí, por ejemplo, la «historia del derecho». La enseñanza y el manual,

que son admirables instrumentos de esclerosis, han vulgarizado el nombre. Sin embargo, ¿qué recubre? Una regla de derecho es una norma social, explícitamente imperativa; sancionada, además, por una autoridad capaz de imponer el respeto que se le debe con la ayuda de un sistema preciso de coacciones y de penas. Prácticamente, tales preceptos pueden regir las actividades más diversas; pero no son los únicos que las gobiernan: obedecemos constantemente, en nuestra conducta diaria, a códigos morales, profesionales, mundanos, muchas veces más imperiosos que el Código a secas. Por otra parte, las fronteras de este

oscilan sin cesar; y por estar o no comprendida en él, una obligación socialmente reconocida puede recibir mayor o menor fuerza o claridad, pero evidentemente, no cambia de naturaleza. En el sentido estricto de la palabra, el derecho es, pues, la envoltura de realidades en sí mismas demasiado variadas para suministrar con provecho el objeto de un estudio único y no agota ninguna de ellas. ¿Bastará alguna vez enumerar, unos tras otros, los artículos de cualquier derecho familiar para penetrar auténticamente en la vida de la familia, trátase de la pequeña familia matrimonial de hoy, con sus perpetuas sístole y diástole, o del gran linaje

medieval, esa colectividad cimentada por tan tenaz red de sentimientos y de intereses? Parece que, a veces, se ha creído así; con tan decepcionantes resultados que aún hoy nos es imposible rehacer la evolución íntima de la familia francesa.

Hay, sin embargo, algo exacto en la noción del hecho jurídico, en cuanto distinto de los demás; y es porque en muchas sociedades la aplicación y en una gran parte la elaboración misma de las reglas de derecho, han sido obra de la incumbencia de un grupo de hombres relativamente especializado y en este papel (que sus miembros podían, desde luego, combinar con otras funciones

sociales) suficientemente autónomo para poseer sus propias tradiciones y, muchas veces, hasta la práctica de un método de razonamiento particular. En suma, la historia del derecho podría no tener existencia aparte, como no fuera la historia de los juristas; lo que no es, para una rama de la ciencia humana, tan mala manera de existir. Comprendida así, lanza sobre fenómenos muy diversos, pero sometidos a una acción humana común, luces muy reveladoras en su campo necesariamente limitado.

Un género de división completamente distinto está representado por la disciplina que nos hemos acostumbrado a llamar

«geografía humana». Aquí, el ángulo de visión no se le pide a la acción de una mentalidad de grupo, como es el caso, muchas veces insospechado, de la historia del derecho. Tampoco se toma, como sucede en el caso de la historia religiosa o de la historia económica, de la naturaleza específica de un hecho humano; creencias, emociones, efusiones cordiales, esperanzas e inquietudes que inspira la imagen de fuerzas trascendentales para la humanidad; esfuerzos para satisfacer y organizar las necesidades materiales. Aquí, la encuesta se centra sobre un tipo de vínculos comunes a un gran número de fenómenos sociales. La

«antropogeografía» estudia las sociedades en sus relaciones con el medio físico: intercambios en doble sentido, como es natural, en los que el hombre obra sobre las cosas al mismo tiempo que estas sobre él; en este caso, pues, no se tiene ni más ni menos que una perspectiva, cuya legitimidad se prueba por su fecundidad, pero que otras perspectivas deberán completar. Tal es, en efecto, y en todo orden de investigaciones, el papel del análisis. La ciencia no descompone lo real sino para mejor observarlo, gracias a un juego de luces cruzadas, cuyos rasgos se combinan y se interpenetran constantemente. El peligro empieza,

únicamente, cuando cada proyector pretende verlo todo él solo, cuando cada cantón del saber se cree una patria.

Sin embargo, desconfiemos una vez más de postular no sé qué paralelismo falsamente geométrico entre las ciencias de la naturaleza y una ciencia humana. De lo que veo desde mi ventana, cada sabio toma lo suyo, sin ocuparse mucho del conjunto; el físico explica el azul del cielo; el químico, el agua del regato; el botánico, la hierba. Dejan el cuidado de recomponer el paisaje, tal como se me aparece y emociona, al arte, si es que el pintor o el poeta tienen a bien encargarse de ello. Y es que el paisaje, como unidad, existe únicamente en mi

conciencia, y lo propio del método científico, tal como estas formas del saber lo practican y por su éxito lo justifican, es abandonar deliberadamente al contemplador, para no querer conocer sino los objetos contemplados. Los lazos que nuestro espíritu teje entre las cosas les parecen arbitrarios; los rompen adrede para establecer una diversidad que les parece más auténtica. Ya, sin embargo, el mundo orgánico propone a sus analistas problemas singularmente más delicados. El biólogo puede, para mayor comodidad, estudiar aparte la respiración, la digestión y las funciones motoras; no ignora que, por encima de todo ello, existe el individuo,

del que debe dar cuenta. Pero las dificultades de la historia son todavía de otro tipo, porque, en último recurso, su materia es precisamente las conciencias humanas. Las conexiones que se ligan a través de ellas, las contaminaciones, hasta las confusiones de las cuales son la base, constituyen, a sus ojos, la realidad misma.

Luego el *homo religiosus*, el *homo oeconomicus*, el *homo politicus*, toda esa retahíla de hombres en *us*, de la que se podría alargar la lista hasta el infinito, son cómodos fantasmas, y el peligro sería grave si los tomáramos por otra cosa. El único ser de carne y hueso es el hombre, sin más, que lo reúne a la

vez todo.

Es evidente que las conciencias tienen sus separaciones interiores, que algunos de entre nosotros se muestran habilísimos en forjar. Infatigablemente, Gustavo Lenôtre se extrañaba de hallar tantos buenos padres de familia entre los terroristas. Aun si nuestros grandes revolucionarios hubiesen sido los auténticos bebedores de sangre humana cuya pintura cosquilleaba tan agradablemente la conciencia de un público tan blandamente aburguesado, este estupor no haría sino traicionar una psicología de cortos alcances. ¿Cuántos hombres conllevan varias vidas, en tres o cuatro planos diferentes, que las

desean distintas y que logran a veces que lo sean?

Sin embargo, de ahí a negar la unidad fundamental del yo y las constantes interpretaciones de sus diversas actitudes hay mucho trecho. ¿Eran extraños entre sí el Pascal matemático y el Pascal cristiano? ¿No cruzaban jamás sus caminos el docto médico François Rabelais y el maestro Alcofribas, de pantagruélica memoria? Aun cuando los papeles alternativamente interpretados por un actor único parecen oponerse tan brutalmente como los personajes estereotipados de un melodrama, puede que, bien mirada esta antítesis, sea únicamente la máscara de

una solidaridad más profunda. Se ha ridiculizado no poco al elegiaco Florián que, a lo que parece, zurraba a sus queridas. Quién sabe si no esparcía tanta dulzura en sus versos para consolarse de no haberla logrado en su conducta. Cuando el mercader medieval, después de haber violado, a lo largo de todo el día, los mandamientos de la Iglesia acerca de la usura y el precio justo, iba a arrodillarse beatamente ante la imagen de Nuestra Señora y después, en el crepúsculo de la vida, acumulaba piadosas fundaciones limosneras; cuando en los «tiempos difíciles» el gran fabricante construía hospitales con el dinero ahorrado en los miserables

salarios de niños desarraigados, ¿buscaban únicamente uno y otro, como suele decirse, la contratación de un vil seguro contra los rayos celestes, o la satisfacción, con esas explosiones de fe o de caridad, sin decírselo demasiado, de secretas necesidades del corazón que la dura práctica cotidiana les había condenado a reprimir? Hay contradicciones que se parecen mucho a evasiones.

¿Pasamos de los individuos a la sociedad? Como esta, considérese como se la considere, no puede ser, después de todo, no digamos una suma (lo cual sería quedarse corto), sino por lo menos un producto de las conciencias

individuales, nadie se extrañará de encontrar en ella el mismo juego de perpetuas interacciones. Es un hecho cierto que, desde el siglo XII a la Reforma por lo menos, las comunidades de tejedores fueron uno de los terrenos privilegiados de las herejías. He aquí una hermosa materia para una ficha de historia de la religión. Coloquemos, pues, cuidadosamente esta tarjeta en su fichero. En otros, vecinos, bajo el título ahora de «historia económica», dejemos constancia de una segunda cosecha de notas. ¿Creeremos haber terminado ya con las bulliciosas sociedades de artesanos de la lanzadera? Todavía tendremos que explicarlas, no por la

coexistencia de lo religioso y lo económico, sino por su entrelazamiento. Sorprendido por esa «especie de certeza, de seguridad, de tranquilidad moral» que parecían haber gozado algunas generaciones inmediatamente anteriores a la nuestra, Lucien Febvre descubre, ante todo, dos razones: el imperio que ejerció sobre las inteligencias el sistema cosmológico de Laplace y la «anormal fijeza» del régimen monetario. Pocos hechos humanos hay de naturaleza en apariencia más opuesta que estos. Sin embargo, contribuyeron a dar a la actitud mental de un grupo su tonalidad entre todas característica.

Sin duda, estas relaciones en escala colectiva no son sencillas, como no lo son en el seno de cualquier conciencia personal. Nadie se atrevería ya a escribir hoy, sin más, que la literatura es «la expresión de la sociedad»; por lo menos no lo es de ninguna manera en el sentido en el que un espejo «expresa» el objeto reflejado. Puede traducir reacciones de defensa al igual que un acuerdo. Arrastra, casi inevitablemente, gran número de temas heredados, de mecanismos formales aprendidos en la práctica del taller, antiguas convenciones estéticas, que son otras tantas causas de retraso. «En una misma fecha —escribe sagazmente H. Focillon

— lo político, lo artístico, lo económico no ocupan [yo preferiría ‘no ocupan forzosamente’] la misma posición en sus curvas respectivas». Pero es de esos desajustes de los que, precisamente, saca la vida social su ritmo casi siempre descoyuntado. De la misma manera, en la mayoría de los individuos, en las diversas almas —para hablar el lenguaje pluralista de la antigua psicología— tienen rara vez una edad idéntica. ¡Cuántos hombres maduros conservan todavía recovecos de su infancia!

En 1837, Michelet explicaba a Sainte-Beuve: «Si yo no hubiera hecho entrar en la narración sino la historia

política, si no hubiese tenido en cuenta los elementos diversos de la historia (religión, derecho, geografía, literatura, arte, etc.), mi conducta hubiese sido muy distinta. *Pero se necesitaba un gran movimiento vital, porque todos estos elementos diversos gravitan juntos en la unidad de la narración*». A su vez, en 1800, Fustel de Coulanges decía a sus oyentes, en la Sorbona: «Suponed cien especialistas repartiéndose, en lotes, el pasado de Francia. ¿Creéis que al fin hubieran hecho la historia de Francia? Lo dudo mucho. Les faltaría, por lo menos, la vinculación de los hechos, y *esta vinculación es también una verdad histórica*». «Movimiento vital»,

«vinculación»: la oposición de las imágenes es significativa. Michelet pensaba y sentía bajo las especies de lo orgánico, como hijo que era de una edad en la que el universo newtoniano parecía el modelo acabado de la ciencia. Fustel recibía sus metáforas del espacio. El acuerdo fundamental entre ellos ofrece, por esa razón, un sonido más completo. Estos dos grandes historiadores eran demasiado grandes para ignorar que, igual que un individuo, la civilización no tiene nada de un rompecabezas mecánicamente ajustado; el conocimiento de los fragmentos estudiados sucesivamente, cada uno de por sí, no dará jamás el del conjunto; no

dará siquiera el de los fragmentos mismos.

Pero el trabajo de recomposición no viene sino después del análisis. Digámoslo mejor: no es sino la prolongación del análisis, su razón de ser. En la imagen primitiva, contemplada más que observada, ¿cómo discernir los vínculos, cuando nada era distinto? Su delicada trama no podía aparecer sino después de haber clasificado los hechos en agrupamientos específicos. Del mismo modo, para seguirle siendo fiel a la vida en el constante entrecruzamiento de sus acciones y sus reacciones, no es necesario pretender contemplarla entera, en un esfuerzo generalmente demasiado

vasto para las posibilidades de un solo sabio. Nada más legítimo, nada más saludable muchas veces que centrar el estudio de una sociedad en uno de sus aspectos particulares, o aun mejor, en uno de esos problemas precisos que plantea tal o cual de estos aspectos: creencias, economía, estructura de las clases o de los grupos, crisis políticas... Por ese razonado escoger los problemas no serán solo más firmemente planteados, sino que, por lo general, habrá mayor claridad en los hechos de contacto y de intercambio o condición, tan solo, de querer descubrirlos. ¿Deseamos conocer de verdad en su propia mercancía, a esos grandes

mercaderes de la Europa del Renacimiento, vendedores de paños o especias, acaparadores de cobre, mercurio o alumbre, banqueros de emperadores y reyes? Recordemos que se hacían retratar por Holbein, que leían a Erasmo o a Lutero. Para comprender la actitud del vasallo medieval hacia su señor tendremos que informarnos también de su actitud hacia Dios. El historiador no sale nunca del tiempo, pero por una oscilación necesaria, que ya el debate sobre los orígenes nos ha hecho ver, considera unas veces las grandes ondas de fenómenos emparentados que atraviesan la duración de parte a parte, y otras el momento

humano en que estas corrientes se estrechan en la intrincada maraña de las conciencias.

3. LA NOMENCLATURA

Sería muy poca cosa limitarse a discernir en un hombre o en una sociedad los aspectos principales de su actividad. En el interior de cada uno de esos grandes grupos de hechos es necesario un nuevo y más delicado

esfuerzo de análisis. Hay que distinguir las diversas instituciones que componen un sistema político, las diversas creencias, las prácticas, las emociones de que está hecha una religión. En cada uno de estos aspectos, y aun en los conjuntos, hay que caracterizar los rasgos que unas veces acercan y otras separan a las realidades de un mismo orden... Problema de clasificación inseparable, a la luz de la experiencia, del problema fundamental de la nomenclatura.

Porque todo análisis requiere, de buenas a primeras, como herramienta, un lenguaje apropiado; un lenguaje capaz de dibujar con precisión el contorno de

los hechos. Un lenguaje, sobre todo, que aun conservando la flexibilidad necesaria para adaptarse progresivamente a los descubrimientos no tenga fluctuaciones ni equívocos. Y precisamente ahí es donde nos duele a los historiadores. Un agudo escritor, que no nos quiere mucho, lo ha visto con claridad: «Este momento capital de las definiciones y de las convenciones netas y especiales que acaban reemplazando a las significaciones de origen confuso y estadístico, no ha llegado todavía para la historia». Así habla Paul Valéry. Pero si es verdad que esa hora de la exactitud no ha sonado todavía, ¿es imposible que llegue alguna vez? ¿Y, sobre todo, por

qué tarda tanto?

La química se ha formado su material de signos y hasta sus palabras: «gaz» es, si no me equivoco, uno de esos raros vocablos auténticamente inventados que posee la lengua francesa; y es que la química tenía la gran ventaja de dirigirse a realidades incapaces, por su naturaleza, de nombrarse a sí mismas. El lenguaje de la percepción confusa, que desechó, no era menos exterior a las cosas, y, en este sentido, menos arbitrario que el de la observación clasificada y controlada con la que lo ha sustituido; dígase vitriolo o ácido sulfúrico, el cuerpo mismo no entra ahí

para nada. Muy otro es el problema de una ciencia humana. Para dar nombres a sus actos, a sus creencias y a los diversos aspectos de su vida de sociedad, los hombres no han esperado a verlos convertirse en el objeto de una investigación desinteresada. La historia, pues, recibe en su mayor parte su vocabulario de la materia misma de su estudio. Lo acepta ya desgastado y deformado por un dilatado uso; es, además y por otra parte, ambiguo, como todo sistema de expresión que no sabe de un esfuerzo severamente concertado de los técnicos.

Lo peor es que estas prestaciones carecen de unidad. Los documentos

tienden a imponer su nomenclatura: el historiador, si los escucha, escribe al dictado de una época cada vez diferente. Además, por otra parte, piensa según las categorías de su propio tiempo y, por ende, con las palabras de este. Cuando hablamos de patricios, un contemporáneo del viejo Catón nos hubiese comprendido, pero si el autor evoca el papel de la «burguesía» en las crisis del imperio romano, ¿cómo traduciría en latín la palabra o la idea? Así, dos orientaciones distintas dividen, casi necesariamente, el lenguaje de la historia. Veámoslas una tras otra.

Reproducir o calcar la terminología

del pasado puede parecer, de buenas a primeras, un camino bastante seguro. Sin embargo, tropieza en su aplicación con múltiples dificultades.

Primero, porque el cambio de cosas está muy lejos de producir siempre cambios paralelos en los nombres. Tal es la condición natural del carácter tradicionalista inherente a todo lenguaje, al igual que la falta de inventiva que padece la mayoría de los hombres.

La observación es valedera hasta para la maquinaria, tan sujeta, sin embargo, a modificaciones muchas veces radicales. Cuando mi vecino me dice: «Salgo en coche». ¿Debo entender que habla de un vehículo arrastrado por

un caballo o de un automóvil? Únicamente la experiencia que pueda tener de antemano acerca de su caballeriza o de su garaje me permitirá contestar. *Aratrum* designaba, en un principio, un instrumento de labranza sin ruedas; *carruca*, el que las tenía. ¿Cómo saber, si doy en un texto con la vieja palabra, aparecida antes que la segunda, que no ha sido sencillamente mantenida para referirse a un nuevo instrumento? Inversamente, Mathieu de Dombasle, llamó *charrue* a un instrumento que había imaginado y que, aunque sin ruedas, era, en verdad, otra especie de arado.

Sin embargo, esa fidelidad al

nombre heredado aparece todavía más fuerte desde el momento en que se consideran realidades de orden menos material. Y es que las transformaciones, en ese caso, se operan casi siempre demasiado lentamente para ser perceptibles a los hombres a quienes afectan. No sienten la necesidad de cambiar la etiqueta porque se les escapa el cambio del contenido. La palabra latina *servus*, que dio al francés *serf*, ha atravesado los siglos, pero al precio de tantas alteraciones sucesivas que entre la condición, así designada, del *servus* de la antigua Roma y el siervo de la Francia de San Luis existen muchas más diferencias que semejanzas. Tantas, que

los historiadores prefieren reservar la palabra «siervo» para referirla a la Edad Media. Si se trata de la Antigüedad hablan de «esclavos». Dicho de otra manera: al calco prefieren, en esta ocasión, la equivalencia, no sin sacrificar a la exactitud intrínseca del lenguaje un poco de la armonía de sus colores; porque el término que trasplantan así a un ambiente romano no nació sino hacia el año 1000, en los mercados de carne humana donde los cautivos esclavos parecían dar el modelo perfecto de la sumisión absoluta, ya completamente extraña a los siervos indígenas de Occidente. El artificio es cómodo,

mientras se atenga uno a los extremos, pero en el intervalo, ¿dónde desaparece el esclavo frente al siervo? Es el eterno sofisma del montón de trigo. De todas maneras, nos vemos, pues, obligados, para hacer justicia a los hechos, a sustituir su lenguaje por una nomenclatura, si no del todo inventada, cuando menos retocada y desplazada.

Recíprocamente, sucede que los hombres varían, en el tiempo o en el espacio, con independencia de cualquier variación en las cosas.

A veces son causas propias de la evolución del lenguaje las que producen la desaparición de la palabra, sin que de ningún modo varíe el objeto o el acto,

porque los hechos lingüísticos tienen su coeficiente propio de resistencia o de ductilidad. Comprobando la desaparición, en las lenguas romances, del verbo latino *emere*, y su sustitución por otros verbos de orígenes muy diferentes —*acheter*, «comprar», etc... —, hace tiempo, un erudito creyó poder deducir de ello las conclusiones más amplias e ingeniosas acerca de las transformaciones que habían afectado el régimen de intercambios en las sociedades herederas de Roma. ¿Por qué no se preguntó si ese hecho indiscutible podía ser tratado como un hecho aislado? Nada más común, sin embargo, en los idiomas salidos del

latín, que la desaparición de las palabras demasiado cortas; la anemia de las sílabas átonas las había hecho casi indistintas. El fenómeno es de orden estrictamente fonético y divierte el error de haber tomado una aventura de la pronunciación por un rasgo de la civilización económica.

En otras partes son las condiciones sociales las que se oponen al establecimiento o al mantenimiento de un vocabulario uniforme. En sociedades muy divididas, como las de nuestra Edad Media, era frecuente que instituciones absolutamente idénticas fuesen, según los lugares, designadas con términos muy distintos. En nuestros

días, todavía las hablas regionales se distancian mucho entre sí, hasta en la designación de los objetos más comunes y las costumbres más universales. En la provincia del centro donde escribo estas líneas, se llama *village* (aldea) a lo que en el norte sería denominado *hameau* (caserío); la aldea del norte es aquí un «burgo». Estas diferencias verbales presentan, por sí mismas, hechos muy dignos de ser atendidos. Si conformara a esto su propia terminología, el historiador no comprometería solo la inteligibilidad de su discurso, sino que haría imposible hasta su trabajo de clasificación, que figura entre sus primeros deberes.

Nuestra ciencia no dispone, como las matemáticas o la química, de un sistema de símbolos aparte de todo idioma nacional. El historiador habla exclusivamente con palabras, con las palabras de su país. Si se encuentra con realidades que solo se expresan en una lengua extranjera tiene, por fuerza, que traducir. Para ello no hay obstáculos serios mientras las palabras se refieren a cosas o acciones corrientes: esa moneda corriente de los vocabularios se cambia fácilmente a la par. Al contrario, tan pronto como aparecen instituciones, creencias, costumbres que participan más profundamente de la vida propia de

una sociedad, la transposición a otra lengua, hecha a semejanza de una sociedad diferente, se transforma en una empresa llena de peligros, ya que escoger un equivalente es postular una semejanza.

¿Nos resignaremos, pues, sin remedio, a conservar el término original, sin perjuicio de explicarlo? Así habrá que hacerlo a veces. Cuando, en 1919, se vio en la Constitución de Weimar que el Estado conservaba el viejo nombre alemán de *Reich*, no faltaron en Francia publicistas que exclamaran: «¡Extraña *República* que persiste en llamarse *Imperio!*». La verdad es que no solamente *Reich* no

evoca de por sí la idea de un emperador, sino que asociado a las imágenes de una historia política perpetuamente oscilante entre el particularismo y la unidad, esta palabra tiene un sentido tan específicamente alemán que no tolera la menor tentativa de traducción en un idioma donde se refleje un pasado nacional completamente distinto.

Sin embargo, ¿cómo generalizar esta reproducción mecánica, verdadera solución de menor esfuerzo? Aun dejando aparte toda preocupación de propiedad idiomática, no hay duda que sería molesto, confesémoslo, ver a los historiadores empedrando sus frases de palabras extranjeras a imitación de esos

autores de novelas campesinas que, a fuerza de escribir en jerga, llegan a producir un lenguaje donde el campo no se reconoce mejor que la ciudad. Renunciando a todo intento de equivalencia, muchas veces se perjudicaría a la misma realidad. Un uso que viene, creo, del siglo XVIII, pretende que *siervo* en francés, o palabras de sentido parecido en otras lenguas occidentales, sean empleadas para designar el *chriepostnoi* de la antigua Rusia zarista. Difícilmente podía hallarse una semejanza peor: allá, un régimen de adscripción a la gleba poco a poco transformado en una verdadera esclavitud; entre nosotros, una forma de

dependencia personal que, a pesar de su rigor, estaba muy lejos de tratar al hombre como una cosa desprovista de todos los derechos; la pretendida servidumbre rusa no tuvo casi nada de común con nuestra servidumbre medieval; sin embargo, decir por las buenas *chriepostnoi* no nos serviría de gran cosa. Porque existieron en Rumania, en Hungría, en Polonia y hasta en la Alemania occidental, tipos de dependencia campesina estrechamente emparentados con el que se estableció en Rusia. ¿Habría que hablar en cada caso rumano, húngaro, polaco, alemán o ruso? Una vez más se escaparía lo esencial, que es restituir las relaciones

profundas de los hechos expresándolos por medio de una nomenclatura apropiada.

En este caso, la etiqueta fue muy mal escogida. Un marbete común, sobreimpuesto en consecuencia a los nombres nacionales, en vez de copiarlos, no es menos necesario. Una vez más, la pasividad está prohibida.

Muchas sociedades han practicado lo que podría llamarse un bilingüismo jerárquico. Se enfrentaban dos lenguas: una popular y otra culta. Lo que se pensaba y lo que se decía corrientemente en la primera se escribía exclusivamente o con preferencia en la segunda. Así, en la Abisinia de los

siglos XI al XVII se escribía el *gheez* y se hablaba el *amhárico*. Así, los evangelios nos han conservado en griego, que era entonces la gran lengua de la cultura de Oriente, dichos que hay que suponer intercambiados en arameo. Así, más cerca de nosotros, la Edad Media, durante mucho tiempo, no se administró, no se relató a sí misma más que en latín. Heredados de civilizaciones muertas o pedidos prestados a civilizaciones extranjeras, estos idiomas de letrados, de clérigos y de notarios debían, necesariamente, expresar muchas realidades para las que no fueron creados originalmente. No lo conseguían más que con la ayuda de

todo un sistema de transposiciones de inevitable torpeza.

Sin embargo, por esos escritos — dejando aparte los testimonios materiales— conocemos a una sociedad. Es evidente que donde triunfó tal dualismo de lenguaje las sociedades se nos aparecen, en muchos de sus rasgos principales, como a través de un velo de aproximaciones. A veces, hasta se interpone una pantalla suplementaria. El gran catastro de Inglaterra que hizo establecer Guillermo *el Conquistador* —el famoso «Libro del Juicio». (*Doomsday-Book*)— fue obra de intelectuales normandos, y no describieron solamente en latín

instituciones específicamente inglesas, sino que las repensaron primero en francés. Cuando tropieza con esas nomenclaturas por sustitución de términos, no le queda más remedio al historiador que rehacer el trabajo al revés. Si las correspondencias fueron escogidas fácilmente, y ante todo aplicadas con constancia, la tarea será relativamente fácil. No habrá mucha dificultad en reconocer a los condes reales tras de los «cónsules» de los cronistas. Se da, desgraciadamente, con casos menos favorables. ¿Qué era el *colonus* de nuestras cartas pueblas de los siglos XI y XII? Es una cuestión desprovista de sentido. La palabra, en

efecto, no dejó heredero en la lengua vulgar porque ya no evocaba nada vivo y la palabra misma no representaba más que un artificio de traducción empleado por los notarios para designar, en un hermoso latín clásico, condiciones jurídicas o económicas muy distintas.

Esta oposición entre dos idiomas forzosamente diferentes no representa, en verdad, más que el caso extremo de contrastes comunes a todas las sociedades. Hasta en las naciones más unificadas, como la francesa, cada pequeña colectividad profesional, cada grupo caracterizado por la cultura o por la fortuna, posee su sistema de expresión particular. Mas no todos los grupos

escriben, o no escriben tanto, o no tienen la misma posibilidad de hacer llegar sus escritos a la posteridad. Todo el mundo lo sabe: es muy raro que el acta de un interrogatorio judicial reproduzca literalmente las palabras pronunciadas; el secretario, casi espontáneamente, ordena, aclara, restablece la sintaxis, ennoblece las palabras que juzga demasiado vulgares. Las civilizaciones del pasado tienen también sus secretarios: cronistas y ante todo juristas. La voz de esos secretarios es la que ha llegado hasta nosotros antes que ninguna otra. Tengamos mucho cuidado de no olvidar que las palabras que usaban, que las clasificaciones que nos

proponían en esas palabras eran el resultado de una sabia elaboración, muchas veces exageradamente influida por la tradición. ¡Qué sorpresa, tal vez, si en vez de quebrarnos la cabeza sobre la enredada terminología (probablemente artificial) de los censos y de las capitulares carolingias, pudiéramos pasearnos por un pueblo de ese tiempo y escuchar a los campesinos hablando entre sí de sus condiciones de vida o a los señores de las de sus súbditos! Sin duda, esta descripción de la práctica cotidiana por sí misma no nos daría tampoco toda la vida, porque las tentativas de expresión, y, por ende, de interpretación, que salen de los

doctos o de los hombres de leyes, constituyen también fuerzas concretamente eficaces. Ahora bien, sería al menos alcanzar una fibra profunda. ¡Qué enseñanza, si pudiésemos llegar a sorprender en los labios de los humildes sus verdaderas plegarias, fuesen al dios de hoy o al de ayer! Suponiendo, claro está, que ellos mismos supiesen traducir, sin mutilarlos, los anhelos de su corazón.

Porque ahí reside, en última instancia, el gran obstáculo. Para un hombre, nada es más difícil que expresarse acerca de sí mismo. Pero no hallamos menos dificultad para dar nombres, exentos a la vez de

ambigüedad y de falso rigor, que describan las fluidas realidades sociales que forman la trama de nuestra existencia. Los términos más usuales no son nunca más que aproximaciones, aun los términos de la fe que nos inclinaríamos a creer de sentido estricto. Mirando el mapa religioso de Francia, véase cuántas matizadas distinciones está obligado a hacer un sabio como Le Bras para sustituir la etiqueta demasiado simplista de «católico». Hay ahí bastante materia para hacer reflexionar a los historiadores que desde lo alto de su credulidad (a veces y más frecuentemente, tal vez, de su incredulidad) sentencian tajantemente

acerca del catolicismo de un Erasmo. Otras realidades, muy vivas, no han hallado las palabras que necesitaban. En nuestros días un obrero habla con facilidad de su conciencia de clase, por débil que esta sea. No creo que este sentimiento de solidaridad razonada y armada se haya manifestado nunca con más fuerza ni mayor claridad que entre los jornaleros de las provincias del norte, hacia el fin del Antiguo Régimen; diversas peticiones, algunos cuadernos de 1789 nos han conservado angustiosos ecos de ellos. Ese sentimiento, sin embargo, no podía entonces nombrarse, porque carecía todavía de nombre.

Resumiéndolo todo en una palabra: el vocabulario de los documentos no es, a su manera, nada más que un testimonio. Precioso entre todos, sin duda, pero como todos los testimonios imperfecto, es decir, sujeto a crítica. Todo término importante, todo giro de estilo característico, viene a ser un verdadero elemento de conocimiento; pero únicamente tras haber sido confrontado con lo que lo rodea, vuelto a considerar en el uso de la época, del medio o del autor; bien defendido, cuando ha sobrevivido durante mucho tiempo al peligro siempre presente del contrasentido por anacronismo.

Fácilmente se consideraba la unción real, en el siglo XII, como sacramento, palabra llena de significación, pero desprovista en esa fecha del valor singularmente más fuerte que le atribuiría hoy una teología rígida en sus definiciones y, por ende, en su léxico. La aparición del nombre es siempre un gran hecho, incluso cuando la cosa en sí le había precedido, porque marca el momento decisivo de la toma de conciencia. ¡Qué paso hacia adelante el día en que los adeptos de una fe nueva se llamaron a sí mismos cristianos! Algunos de nuestros mayores, como Fustel de Coulanges, nos han dado modelos admirables de este estudio del

sentido, de esta «semántica histórica». Desde su época, los progresos de la lingüística han mejorado la herramienta. ¡Ojalá los jóvenes investigadores no se cansen de manejarla, y, sobre todo, de emplearla hasta en las épocas más cercanas a nosotros, que son, a este respecto, con mucho, las peor exploradas!

Es verdad que, por incompleta que generalmente sea la adherencia, los nombres se sujetan, a pesar de todo, a las realidades de un modo demasiado fuerte para permitir que nunca sea posible describir una sociedad sin un extenso empleo de sus palabras, debidamente explicadas e interpretadas.

No imitaremos a los eternos traductores de la Edad Media. Hablaremos de condes cuando se trate de condes y de cónsules si se trata de Roma. Se efectuó un gran progreso en la comprensión de las religiones helénicas cuando, en boca de los eruditos, Júpiter se vio definitivamente destronado por Zeus. Pero todo esto se refiere, ante todo, al detalle de las instituciones, de las herramientas o de las creencias. Creer que la nomenclatura de los documentos pueda bastar para fijar enteramente la nuestra sería, en suma, admitir que nos traen al punto el análisis. En este caso la historia no tendría mucho que hacer. Felizmente, y para nuestra satisfacción,

nada hay de eso. Por ello nos vemos obligados a buscar en otra parte nuestras grandes líneas de clasificación.

Para obtenerlas se nos ofrece todo un léxico cuya generalidad se pretende que es superior a las resonancias de cualquier época particular. Elaborado, sin plan preestablecido, con retoques sucesivos de varias generaciones de historiadores, reúne elementos de fecha y procedencia muy diversas. «Feudal» y «feudalismo» son términos curialescos; sacados del foro en el siglo XVIII por Boulainvilliers y luego por Montesquieu, han venido a ser etiquetas bastante inseguras de un tipo de

estructura social bastante mal definido a su vez. «Capital» es palabra de usurero y de contador cuya significación extendieron pronto los economistas. «Capitalista» es lejano residuo de la jerga de los especuladores, en las primeras bolsas europeas. Pero «capitalismo», que ocupa hoy, en nuestros clásicos, un lugar mucho más considerable, es palabra muy joven: lleva su desinencia como una marca de origen (*Kapitalismus*). «Revolución» ha cambiado en un sentido muy humano sus antiguas asociaciones astrológicas; en el cielo era —y sigue siendo— un movimiento regular que sin cesar vuelve sobre sí mismo; en la tierra no es sino

una brusca crisis tendida por completo hacia adelante. «Proletario» se viste a la antigua, como los hombres del 89, que, siguiendo a Rousseau, hicieron fortuna: pero Marx, después de Babeuf, lo marcó para siempre con su impronta. América ha dado «tótem» y Oceanía «tabú»: palabras tomadas de los etnógrafos, ante las que todavía duda el clasicismo de algunos historiadores...

Ni esta variedad de orígenes, ni estas desviaciones de sentido llegan a molestar. Una palabra vale muchísimo menos por su etimología que por el uso que se hace de ella. Si «capitalismo», aun en sus aplicaciones más amplias, está lejos de extenderse a todos los

regímenes económicos donde el capital de los prestamistas desempeñó su papel, si «feudal» sirve corrientemente para caracterizar sociedades en las que el feudo no fue el rasgo más significativo, no hay ahí nada que contradiga la práctica universal de todas las ciencias, obligadas —desde el momento en que no se contentan con puros símbolos algebraicos— a buscar lo suyo en el vocabulario confuso de la vida cotidiana. ¿Quién se escandalizará porque el físico persista en denominar átomo, es decir, indivisible, al objeto de sus más audaces disecciones?

Mucho más peligrosos son los efluvios emotivos de los que nos llegan

cargadas tantas palabras. En el lenguaje, las potencias del sentimiento rara vez favorecen la precisión.

Entre los historiadores, el uso tiende a enmarañar, de la manera más enojosa, las expresiones «régimen feudal» y «régimen señorial». Es asimilar arbitrariamente a la red de lazos de dependencia característica de una aristocracia guerrera un tipo de sujeción campesina de muy distinta naturaleza, que, además, existía desde mucho antes, duró mucho más y tuvo, en todo el mundo, mucha mayor amplitud.

La equivocación se remonta al siglo XVIII. Por entonces seguían existiendo el vasallaje y el feudo, pero como

sencillas formas jurídicas y desde hacía varios siglos casi vacías de sustancia. Nacido de este mismo pasado, el señorío, al contrario, continuaba vivo. En esa herencia, los escritores políticos no supieron hacer distinciones. No era solo que comprendiesen mal. La mayoría no lo consideraban fríamente. Detestaban a la vez los arcaísmos y todavía más lo que se obstinaba en contener fuerzas opresivas. Una condenación común lo envolvía todo. Después, la Revolución abolió simultáneamente y bajo un nombre único, con las instituciones propiamente feudales, el señorío. De él no subsistió sino un recuerdo; pero tenaz y que la

imagen de las luchas inmediatas coloreaban con tintes vivos. Así, para lo sucesivo se había creado la confusión. Nacida de la pasión, quedaba perfectamente dispuesta a extenderse más, bajo el efecto de nuevas pasiones. Aún hoy, cuando evocamos a trancas y barrancas las «feudalidades» industriales o bancarias, ¿lo hacemos con calma? Detrás queda siempre un reflejo de la quema de los castillos durante el ardiente verano del año 89.

Ahora bien, este es, desgraciadamente, el destino de muchas de nuestras palabras. Continúan viviendo a nuestro lado la vida turbia de la plaza pública. No es un historiador el

que nos intima hoy con sus parrafadas a identificar capitalismo y comunismo. Signos muchas veces variables, según los medios y los momentos, esos coeficientes de afectividad no engendran sino más equívocos. Ante la palabra revolución, los ultramontanos de 1815 se velaban la faz. Los de 1940 se sirven de ella para camuflar su golpe de Estado.

Supongamos, sin embargo, nuestro lenguaje ya definitivamente cuajado. También las más intelectuales de las lenguas tienen sus trampas. Sin duda, no deseamos aquí, de ninguna manera, reeditar las «chanzas nominalistas» de

las que a Francisco Simiand extrañaba antaño, con razón, ver reservado «el singular privilegio» a las ciencias humanas. ¿Con qué derecho rehusar las facilidades del lenguaje, indispensables a todo conocimiento racional? ¿Hablamos, por ejemplo, de maquinismo? De ninguna manera creamos una entidad. Es, bajo un nombre expresivo, agrupar hechos concretos cuya similitud, que la palabra significa con rigor, es también una realidad. En sí mismas, estas rúbricas son legítimas. Su verdadero peligro nace de su propia comodidad. Mal escogido o aplicado demasiado mecánicamente, el símbolo (que no está ahí sino para ayudar a

analizar) acaba por hacer innecesario el análisis. De ahí que fomente el anacronismo, el más imperdonable de todos los pecados con respecto a una ciencia del tiempo.

Las sociedades medievales distinguían dos grandes condiciones humanas: los hombres libres y los que pasaban por no serlo. Pero la noción de libertad es de las que cada época retoca a su gusto. Algunos historiadores, pues, han juzgado en nuestros días que en el sentido pretendidamente normal de la palabra —es decir, el suyo— los no-libres de la Edad Media habían sido mal denominados. No eran, dicen, sino «semilibres». Esta palabra intrusa —

inventada sin apoyo alguno en los textos — sería, cuando menos, embarazosa. Desgraciadamente, no solo eso. Por una consecuencia casi inevitable, el falso rigor que daba al lenguaje pareció hacer superflua toda investigación a fondo acerca de la frontera entre libertad y servidumbre, tal como esas civilizaciones las concebían: límite muchas veces incierto, variable según el sectarismo del momento o del grupo, pero uno de cuyos caracteres esenciales fue precisamente no haber sufrido nunca esa zona marginal que sugiere, con desafortunada insistencia, la palabra semilibertad. Una nomenclatura impuesta al pasado acabará siempre por

deformarlo, si tiene como fin, o únicamente como resultado, la reducción de sus categorías a las nuestras, alzadas hasta lo eterno para tal propósito. Frente a estas etiquetas, no cabe más actitud razonable que eliminarlas.

Capitalismo fue una palabra útil. Volverá a serlo, sin duda, cuando logre desprenderse de todos los equívocos con que a medida que pasaba a ser cada vez más de uso corriente, se iba cargando. Por el momento, transportada sin precaución a través de las civilizaciones más diversas, acaba fatalmente por enmascarar sus originalidades. ¿«Capitalista», el régimen económico del XVI? Puede ser.

Considérese, sin embargo, esta especie de descubrimiento universal de la ganancia, filtrándose entonces de arriba abajo de la sociedad, llevándose por delante lo mismo al mercader o al notario de un pueblo que al gran banquero de Augsburgo o de Lyon; véase la insistencia sobre el préstamo o la especulación comercial mucho antes que sobre la organización de la producción. En su contextura humana, ¡qué diferente ese «capitalismo» del Renacimiento del sistema mucho más jerarquizado, del sistema fabril, y del sistema sansimoniano de la era de la Revolución Industrial! Lo que, a su vez...

Por eso, bastaría una observación muy sencilla para ponernos en guardia. ¿En qué fecha fijar la aparición del capitalismo, no del de una época determinada, sino del capitalismo en sí, del capitalismo con una C mayúscula? ¿En la Italia del siglo XII? ¿En el Flandes del siglo XIII? ¿En el tiempo de los Fúcar y de la bolsa de Amberes? ¿En el siglo XVIII, tal vez en el XIX? Tenemos tantas actas de nacimiento como historiadores. Casi tan numerosos en verdad como los de esa burguesía cuya llegada al poder festejan los manuales escolares, según los periodos sucesivamente propuestos a la meditación de nuestros niños, ya bajo el

reinado de Felipe *el Hermoso*, ya en tiempos de Luis XIV, a menos que sea en 1789 o en 1830... Tal vez, después de todo, no se trate exactamente de la misma burguesía. Del mismo modo que no se trata del mismo capitalismo...

Y aquí me parece que tocamos el fondo de la cuestión. Recuerda uno la bonita frase de Fontenelle: «Leibniz — decía — sienta definiciones exactas, *que le privan de la agradable libertad de abusar de los términos en las ocasiones*». No sé si agradable libertad, pero ciertamente peligrosa. Es una libertad que nos es muy familiar. El historiador define rara vez. Podría, en

efecto, juzgarlo superfluo si se moviera entre palabras empleadas en sentido estricto, pero como no es ese el caso, no tiene, hasta en el empleo de sus palabras fundamentales, otra guía que su instinto personal. Extiende, restringe, deforma despóticamente las significaciones sin advertir al lector y sin darse cuenta cabal, muchas veces, ni él mismo. ¿Cuántos «feudalismos» por el mundo, desde China hasta la Grecia de los aqueos, hasta las bellas cnémidas? La mayor parte casi no se parecen. Y es que cada historiador comprende la palabra a su manera.

¿Definimos, sin embargo, por azar? La mayoría de las veces lo hacemos

para nosotros mismos. Nada más significativo que el caso de un analista de la economía tan penetrante como John Maynard Keynes. Casi no hay uno de sus libros donde no se le vea, de buenas a primeras, apropiarse de términos bastante fijados, por excepción, y asignarles sentidos completamente nuevos, que varían a veces de obra en obra, y desde luego voluntariamente alejados de toda práctica común. ¡Curioso capricho de las ciencias humanas que, después de haber figurado mucho tiempo entre las «bellas letras», parecen conservar algo del impenitente individualismo del arte! ¿Concíbese a un químico diciendo: «Para formar una

molécula de agua necesito dos cuerpos: del uno tomo dos átomos y del otro uno: en mi vocabulario llamaré al primero oxígeno y al segundo hidrógeno?». Por bien definidos que se les suponga, los idiomas de los historiadores alineados uno al lado de otro, no serán nunca el idioma de la historia.

A decir verdad, hubo esfuerzos para conseguirlo; lo intentaron, aquí y allá, grupos de especialistas a quienes la relativa juventud de sus disciplinas parece resguardar de las peores rutinas corporativas (lingüistas, etnógrafos, geógrafos), y, para toda la historia, el Centro de Síntesis, siempre dispuesto a prestar servicios y dar ejemplos. Puede

esperarse mucho de ellos, pero menos quizá que de los progresos de una difusa buena voluntad. Indudablemente llegará un día en que una serie de acuerdos permitirá precisar la nomenclatura y luego afinarla, de etapa en etapa. Aun entonces, la iniciativa del investigador conservará tradicionalmente las articulaciones de su relato; por lo menos en tanto que no se contente, convirtiéndose en puros anales, con dar traspies de milésima en milésima.

Destruyéndose una a otra, las dominaciones de los pueblos conquistadores marcaban las grandes épocas. La memoria colectiva de la Edad Media vivió casi del todo del mito

bíblico de los Cuatro Imperios: asirio, persa, griego y romano. Molde incómodo si es que hubo alguno. No se constreñía solamente, por sumisión al texto sagrado, a prolongar hasta el presente el espejismo de una ficticia unidad romana. Por una extraña paradoja en una sociedad de cristianos —como debe serlo hoy a los ojos de cualquier historiador—, la Pasión parecía, en la marcha de la humanidad, un hito menos notable que las victorias de ilustres asoladores de provincias. En cuanto a las divisiones más pequeñas, la sucesión de los monarcas les asignaba sus límites en cada nación.

Estas costumbres han probado ser

maravillosamente tenaces. Fiel espejo de las escuelas francesas, en los alrededores de 1900, la *Historia de Francia* adelanta todavía tropezando de reinado en reinado; en cada muerte de príncipe, contada con todos los detalles de un gran acontecimiento, señala un alto. ¿Ya no hay reyes? Por fortuna, los sistemas de gobierno son también perecederos; las revoluciones servirán de jalones. Más cerca de nosotros, las «preponderancias nacionales» — equivalentes adulterados de los Imperios de antaño— sirven a una importante colección de manuales para fragmentar a su gusto el curso de la historia moderna. Necesario es decir

que estas hegemonías —española, francesa, inglesa— tienen carácter diplomático y militar. Lo demás se ordena como puede.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que el siglo XVIII había hecho oír su protesta. «Parece —escribía Voltaire— que desde hace mil cuatrocientos años no hubo en las Galias más que reyes, ministros y generales». Poco a poco, pues, aparecieron nuevas divisiones, extrañas a la obsesión imperialista o monárquica, que creían fundarse en fenómenos más profundos. Ya hemos visto que «feudalismo», como nombre de un periodo tanto como de un sistema social y político, nace en ese tiempo.

Pero entre todos son instructivos los destinos de la expresión «Edad Media».

Por su origen lejano era medieval. Pertenecía al vocabulario de ese profetismo semiherético que, sobre todo, desde el siglo XIII, sedujo a tantas almas inquietas. La Encarnación había puesto fin a la Antigua Ley; no había establecido el Reino de Dios. Viviendo con la esperanza de ese día bendito, el tiempo presente no era más que una edad intermedia, un *medium aevum*. Después, con los primeros humanistas, para quienes esta lengua mística seguía siendo familiar, la imagen fue desviada hacia realidades más profanas. En un

sentido, el reino del Espíritu había llegado. Era esa «restauración» de las letras y del pensamiento cuya conciencia se hacía por entonces tan viva entre los mejores: testigos de ello Rabelais y Ronsard. La «Edad Media» estaba cerrada, no había sido más que una larga espera entre la fecunda Antigüedad y su nueva Revelación. Así entendida, esta expresión vivió oscuramente, durante varias generaciones, limitada sin duda a algunos círculos eruditos. Créese que fue a fines del siglo XVII cuando un alemán, modesto redactor de manuales, Cristóbal Keller, llamó «Edad Media» —en una historia general— a todo el periodo, mucho más que milenario, que

va de las Invasiones al Renacimiento. No se sabe por qué camino este uso alcanzó definitivamente derechos de ciudadanía en la historiografía europea y en la francesa, principalmente, hacia los tiempos de Guizot y de Michelet.

Voltaire la había ignorado: «Queréis, en fin, superar el asco que os causa la *Historia moderna, desde la decadencia del Imperio romano*»: tal es la primera fase del *Ensayo sobre las costumbres*. Sin embargo, no tengamos duda: es el espíritu del *Ensayo* —tan potente en las generaciones siguientes— el que impuso la fórmula «Edad Media». Como, por otra parte, el de su correspondiente casi necesario: Renacimiento. Palabra

corriente desde hacía mucho tiempo en el vocabulario de la historia del gusto, pero como nombre común y con el aditativo obligado de un complemento (se decía: «el renacimiento de las artes o de las letras durante el pontificado de León X, o durante el reinado de Francisco I»), no conquistó, al mismo tiempo que la mayúscula, el honor de servir para designar ella sola el periodo entero hasta los tiempos de Michelet. En ambas partes la idea es la misma: antes, las batallas, la política cortesana, la subida o caída de las grandes dinastías daban el marco. Bajo sus banderas se ordenaban como podían el arte, la literatura y las ciencias. Ahora habrá

que hacerlo al revés. Son las manifestaciones más refinadas del espíritu humano las que, por sus variables progresos, dan el tono a las épocas de la humanidad. Ninguna idea lleva en sí más claramente que esta la impronta volteriana.

Pero una grave debilidad viciaba estas clasificaciones: su rasgo distintivo era, al mismo tiempo, un juicio: «Europa, comprimida entre la tiranía sacerdotal y el despotismo militar, espera entre sangre y lágrimas el momento en que nuevas luces le permitan renacer a la libertad, a la humanidad y a las virtudes». Así describía Condorcet la época a la que un

unánime consenso iba pronto a consagrar con el nombre de Edad Media. Desde el momento en que ya no creemos en esa «noche», en que hemos renunciado a pintarla como un desierto uniformemente estéril de siglos que, en el dominio de los inventos técnicos, artísticos, del sentimiento, de la reflexión religiosa, fueron tan ricos, que vieron el primer empuje de la expansión económica europea, que nos dieron, en fin, nuestras patrias, ¿qué razón podría todavía subsistir para confundir bajo una rúbrica falazmente común la Galia de Clodoveo y la Francia de Felipe *el Hermoso*, Alcuino con santo Tomás u Occam, el estilo animalista de las joyas

«bárbaras» y las estatuas de Chartres, las pequeñas burguesías amuralladas de los tiempos carolingios, y las brillantes burguesías de Génova, Brujas o Lübeck? En verdad, la Edad Media ya no vive sino una humilde vida pedagógica: discutible comodidad de los programas y, ante todo, marbete de técnicas eruditas cuyo campo, por otra parte, se encuentra bastante mal delimitado por las fechas tradicionales. El medievalista es un hombre que sabe leer viejas escrituras, criticar una donación, comprender francés antiguo. Algo es, sin duda; pero no lo suficiente para satisfacer, en la búsqueda de divisiones exactas, una ciencia de lo real.

En la confusión de nuestras clasificaciones cronológicas se ha deslizado una moda que creo bastante reciente y por ello más invasora y, en todo caso, muy poco razonada. De buena gana contamos por siglos.

Durante mucho tiempo extraña a toda denominación de un número exacto de años, esta palabra tenía originariamente también sus resonancias místicas; acentos de la Cuarta Égloga o del *Dies Irae*. Tal vez no se hubieran amortiguado del todo en la época en que, sin gran preocupación de precisión numérica, la historia se entretenía complacida en «el siglo de Pericles» o en el de

«Luis XIV». Pero nuestro idioma se ha tornado mucho más severamente matemático. Ya no nombramos los siglos según sus héroes. Los numeramos, uno tras otro, muy sensatamente, de cien en cien años, partiendo de una vez por todas del año uno de nuestra era: el arte del siglo XIII, la filosofía del XVIII, el «estúpido siglo XIX». Estas figuras, con máscara aritmética, se encuentran en todas las páginas de nuestros libros. ¿Quién se puede alabar de haber escapado siempre a las seducciones de su aparente comodidad?

Desgraciadamente, ninguna ley de la historia impone que los años cuya milésima acaba con el número uno

coincidan con los puntos críticos de la evolución humana. Y de ahí extrañas contorsiones de sentido. Hace tiempo leí lo que sigue en una tarea escolar: «Es bien sabido que el siglo XVIII empieza en 1715 y termina en 1789». ¿Candor? ¿Malicia? No lo sé. En todo caso era poner al descubierto ciertas rarezas del uso. Pero, tratándose de la filosofía del siglo XVIII, podría decirse con mayor exactitud que empezó mucho antes de 1701: la *Historia de los oráculos* apareció en 1687 y el *Diccionario* de Bayle en 1697. Lo peor es que el nombre, como siempre, arrastra con él la idea y esas falsas etiquetas acaban por engañar acerca de la mercancía. Los

medievalistas hablan del «Renacimiento del siglo XII». Evidentemente fue un gran movimiento intelectual, pero al inscribirlo bajo esta rúbrica se olvida demasiado fácilmente que principió en realidad hacia 1060, y así se escapan ciertas conexiones esenciales. En una palabra, parecemos distribuir, según un ritmo pendular, arbitrariamente escogido, realidades a las que esta regularidad es completamente extraña. Es una arbitrariedad que, naturalmente, hace daño. Hay que buscar mejor.

Mientras nos limitamos a estudiar, en el tiempo, cadenas de fenómenos emparentados, el problema es, en suma,

sencillo. Es a esos fenómenos mismos a quienes conviene pedir sus propios periodos. ¿Una historia religiosa del reinado de Felipe Augusto? ¿Una historia económica del reinado de Luis XV? ¿Por qué no: «Diario de lo que pasó en mi laboratorio bajo la segunda presidencia de Grévy», por Louis Pasteur? ¿O, inversamente: «Historia aplicada de Europa, desde Newton hasta Einstein»?

Sin duda, se ve muy claro por qué han podido seducir las divisiones sacadas uniformemente de la sucesión de imperios, reyes o regímenes políticos. Tenían no solo el prestigio que una larga tradición suele asignar al

ejercicio del poder, «a esas acciones — decía Maquiavelo— que tienen el aspecto de grandeza propio de los actos de gobierno o del Estado». Un advenimiento, una revolución tienen su sitio fijo, en el tiempo, un año, un día antes o después; ahora bien, el erudito gusta, a lo que dicen, de «fechar finamente». Encuentra en ello, con el apaciguamiento de un instintivo horror a lo difuso, una gran tranquilidad de conciencia. Desea haberlo leído todo, haberlo compulsado todo, en cuanto a su tema se refiere. ¡Qué a gusto se encontraría si ante cada legajo de archivo pudiese, con el calendario en la mano, hacer la distribución: antes,

durante, después!

Sin embargo, tengamos cuidado de no sacrificarlo todo al ídolo de la falsa exactitud. El corte más exacto no es forzosamente el que pretende conformarse con la más pequeña unidad de tiempo —en cuyo caso habría que preferir el segundo al día, como el año a la década—, sino el mejor adaptado a la naturaleza de las cosas. Pero cada tipo de fenómeno tiene su medida particular y, por decirlo así, su decimal específica. Las transformaciones de la estructura social, de la economía, de las creencias, del comportamiento mental no podrían plegarse sin deformación a un cronometraje demasiado exacto. Cuando

escribo que una modificación muy profunda de la economía occidental, marcada a la vez por las primeras importaciones en masa de trigos exóticos y por el primer gran desarrollo de las industrias alemana y norteamericana se produjo más o menos entre 1875 y 1885, hago uso de la única aproximación que autoriza este tipo de hechos. Una fecha que pretendiese ser más exacta traicionaría la verdad. De la misma manera que una estadística de promedio decenal no es, en sí misma, más grosera que una media anual o semanal, sino que, sencillamente, expresa otro aspecto de la realidad.

Por otra parte, de ninguna manera es

imposible, *a priori*, que en la experiencia se complementen las fases naturales de fenómenos de orden aparentemente muy diverso. ¿Es exacto que el advenimiento del Segundo Imperio introdujo un nuevo periodo en la economía francesa? ¿Tenía razón Sombart al identificar la expansión del capitalismo con la del espíritu protestante? ¿Está en lo justo Thierry-Maulnier al descubrir en la democracia la «expresión política» de ese mismo capitalismo (temo que, en realidad, no sea exactamente el mismo)? Por muy dudosas que puedan parecernos estas coincidencias, no tenemos el derecho de rechazarlas porque sí; pero no

aparecerán, en su caso, más que a condición de no haber sido postuladas de antemano. Evidentemente, las mareas están en relación con las lunaciones; para saberlo, sin embargo, hubo que determinar separadamente las épocas del flujo y las de la luna.

¿Trátase, al contrario, de caracterizar las etapas sucesivas de la evolución social considerada en su integridad? Es un problema de nota dominante. Aquí no se puede sino sugerir las vías por las cuales deba establecerse, al parecer, la clasificación. No olvidemos que la historia es todavía una ciencia que se

está haciendo.

Los hombres nacidos en un mismo ambiente social, en fechas vecinas, sufren necesariamente influencias análogas, en particular durante su periodo de formación. La experiencia prueba que su manera de comportarse presenta, con respecto a grupos sensiblemente más viejos o más jóvenes, rasgos distintivos generalmente muy claros; y ello hasta en sus desacuerdos, que pueden ser agudísimos. Apasionarse por un mismo debate, aunque sea en sentidos opuestos, es todavía parecerse. Esta comunidad de huellas proveniente de una comunidad de edades forma una generación.

A decir verdad, una sociedad es rara vez uniforme. Se descompone en medios diferentes. En cada uno de ellos las generaciones no siempre se superponen: las fuerzas que obran sobre un joven obrero ¿actúan con igual intensidad sobre un joven campesino? Añádase, aun en las civilizaciones más compactas, la lentitud con que se propagan ciertas corrientes.

Mi padre, nacido en Estrasburgo, en 1848, solía decirme: «Durante mi adolescencia se era romántico en provincias, cuando ya París había dejado de serlo». Muchas veces, como en este caso, la oposición se reduce, ante todo, a una falta de sincronización.

Hablamos de tal o cual generación francesa —pongamos por ejemplo—, evocamos una imagen compleja y no sin discordancias, pero de la que, como es natural, retenemos ante todo los auténticos elementos directores.

En cuanto a la periodicidad de las generaciones, es evidente que, a pesar de los sueños pitagóricos de algunos autores, no tiene nada de regular. Según la cadencia más o menos viva del movimiento social, los límites se estrechan o se separan. En la historia hay generaciones largas y generaciones cortas. Solo la observación permite darse cuenta de los puntos en los que la curva cambia de orientación. Pertenecí a

una escuela donde las fechas de ingreso facilitan las referencias. Pronto me di cuenta de que, desde muchos puntos de vista, me sentía yo más cercano a las promociones que me habían precedido que a las que me siguieron casi inmediatamente. Nos hallábamos, mis camaradas y yo, en el punto extremo de lo que puede llamarse —así lo creo— la generación del caso Dreyfus. La experiencia de la vida no ha desmentido esta impresión.

Sucede, en fin, que forzosamente se interpenetran las generaciones, pues no siempre los individuos reaccionan de la misma manera respecto de las mismas influencias. Entre nuestros hijos, desde

hoy, nos es bastante fácil discernir, en general y según las edades, la generación de la guerra de la que vendrá a ser, únicamente, la de la posguerra. Con una reserva siempre: en las edades que no son todavía la adolescencia casi madura y que, sin embargo, han pasado de la primera infancia, la sensibilidad respecto de los acontecimientos del presente varía mucho con los temperamentos personales; los más precoces serán verdaderamente «de la guerra» y los demás permanecerán en la orilla opuesta.

La idea de generación es, pues, muy flexible, como todo concepto que se esfuerza por expresar, sin deformarlas,

las cosas humanas. Pero responde también a realidades muy concretas para nosotros. Hace mucho que la vemos utilizada como instintivamente por disciplinas cuya naturaleza las llevaba a rechazar, ante cualesquiera otras, las viejas divisiones por reinados o por gobiernos: así, la historia del pensamiento o la de las fuerzas artísticas. Parece destinada a dar, cada vez más, el primer jalonamiento a un análisis razonado de las vicisitudes humanas.

Pero una generación no representa más que una fase relativamente corta. Las fases más largas se llaman civilizaciones.

Gracias a Lucien Febvre, conocemos bien la historia de la palabra, inseparable, sin duda, de la historia de la idea. No se desprendió sino lentamente del juicio de valor. Más exactamente, se produjo una disociación. Todavía hablamos (aunque con menos seguridad, ¡ay!, que nuestros mayores) de la civilización en sí como un ideal, y de la difícil ascensión de la humanidad hacia sus nobles cualidades; pero también de civilizaciones, en plural, que son sencillamente realidades. Admitimos ahora, si se me permite hablar así, la existencia de civilizaciones de no civilizados. Es que

hemos reconocido que en una sociedad, sea la que sea, todo se liga e interdetermina: la estructura política y social, la economía, las creencias, las manifestaciones más elementales lo mismo que las más sutiles de la mentalidad. ¿Cómo llamar a este complejo, «en el seno del cual — escribió ya Guizot— vienen a reunirse todos los elementos de la vida de un pueblo, todas las fuerzas de su existencia»? Creado por el siglo XVIII para expresar un bien absoluto, el nombre de civilización, a medida que las ciencias humanas se hacían más relativistas, se plegó, naturalmente, sin perder su antiguo sentido, a este nuevo

sentido realista. De lo que fue, conserva únicamente su significación única, una como resonancia de simpatía humana cuyo valor no es despreciable.

La oposición entre civilizaciones aparece claramente desde el momento en que, en el espacio, el contraste se tiñe de exotismo: ¿se negará hoy que existe una civilización china y que difiere en gran manera de la europea? Pero en los mismos lugares el acento mayor del complejo social puede también modificarse, más o menos lenta o violentamente. Cuando se ha operado la transformación, decimos que una civilización sucede a otra. A veces, hay una sacudida llegada del exterior que se

acompaña, por lo general, de la inserción de nuevos elementos humanos: así entre el Imperio romano y las sociedades de la Alta Edad Media. A veces, por el contrario, se trata de un sencillo cambio interior: por ejemplo, la civilización del Renacimiento, de la que tanto hemos heredado y de la que, sin embargo, cualquiera estará de acuerdo en pensar que ya no es la nuestra. Estas tonalidades diversas son, sin duda, difíciles de expresar. No podrían serlo por marbetes demasiado elementales. La comodidad de las palabras acabadas en *ismo* (*Typismus, Konventionalismus*) arruinó el ensayo de descripción evolutiva, tan inteligente, que intentó

antafío Karl Lamprecht en su *Historia de Alemania*. Era ya el error de Taine, en quien tanto nos extraña hoy una especie de realidad personal limitada a la «concepción dominante». Sin embargo, el que ciertos esfuerzos hayan podido fracasar no justifica la renunciación. Compete a la investigación introducir en sus distinciones una exactitud y una finura cada vez mayores.

En resumen, el tiempo humano seguirá siendo siempre rebelde tanto a la implacable uniformidad como al fraccionamiento rívido del reloj. Necesita medidas concordantes con la variabilidad de su ritmo y que acepten

muchas veces, porque así lo quiere la realidad, no reconocer por límites sino zonas marginales. Solo al precio de esta flexibilidad puede esperarse que la historia adapte sus clasificaciones a las «líneas mismas de lo real», según dijo Bergson, lo que es propiamente el fin último de toda ciencia.

V

En vano pretendió el positivismo eliminar de la ciencia la idea de causa. Quiéralo o no, todo físico, todo biólogo piensa en términos de preguntas o respuestas. Los historiadores no podrían escapar a esta ley común del espíritu. Unos, como Michelet, todo lo encadenan en un gran «movimiento vital» en vez de explicar en forma lógica; otros hacen gala de su aparato de inducciones e hipótesis; en todas partes está presente el lazo genético. Pero no porque el establecimiento de relaciones de causa a

efecto constituya una necesidad instintiva de nuestro entendimiento se ha de suponer que su búsqueda puede ser abandonada al instinto. Si la metafísica de la causalidad está aquí fuera de nuestro horizonte, el empleo de la relación causal como herramienta del conocimiento histórico exige incontestablemente conciencia crítica.

Supongamos que un hombre camina por el sendero de una montaña, tropieza y cae en un precipicio. Se necesitó, para que sucediera este accidente, la concurrencia de gran número de elementos determinantes. Entre otros, la existencia de la fuerza de gravedad, la

presencia de un desnivel, resultado, a su vez, de largas vicisitudes geológicas; el trazado de un camino, destinado, por ejemplo, a poner en comunicación un pueblo con sus pastos de verano. Será, pues, perfectamente legítimo decir que si las leyes de la mecánica celeste fuesen diferentes, si la evolución de la Tierra hubiese sido otra, si la economía alpestre no se fundara en la trashumancia, no hubiese habido caída. Sin embargo, si se preguntara cuál fue su causa, cualquiera contestaría: el tropezón. No es que este antecedente fuese más necesario al acontecimiento; muchos otros lo eran en el mismo grado. Pero entre todos, ese se distingue por

varios caracteres muy marcados: fue el último, era el menos permanente, el más excepcional en el orden general del mundo; en fin, en razón misma de esa generalidad menor, su intervención parece ser la que hubiera podido evitarse más fácilmente. Por estas razones, nos parece ligado al efecto de una manera más directa y difícilmente escapamos al sentimiento de que él solo lo produjo. A los ojos del sentido común, que, hablando de causa, rara vez se despoja de cierto antropomorfismo, este componente de última hora, este componente particular e inopinado, viene a parecerse al artista que da forma a una materia plástica ya perfectamente

preparada.

En su práctica corriente no procede de otra manera el razonamiento histórico. Los antecedentes más constantes y más generales, por necesarios que sean, quedan sencillamente subentendidos. ¿Qué historiador militar pensará en incluir entre las razones de una victoria la gravitación, de la que dependen las trayectorias de los obuses, o las disposiciones fisiológicas del cuerpo humano, sin las que los proyectiles no herirían mortalmente? Los antecedentes algo más particulares, pero dotados todavía de cierta permanencia, forman lo que se ha convenido en llamar las

condiciones. La más especial, la que en el haz de las fuerzas generadoras representa, en cierta manera, el elemento diferencial, recibe preferentemente el nombre de causa. Se dirá, por ejemplo, que la inflación del tiempo de Law fue la causa del alza global de los precios. La existencia de un medio económico francés ya homogéneo y bien ligado será únicamente una condición. Porque esas facilidades de circulación que, al prodigar los billetes por todas partes, solo permitieron el alza, habían precedido a la inflación y la sobrevivieron.

Nadie puede dudar que en esta

discriminación reside un principio fecundo de investigación. ¿Para qué insistir sobre sus antecedentes casi universales? Son comunes o demasiados fenómenos para que merezcan figurar en la genealogía de ninguno de ellos en particular. Demasiado sé, de antemano, que no habría incendios si el aire no contuviera oxígeno; lo que me interesa, lo que pide y justifica un esfuerzo de investigación, es determinar cómo ha prendido el fuego. Las leyes de las trayectorias valen para la derrota y para la victoria; las explican las dos; son, pues, inútiles para la explicación adecuada de la una o de la otra.

Pero no se podría elevar a lo

absoluto sin peligro una clasificación jerárquica que no pasa de ser, en verdad, sino una comodidad del espíritu. La realidad nos presenta una cantidad casi infinita de líneas de fuerza que convergen todas hacia un mismo fenómeno. La elección que hacemos entre ellas puede, en la práctica, fundarse en caracteres muy dignos de atención; no por ello deja de ser una elección. Existe, por ende, mucho de arbitrario en la idea de una causa por excelencia opuesta a las sencillas «condiciones». El propio Simiand, tan riguroso y que intentó primero (creo que en balde) definiciones más estrictas, parece haber acabado por reconocer el

carácter completamente relativo de esta distinción. «Una epidemia —escribe— tendrá como causa, para el médico, la propagación de un microbio y, como condición, la suciedad y la mala salud, engendradas por el pauperismo; para el sociólogo y el filántropo, el pauperismo será la causa y los factores biológicos la condición». Es admitir de buena fe la subordinación de la perspectiva al ángulo propio de la averiguación.

Tengamos cuidado, porque la superstición de la causa única, en historia, es a menudo la forma insidiosa de la búsqueda del culpable: es decir, del juicio de valor. «¿De quién es la culpa o el mérito?», dice el juez. El

sabio se contenta con preguntar: «¿Por qué?», y acepta que la contestación no es tan sencilla. Prejuicio del sentido común, postulado de lógico o tic de magistrado instructor, el monismo de la causa no sería más que un estorbo para la explicación histórica, que busca haces de ondas causales y no se espanta de que sean múltiples, ya que la vida los muestra así.

Los hechos históricos son, por esencia, hechos psicológicos. Es, pues, en otros hechos psicológicos donde hallan normalmente sus antecedentes. Sin duda los destinos humanos se insertan en el mundo físico y sufren su

peso. Sin embargo, allí donde la intrusión de esas fuerzas exteriores parece más brutal, su acción solo se ejerce orientada por el hombre y su espíritu. El virus de la peste negra fue la causa de la despoblación de Europa, pero la epidemia solo se propagó tan rápidamente por ciertas condiciones sociales —es decir, en su naturaleza profunda, mentales— y sus efectos morales se explican únicamente por las predisposiciones particulares de la sensibilidad colectiva.

Sin embargo, no solo hay psicología de la conciencia clara. Leyendo ciertos libros de historia se creería que la humanidad está compuesta únicamente

de voluntades regidas por la lógica, para quienes sus razones de obrar no tuvieran jamás el menor secreto. Frente al estado actual de las investigaciones acerca de la vida mental y sus oscuras profundidades, hay una prueba más de la eterna dificultad que experimentan las ciencias para seguir siendo exactamente contemporáneas unas de otras. Es, igualmente, repetir y amplificar el error, sin embargo, tantas veces denunciado, de la vieja teoría económica. Su *homo oeconomicus* no era solo una sombra vana porque se le suponía ocupado exclusivamente de sus intereses: la peor ilusión consistía en imaginar que él pudiera adquirir una idea tan clara de

esos intereses. Napoleón decía ya: «No hay nada más raro que un propósito». ¿Se creerá que la pesada atmósfera moral en que estamos sumergidos en este momento señala en nosotros únicamente al hombre de las decisiones razonables? En historia, se falsearía gravemente el problema de las causas si se le redujera, siempre y en todas partes, a un problema de motivos.

Por otra parte, ¡qué curiosa antinomia en las actitudes sucesivas de tantos historiadores! ¿Se trata de asegurarse de si tuvo verdaderamente lugar un acto humano? No saben cómo extremar los escrúpulos. Ahora bien, si

pasan a las razones que motivaron ese acto, se satisfacen con cualquier apariencia, fundada de ordinario en uno de esos apotegmas de psicología trivial, ni más ni menos ciertos que sus contrarios.

Dos críticos de formación filosófica, Georg Simmel en Alemania y François Simiand en Francia, se divirtieron desenmascarando algunas de esas peticiones de principio. Los hebertistas, escribe un historiador alemán, primero se pusieron de completo acuerdo con Robespierre porque se doblegaba a todos sus deseos; después se apartaron de él porque lo juzgaron demasiado poderoso. Es —observa en sustancia

Simmel— sobrentender estas dos proposiciones: una acción bienhechora provoca el reconocimiento, y no nos gusta que nos dominen. Sin duda, estas dos proposiciones no son forzosamente falsas, ni forzosamente justas tampoco, porque ¿no podría sostenerse con igual verosimilitud que una sumisión demasiado grande a las voluntades de un partido exija en él más desprecio que gratitud por esa debilidad? Y, por otra parte, ¿no se ha visto jamás a un dictador ahogar hasta la menor veleidad de resistencia mediante el temor que inspira su poder? De la autoridad decía un escolástico que tiene «nariz de cera, que lo mismo se tuerce a la izquierda

que a la derecha». Lo mismo sucede con las pretendidas verdades psicológicas del sentido común.

En el fondo, el error es análogo a aquel en que se inspiraba el pseudodeterminismo geográfico, hoy definitivamente arruinado. Sea en presencia de un fenómeno del mundo físico o de un hecho social, las reacciones humanas nada tienen de movimiento de relojería, siempre orientado en el mismo sentido. Pese a lo dicho por Renan, el desierto no es obligatoriamente «monoteísta», porque los pueblos que lo recorren no aportan todos la misma alma a sus espectáculos. La escasez de aguadas ocasionaría, en

cualquier lugar, el agrupamiento del hábitat rural y su abundancia la dispersión, si fuese verdad que la principal preocupación de los campesinos estuviera constituida por la proximidad de fuentes, pozos o estanques. En realidad, sucede que prefieren reunirse por motivos de seguridad y de ayuda mutua, o por sencillo gusto gregario, en cualquier parte donde haya una fuente; o inversamente (como en ciertas regiones de Cerdeña), cada quien establece su vivienda en el centro de su pequeña propiedad, aceptando, al precio de esa dispersión, que les viene de adentro, largas caminatas hacia el agua escasa.

En la naturaleza, ¿no es el hombre la gran variable por excelencia?

Sin embargo, no nos engañemos. La equivocación está en este caso en la propia explicación; reside por entero en su apriorismo. Aunque los ejemplos, hasta hoy, no parezcan muy frecuentes, es posible que en ciertas condiciones sociales la repartición del agua decida, más que otra cosa, el hábitat. Lo seguro es que no lo decide necesariamente. No es imposible que los hebertistas hayan auténticamente obedecido a los motivos que les atribuía su historiador. El mal fue considerar esta hipótesis como cierta por adelantado. Había que probarlo. Y, una vez obtenida esta prueba —que no

debe considerarse sectariamente impracticable—, todavía había que preguntarse, ahondando más en el análisis, por qué, entre todas las actitudes psicológicas concebibles, fueron estas las que se impusieron al grupo. Porque, dado que una reacción de la inteligencia y de la sensibilidad no es nunca independiente, exige, si se produce, que se esfuerce uno en descubrir sus razones. Para decirlo todo en una palabra, las causas, en historia más que en cualquier otra disciplina, no se postulan jamás. Se buscan...

APÉNDICE

Cómo aparecían los manuscritos de esta obra

Preparar para la publicación un manuscrito no terminado, al que su autor

no ha podido dar el último retoque y cuyas partes, que ya había dado a mecanografiar, habrían sido objeto seguramente de una última revisión antes de ser enviadas a la imprenta, es una tarea delicada y propia para suscitar muchos escrúpulos. ¿Pero qué pueden pesar estos escrúpulos al lado de la satisfacción que procura la revelación de una hermosa obra, aun mutilada? Marc Bloch, como yo mismo, pensaba desde hace mucho poner en claro sus ideas acerca de la historia. Muchas veces me he dicho con amargura que mientras todavía era tiempo debimos asociarnos para dar a los jóvenes un *Langlois et Seignobos* que hubiera sido

el manifiesto de otra generación y la traducción de un espíritu muy distinto. Es ya demasiado tarde. Al menos Marc Bloch, cuando los acontecimientos le desviaron de su ruta, intentó por su parte realizar un proyecto que habíamos discutido juntos. En otra parte he contado cómo, movilizado en un Estado Mayor en Alsacia, y soportando de mala gana la ociosidad de la *drôle de guerre*, entró un día en la primera tienda que encontró, en Molsheim, y se proveyó de un cuaderno escolar, semejante, sin duda, al que Henri Pirenne, deportado en otro pueblo, muy en el interior de Alemania, utilizó para escribir la *Historia de Europa*. En la primera

página, Bloch escribió un título:

*Historia de la Sociedad
Francesa en el marco de la
Civilización Europea.*

Tras lo cual escribió la dedicatoria:

*A la memoria de Henri
Pirenne*

*que en la época en que su
país combatía al lado del mío
por el derecho y la civilización.*

*Escribió en el cautiverio
una historia de Europa.*

Después redactó, según su costumbre, una introducción: *Reflexiones para un lector interesado en el método*, a la que siguieron cierto número de páginas que se conservan manuscritas y que componen un capítulo titulado: *Nacimiento de Francia y de Europa*.

Los acontecimientos que Bloch relató en su *Extraña derrota* interrumpieron ese trabajo. Y cuando, de vuelta en Francia, después del trágico circuito Dunkerque–Londres–Bretaña, Bloch se puso de nuevo a trabajar, fue para componer su *Apología de la historia*^[d]. ¿Desde cuándo exactamente?

No puedo decirlo con precisión. Dispongo de una primera fecha: léese al pie de la conmovedora página que Bloch compuso en recuerdo mío. «Fougières, Creuse, 10 de mayo de 1941». Y en una hoja suelta inserta en uno de los legajos se lee lo que sigue:

Estado del trabajo: 11 de marzo de 1942

- 1. Por escribir, para acabar IV, generalidades, civilizaciones y releerlo.*
- 2. Pasar a V (cambio, experiencia).*

10 de mayo, 11 de marzo del 42:

después de esta fecha, Bloch tuvo tiempo, en efecto, para acabar el capítulo IV y empezar el capítulo V, al que no dio título definitivo. Y eso fue todo.

¿Cómo habría terminado Bloch su libro? Entre los papeles que me fueron remitidos no encontré ningún plan del libro proyectado puesto al día. O, mejor dicho, sí. Descubrí uno, pero anterior al trabajo de realización y que difiere notablemente del plan finalmente seguido por Marc Bloch. Se prevén en él siete capítulos, que intitula respectivamente:

1. *El conocimiento histórico: pasado y presente.*
2. *La observación histórica.*
3. *El análisis histórico.*
4. *El tiempo y la historia.*
5. *La experiencia histórica.*
6. *La explicación en la historia.*
7. *El problema de la previsión.*

Como conclusión, Bloch proyectaba escribir un *Estudio* acerca del *Papel de la historia en la ciudad y en la enseñanza*. Y pensaba consagrar un apéndice a la *Enseñanza de la historia*.

Las diferencias que presenta este programa con el que finalmente ejecutó el historiador no necesitan ser subrayadas. Si, en general, la materia prevista para los cinco primeros capítulos se vuelve a encontrar en los cuatro primeros capítulos acabados de la *Apología*, es evidente que Bloch debía tratar todavía del azar, del problema del individuo, del problema de los «actos y hechos determinantes» y, por último, de ese problema de la «previsión» al que debía consagrar todo un capítulo. En suma, podemos ver, según todos estos datos, que poseemos más de las dos terceras partes de la obra que quedó inconclusa. Tal vez no sea

inútil transcribir aquí este fin de programa no ejecutado:

VI. La explicación en la historia

A manera de introducción: *la generación de los escépticos* (y científicos).

- 1. La noción de causa. Destrucción de la causa y del motivo (el inconsciente). El romanticismo y lo espontáneo.*
- 2. La noción del azar.*
- 3. El problema del individuo*

y de su valor diferencial. Accesoriamamente, las épocas documentalmente sin individuos. ¿Es la Historia solamente una ciencia de los hombres en sociedad? La historia-masa y las minorías.

4. El problema de los actos o hechos «determinantes».

VII. El problema de previsión

1. La previsión, necesidad mental.

2. *Los errores ordinarios de la previsión: la conjetura económica, la historia militar.*
3. *La antinomia de la previsión en materia humana: la previsión que se destruye por la previsión; papel de la toma de conciencia.*
4. *Previsión a breve plazo.*
5. *Las regularidades.*
6. *Esperanzas e incertidumbres.*

Hay que lamentar profundamente la

ausencia de notas más precisas y más detalladas de Bloch acerca de las últimas partes de su libro. Hubiesen sido originalísimas. Aunque yo conocía bien su pensamiento —que es el mío— acerca de las cuestiones planteadas por el capítulo VII, nunca hablamos, en cambio, me parece, acerca de ese problema de la previsión que con mucho sentido y originalidad Bloch se prometía tratar al final de su obra, y que tal vez hubiera sido lo más estrictamente personal de todo el conjunto.

He tenido a la vista, para fijar el texto que se acaba de leer impreso, tres gruesas carpetas, cada una de las cuales

comprendía un ejemplar casi completo del texto que había de publicarse. Estos ejemplares constan en gran parte de hojas mecanografiadas entre las cuales se insertan otras escritas de puño y letra de Marc Bloch, las más de las veces al dorso de un primer texto tachado por él. Mi trabajo de preparador del original consistió esencialmente en componer, con estos tres ejemplares, uno básico y completo con todas las correcciones manuscritas hechas por el propio Marc Bloch. Ninguna adición, ninguna corrección, ni siquiera de pura forma, se ha hecho al texto de Bloch; en este *Cuaderno* se hallará impreso el texto íntegro y puro.

La obra debía llevar referencias. No hemos encontrado más que algunas notas, de puño y letra de nuestro amigo. Se hallarán a continuación. No creímos deber llenar esta laguna. El trabajo, enorme y sin gran interés, hubiese presentado problemas insolubles a cada paso.

Tengo que agregar que los tres ejemplares a que me he referido acaban todos de la misma manera y con la misma frase: «Las causas, en la historia más que en ninguna otra disciplina, no se postulan jamás. Se buscan...».

No me incumbe estudiar el pensamiento de Bloch acerca de la

historia —por las razones que expresa tan afectuosa y puedo decir que tan excelentemente en la página que me dedicó al principio de su libro—. No haré más que una observación: Ni una sola vez, salvo error, aparece en el libro la palabra *evolución*.

Y, en fin, ya que se trata de dedicatoria, de píos recuerdos, no puedo menos de decir esto:

Hay alguien a quien Marc Bloch con toda seguridad hubiese dedicado, antes de desaparecer, una de las grandes obras que todavía esperábamos de él: una mujer que rodeó a Marc Bloch y a sus hijos de gran ternura y le sirvió como

secretaria y auxiliar en sus trabajos con extraordinaria abnegación. Siento como una obligación a la que nada —ni tan siquiera ese sentimiento de pudor sentimental que tan fuerte era en Marc Bloch— puede impedirme obedecer, siento como un deber la necesidad de escribir aquí el nombre de la señora Marc Bloch, muerta por la misma causa que su marido y en la misma fe francesa que él.

Lucien Febvre



MARC LÉOPOLD BENJAMIN BLOCH, (1886 - 1944) historiador francés, especializado en la Francia medieval y fundador de la Escuela de los Annales.

Nacido en Lyon, en el seno de una familia judía alsaciana, hijo del profesor

de historia antigua Gustave Bloch, Marc estudió en el Ecole Normale Supérieure y la Fundación Thiers en París, y también en Berlín y Leipzig. Durante la Primera Guerra Mundial perteneció a la infantería y fue condecorado con la orden nacional de la Legión de Honor.

Tras la guerra enseñó en la Universidad de Estrasburgo y, con posterioridad, a partir de 1936 sucedió a Henri Hauser como profesor de historia económica en la Sorbona. En octubre de 1940, el gobierno de Vichy, en aplicación de las leyes racistas, le excluyó de la función pública por su condición de judío.

En 1929 Bloch fundó, junto con Lucien

Febvre, la importantísima publicación *Annales d'histoire économique et sociale* (que ahora se llama *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*), nombre utilizado para designar la nueva corriente historiográfica encarnada por Bloch y Febvre y conocida como Escuela de los Anales.

Bloch ha tenido gran influencia en el campo de historiografía a través de los Anales y de su manuscrito inacabado «Introducción a la Historia», en el que estaba trabajando cuando fue asesinado por los nazis. El libro es uno de los más importantes de la historiografía del siglo XX y plantea una «Nueva historia»,

fundamentada en lo social y lo económico, con una nueva forma de acercarse a las fuentes, en contraposición de lo hecho por su maestro Charles Seignobos.

Murió fusilado, tras ser torturado durante varias horas por la Gestapo, por haber participado en la Resistencia Francesa, el 16 de junio de 1944, en un campo de Saint-Didier-de-Formans, cerca de Lyon. Sus últimas palabras fueron: «Vive la France».

Notas

[1] En lo cual me opongo, desde el principio y sin habérmelo propuesto, a la *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos. El pasaje que acaba de leerse estaba escrito desde hacía ya mucho tiempo cuando hallé en la *Advertencia* de esa obra (página XII) una lista de «Cuestiones ociosas». Sin duda, este problema no es distinto de casi todos los que conciernen a la razón de ser de nuestros actos y de nuestros pensamientos: los espíritus que por naturaleza les permanecen indiferentes —o que han decidido voluntariamente

serlo— comprenden siempre con dificultad que otros espíritus hallen en ellos el tema de reflexiones apasionadas. Sin embargo, ya que se me ofrece la ocasión, creo que es mejor fijar desde ahora mi posición frente a un libro con razón notorio y al que el mío, escrito por lo demás con otro plan y mucho menos desarrollado en algunas de sus partes, no pretende reemplazar de ninguna manera. Fui discípulo de sus dos autores y especialmente de Seignobos. Me dieron, uno y otro, pruebas destacadas de su aprecio. Mi educación primera debe mucho a sus enseñanzas y a sus obras. Pero ambos no nos enseñaron solamente que el

historiador tiene como primer deber la sinceridad, sino que tampoco disimulaban que el progreso mismo de nuestros estudios está hecho de la contradicción necesaria entre generaciones de investigadores. Permaneceré, pues, fiel a sus lecciones, criticándoles allí donde lo juzgue útil, muy libremente; tal como deseo que un día me critiquen mis alumnos a su vez.

<<

[2] El francés antihistoriador: Cournot, *Recuerdos*, p. 43, acerca de la ausencia de todo sentimiento realista a fines del Imperio: «... Para la explicación del hecho singular que nos ocupa creo que también hay que tener en cuenta la escasa popularidad de nuestra historia y el débil desarrollo que tuvo entre nosotros en las clases inferiores el sentimiento de la tradición histórica a consecuencia de causas que sería demasiado largo analizar». <<

[3] *Fragmento de esta nota sobre una hoja suelta. El principio se ha perdido:* [...tal como lo demostró] Lucien Febvre, es la historia misma la que, interrogada sobre la línea que el desarrollo de la humanidad no ha dejado de seguir, se encarga de darles el más flagrante mentís. No solo cada ciencia, considerada aparte, encuentra en los tráfugas de los sectores vecinos los artesanos mejores, a menudo, de sus éxitos. Pasteur, que renovó la biología, no era un biólogo —y bien se lo hicieron ver durante su vida—, de la misma manera que Durkheim y Vidal de

la Blache, que dejaron con sus estudios históricos de principios del siglo XX una huella incomparablemente más profunda que la de cualquier especialista, eran: el primero, un filósofo pasado a la sociología; el segundo, un geógrafo, y ni uno ni otro se contaban entre los historiadores patentados. <<

[4] Fustel de Coulanges, Lección de apertura de curso de 1862, en la *Revue de Synthèse historique*, t. II, 1901, p. 243; Michelet, curso de la Escuela Normal, 1829, citado por G. Monod, *La Vie et la Pensée de Jules Michelet*, t. I, p. 127: «Nos ocuparemos conjuntamente del estudio del hombre individual, lo que será filosofía, y del estudio del hombre social, lo que será historia». Conviene añadir que, más tarde, Fustel dijo, en una fórmula más ajustada y más llena, cuyo desarrollo, que acaba de leerse, no hace en suma más que dar un comentario: «La historia no es la

acumulación de los acontecimientos de todo orden que se han producido en el pasado. Es la ciencia de las sociedades humanas». Pero tal vez es reducir con exceso la parte del individuo en la historia; el hombre en sociedad y las sociedades no son dos nociones exactamente equivalentes. <<

[5] «Una vez más, no el hombre, nunca el hombre. Las sociedades humanas, los grupos organizados», Lucien Febvre, *La Terre et l'Évolution humaine*, p. 201.

<<

[6] Prefacio a las *Accessiones Historicae* (1700), Opera, ed. Dutens, t. IV, 2, p. 53: «Tria sunt quae expetimus in Historia: primum, voluptatem nos cendi res singulares; deinde, utilia in primis vitae praecepta; ac denique origines praesentium a praeteritis repetitas, cum omnia optime ex causis nos cantur». <<

[7] En mi juventud oía a un muy ilustre erudito, que fue director de *l'École des Chartes*, decirnos con bastante orgullo: «Con veinte años de diferencia, fecho sin error la letra de un manuscrito». No olvidaba sino una cosa: muchos hombres, muchos escribas, viven más de cuarenta años, y, si a veces la letra se modifica al envejecer, rara vez es para adaptarse a las nuevas escrituras ambientes. Debió haber, en los alrededores del año 1200, escribas sexagenarios que escribían todavía como se les había enseñado a hacerlo hacia 1150. En realidad, la historia de la

escritura está extrañamente atrasada con respecto a la del lenguaje. Espera su Díez o su Meillet. <<

[La crítica]

[a] En francés, Brême (nombre francés de Bremen o Brema) y Braisne se pronuncian casi igual. [T.] <<

[b] Suponiendo que las posibilidades de mortalidad sean iguales para cada día del año, lo que no es exacto (existe una curva anual de la mortalidad); pero podemos, sin inconveniente, postularlo aquí. <<

[c] Desde la muerte de Juan Colombini hasta nuestros días han gobernado la iglesia (contando la doble y triple serie de la época del gran cisma) sesenta y cinco papas; treinta y ocho se han sucedido después de la muerte de Ignacio. La primera lista ofrece cincuenta y ocho homónimos con la segunda, donde esos mismos nombres han sido repetidos exactamente treinta y ocho veces. (Como se sabe, los papas tienen la costumbre de tomar nombres ya honrados por el uso). La probabilidad de que los jesuitas fuesen suprimidos por uno de esos papas homónimos era,

pues, de $55/65$ o de $11/13$; para los jesuitas llegaba a $38/38$ o sea 1; dicho de otra manera, era una certidumbre. Y la probabilidad combinada es de $11/13 \times 1$, o sea $11/13$. En fin, $1/365^2$ o $1/133\ 225 \times 11/13$ da $11/1\ 731\ 925$, o sea un poco más de $1/157.447$. Para ser del todo exactos, habría que tener en cuenta la duración respectiva de los pontificados. Pero la naturaleza de este divertimento matemático, cuyo único objeto es poner en claro un orden de magnitud, me ha parecido autorizar la simplificación de los cálculos. <<

[Apéndice]

[d] *Apologie de l'Histoire ou Métier d'historien* es el título francés de esta obra, que hemos sustituido en nuestra versión por el de *Introducción a la historia*. <<